El Peregrino

J. A. BAKER

Durante diez años, del otoño a la primavera, J. A. Baker se propuso rastrear a diario a los halcones peregrinos que visitaban su región, en el este de Inglaterra, en una época en que se creía que estas aves corrían el peligro de extinguirse. Los persiguió con amor y obsesión, los observó en el aire y en la tierra: la forma en que volaban, cazaban, se alimentaban y descansaban, actividades que Baker registra con una combinación exquisita de exactitud y poesía. A medida que avanza en el misterio de esa búsqueda, su propio sentido de lo humano parece disolverse para ser reemplazado por la conciencia implacable de un halcón. De esa transformación se ocupa este libro hermoso, conmovedor e inolvidable. Publicada originalmente en 1967 y nunca antes traducida al español, *El peregrino* está considerada una de las obras maestras del siglo XX de la literatura sobre la naturaleza.

John Alec Baker

El peregrino

ePub r1.0
Titivillus 24.05.2025

Título original: *The Peregrine*
John Alec Baker, 2016
Traducción: Marcelo Cohen
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

El Peregrino

J. A. BAKER

A mi esposa

Comienzos

Al este de mi casa, la larga cadena de colinas descansa en el horizonte como el casco de un submarino. Arriba, reflejos de agua distante brillan en el cielo oriental, y da la impresión de que hubiera velas más allá de la costa. Árboles de ladera se aprietan en un oscuro bosque de agujas, pero cuando avanzo se apartan poco a poco, y a ese resquicio baja el cielo, y son robles y olmos solitarios, cada uno con su amplio territorio de sombra invernal. La calma, la soledad de los confines me atrae y paso entre medio hacia otros más. Se acumulan en la memoria como estratos.

Desde la ciudad el río fluye hacia el nordeste, rodea hacia el este la falda norte de la cadena y gira hacia el sur rumbo al estuario. El valle superior es una planicie abierta; más abajo se hace angosto y escarpado y cerca del estuario otra vez vasto y chato. El llano es una suerte de estuario de tierra con dispersas granjas como islas. La corriente del río, lenta, sinuosa, es poca para la amplitud y la extensión del estuario, en otro tiempo la desembocadura de un río mucho más grande por el que desaguaba la mayor parte de la Inglaterra central.

Las descripciones de paisaje muy detalladas hastían. Superficialmente, todas las partes de Inglaterra se parecen. Si hay diferencias son sutiles, teñidas por el amor. Aquí el suelo es de arcilla; marga al norte del río, greda al sur. En las terrazas del río hay grava, y en lo alto de las colinas. En un tiempo floresta, después pastizal, hoy la tierra es sobre todo suelo arable. Hay bosques pequeños, con pocos árboles de tamaño, la mayoría robles comunes con monte bajo de carpes y avellanos. Se han talado muchos setos. Los que persisten son de espinaula, endrino y olmo. En el suelo arcilloso los olmos crecen mucho; la variedad de sus formas acota el

cielo de invierno. Sauces llorones marcan el curso del río; junto al arroyo se enfilan alisos. El espino crece bien. Es una comarca de olmos, robles y espinos. Los nativos de la arcilla son gente hosca, que arde despacio, brasas morosas como de leña de aliso, lacónicos, densos como la tierra misma.

La marea abarca seiscientos kilómetros de costa, si se incluyen todos los arroyos e islas; la línea costera más larga e irregular del condado. Aunque el condado es el más seco, tiene un festón acuoso que se resuelve en marisma y barrizal salino. Cuando se seca, el barro arenoso de las horas de marea baja vuelve el cielo más claro; las nubes reflejan el agua y devuelven el brillo tierra adentro.

Las granjas son ordenadas, prósperas, pero aún pervive una fragancia de descuido como un fantasma de hierba caída. Siempre hay una sensación de pérdida, de haber sido olvidado. Aquí no hay nada más; ni castillos, ni monumentos antiguos, ni colinas como nubes verdes. Es apenas una curva de tierra, una crudeza de campos de invierno. Tierras tenues, chatas, desoladas, que cauterizan cualquier pena.

Siempre he deseado ser parte de lo abierto, estar allá, al borde de las cosas, dejar que la impureza humana se enjuague hasta el vacío y el silencio como el zorro disuelve su olor en el agua fría y ultramundana; volver a la ciudad como un extranjero. Vagabundear nos sonrosa de una gloria que con el arribo se desvanece.

Llegué tarde al amor por las aves. Por años solo las vi como un temblor al filo de la visión. Las aves conocen el sufrimiento y la dicha en estados simples imposibles para nosotros. La vida se les activa y calienta a un pulso que nuestros corazones no alcanzan nunca. Corren hacia el olvido. Envejecen cuando nosotros no hemos terminado de crecer.

El primer pájaro que busqué fue el chotacabras, que solía anidar en el valle. El canto es como la caída de un chorro de vino en un barril hondo y resonante. Es un sonido fragante, con un aroma que se eleva al cielo callado. Al resplandor diurno suena más flaco y más seco, pero con la oscuridad se hace añejo y melodioso. Si los cantos tuvieran olor, este olería a uvas y almendras machacadas en madera oscura. El sonido rezuma sin que se pierda una gota. La madera rebosa de canto. Luego para. De golpe, inesperadamente. Pero el oído sigue percibiéndolo, eco prolongado y declinante que

se escurre ondulando entre los árboles de alrededor. En la calma profunda, entre las estrellas tempranas y el largo crepúsculo, el chotacabras da saltitos alegres. Planea y aletea, baila y retoza, alejándose leve, silenciosamente. En las fotos parece que tuviera un desaliento de sapo, un aura doliente, como si estuviera sepultado en la penumbra, espectral y perturbador. En la vida nunca es así. Por entre el anochecer uno solo divisa la forma y el vuelo, intangiblemente ligero y alegre, gracioso y tenue como el de una golondrina.

En la oscuridad siempre he tenido cerca a los gavilanes, como algo que quiero decir pero nunca recuerdo del todo. Las cabezas estrechas me atraviesan los sueños con un fulgor ciego. Los perseguí durante muchos veranos pero, pocos como eran y remisos, costaba mucho encontrarlos y más todavía verlos. Vivían una vida de guerrilla fugitiva. Ahí donde haya maleza y descuido, un tamiz deposita hoy los frágiles huesos de generaciones de gavilanes en el humus profundo de los bosques. Eran una raza proscrita de bárbaros hermosos y una vez muertos no se podía reemplazarlos.

Me he alejado de la opulencia almizcleña de los bosques de estío, donde tantas aves están muriendo. La caza del halcón empieza para mí en otoño y termina en primavera; entre los dos reluce el invierno como el arco de Orión.

Un día de diciembre de hace diez años vi en el estuario mi primer peregrino. El sol enrojecía la niebla blanca del río, había un relumbre de escarcha en los campos e incrustaciones en los botes; solo el agua se movía libremente y brillaba chapaleando. Caminé hacia el mar a lo largo del rompeolas de la ribera. A medida que el sol se alzaba al cielo claro en una bruma cegadora, la hierba blanqueada, dura y crujiente se aflojaba y humedecía. Los rincones a la sombra seguirían escarchados el día entero; el sol era cálido y no soplaba viento.

Descansé al pie del muro del rompeolas y miré a los correlimos alimentarse en la resaca. De repente echaron a volar corriente arriba y cientos de pinzones se arremolinaban para alejarse con un frufrú de alas desesperadas. Demasiado tarde me di cuenta de que estaba pasando algo que no debía perderme. A trancas y barrancas me incorporé y vi que los espinos atrofiados de la cuesta interior se habían llenado de zorzales reales. Apuntaban al nordeste los picos

agudos y farfullaban un cloqueo de alarma. Atendiendo a su mirada divisé un halcón que volaba hacia mí. Viró a la derecha y siguió tierra adentro. Era como un cernícalo, pero más grande y amarillo, con la cabeza más ahusada, las alas más largas y un vuelo más ágil y entusiasta. No se dejó planear hasta que vio estorninos pintos picoteando en el rastrojo; luego se lanzó abajo y al despegar los otros lo ocultaron. Un minuto después se disparó hacia arriba y en un santiamén desapareció en la bruma soleada. Volaba a mucha más altura que antes, arrojado como una flecha, con latigazos de agachadiza en las alas filosas.

Aquel fue mi primer peregrino. Desde entonces he visto muchos, pero ninguno que lo superase en velocidad y fuego. Durante diez años pasé todos mis inviernos buscando esa brillantez efusiva, la pasión y la violencia súbitas que los peregrinos arrebatan al cielo. Diez años me he pasado con la vista en lo alto esperando esa ancla que muerde las nubes, la ballesta que surca el aire. Con los halcones el ojo se vuelve insaciable. Se gira a enfocarlo con un clic de furia extática, igual que el ojo del halcón gira y se dilata seducido por las formas nutricias de gaviotas y palomas.

Para que un peregrino lo reconozca y acepte, uno debe ponerse la misma ropa, hacer el mismo camino, llevar a cabo las acciones en el mismo orden. Como a todas las aves, lo imprevisible le da miedo. Entrar en los campos e irse cada día a la misma hora, sosegar la barbarie del halcón con un ritual de conducta invariable como el suyo. Encapotar el fulgor de los ojos, esconder el temblor blanco de las manos, poner visera al reflejo inhóspito de la cara, adoptar la inmovilidad de un árbol. El peregrino no le teme a nada que pueda ver con claridad y desde lejos. Acérquense a él por campo abierto con paso sostenido y resuelto. Dejen que su propia forma crezca en tamaño sin cambiar de silueta. Nunca se oculten si no es del todo. Vayan solos. Rehúyan la rareza furtiva del hombre, retráiganse de los ojos hostiles de las granjas. Aprendan a temer. No hay vínculo más grande que el del miedo compartido. El cazador debe convertirse en lo que caza. Lo que es, es ahora y debe tener la intensidad vibratoria de la flecha que se clava en el árbol. El ayer es apagado y monótono. Hace una semana no habían nacido. Persistan, aguanten, sigan, vigilen.

La caza del halcón aguza la vista. Derramada tras el ave en

movimiento, la tierra fluye lejos de la mirada en deltas de color penetrante. El ojo apuntado atraviesa la escoria superficial mientras el hacha oblicua entra en el corazón del árbol. Una límpida sensación de lugar titila como otra extremidad. La dirección cobra color y significado. El sur es un lugar brillante, bloqueado, opaco y agobiante; el oeste una tierra que se espesa en árboles, se aprieta, el gran cuadril de Inglaterra, el anca celestial; el norte es abierto, lúgubre, un camino a la nada; el este es una vivificación del cielo, una llamada de la luz, una tormentosa irrupción del mar. El tiempo se mide por un reloj de sangre. Cuando uno está activo, cerca del halcón, persiguiendo, el pulso se precipita y el tiempo se acelera; cuando uno espera sin moverse el pulso se aquieta, el tiempo es lento. Siempre que uno acecha al halcón tiene la sensación opresiva de que el tiempo entra en tensión como un resorte contraído. Odia el movimiento del sol, la indefectible alteración de la luz, el aumento del hambre, el metrónomo enloquecedor del latido. Si uno dice «las diez» o «las tres» no habla del tiempo gris y encogido de las ciudades; habla del recuerdo de cierta fulminación o declinación de la luz que fue única para un momento y un lugar precisos ese día, un recuerdo tan nítido para el cazador como un fogonazo de magnesio.

En cuanto sale de su casa, el buscador del halcón sabe hacia dónde sopla el viento, siente el peso del aire. Es como si muy adentro de sí viera el día del halcón creciendo sin cesar hacia la luz del primer encuentro. El tiempo y el clima sostienen al halcón y el observador entre sus postes rotatorios. Cuando encuentra al halcón, el perseguidor puede mirar tranquilamente por encima del hombro el enorme tedio y la desdicha de la búsqueda y la espera que precedieron. Todo se transfigura, como si de golpe las columnas rotas de un templo en ruinas hubiesen retomado el esplendor de antaño.

Voy a tratar de dejar claro lo sangrienta que es la matanza. Demasiado a menudo los que defienden a los halcones lo han pasado por alto. El hombre carnívoro no es superior en modo alguno. Amar a los muertos es facilísimo. El mal uso ha deformado la palabra «depredador» como un pantalón viejo. Todas las aves comen carne viviente en algún momento de la vida. Piensen en el zorzal de ojos fríos, ese carnívoro saltarín de los jardines,

apuñalador de gusanos, verdugo exultante de caracoles. No deberíamos ponernos tan sentimentales con su canto como para olvidar la muerte que lo sustenta.

En mi diario de un solo invierno he intentado mantener la unidad, ligando el ave, el observador y el lugar que sostiene a ambos. Aunque todo lo que describo sucedió mientras lo observaba, no creo que con la observación honrada baste. Las emociones y el comportamiento del observador también son hechos y hay que registrarlos con fidelidad.

Seguí al peregrino durante diez años. Me había poseído. Para mí era el grial. Ahora ya está. La larga persecución se acabó. Quedan pocos peregrinos, habrá cada vez menos y quizá no sobrevivan. Muchos mueren de espaldas, insanamente aferrados al cielo en las últimas convulsiones, mustios y consumidos por el polen sucio, insidioso de los pesticidas. Antes de que sea tarde, he procurado recapturar la belleza extraordinaria de esa ave y transmitir la maravilla de la tierra en donde vivía, una tierra para mí tan profusa y gloriosa como África. Es un mundo que agoniza, como Marte, pero que aún resplandece.

Peregrinos

Lo más difícil de ver es lo que realmente está ahí. En los libros sobre aves hay fotos del peregrino y el texto abunda en información. Grande y aislado en la blancura radiante de la página, el halcón devuelve la mirada, audaz, estatuario, brillante de colores. Pero una vez que uno cierra el libro no vuelve a verlo nunca. Comparada con la imagen próxima y estática la realidad le resultará opaca y decepcionante. El pájaro vivo nunca será tan grande, tan luminoso. Sumido en el paisaje, se alejará cada vez más, siempre a punto de perderse. Frente a la apasionada movilidad del pájaro vivo, las fotos son figuras de cera.

Los peregrinos hembras tienen entre cuarenta y dos y cincuenta y dos centímetros de largo; más o menos como el brazo humano del codo a las puntas de los dedos. Los machos son diez o doce centímetros más cortos, entre treinta y uno y cuarenta. También el peso es diferente: de 910 a 1500 gramos las hembras, entre 440 y 750 los machos. En los peregrinos todo varía: el color, el tamaño, el peso, la personalidad, el estilo: todo.

Los adultos son azules, azul-negros o grises arriba; blancuzcos abajo, cruzados por barras grises. El primer año de vida, y a menudo buena parte del segundo, los más jóvenes son arriba marrones y abajo beige con rayas verticales marrones. Ese marrón va del rojo zorro al sepia; el beige del crema al amarillo claro. Los peregrinos nacen entre abril y junio. Solo al marzo siguiente empiezan a mudar las plumas de juventud; en muchos el cambio no sucede hasta los doce meses. Algunos pueden conservar el plumaje marrón durante su segundo invierno, aunque a partir de enero ya aparecen unas plumas de adulto. La muda llega a tardar seis meses en completarse. Se acelera con el calor, se retrasa con el frío. Los

peregrinos no se reproducen hasta los dos años de edad, pero los de un año pueden elegir dónde anidar y defender territorio.

El peregrino está adaptado para perseguir y matar pájaros en vuelo. Tiene forma aerodinámica. La cabeza redondeada y el pecho ancho se afinan poco a poco hasta la angosta cola en cuña. Las alas son largas y puntiagudas: las remeras primarias, largas y finas, para la velocidad; las secundarias, largas y anchas, para dar fuerza al despegue o el transporte de una presa pesada. El pico ganchudo es capaz de arrancar carne de los huesos. En la mandíbula superior hay un diente que encaja en una muesca de la inferior. Si lo inserta en las vértebras cervicales de un pájaro, presionando y retorciendo el peregrino puede quebrarle el espinazo. Las patas son gruesas y musculosas, las garras poderosas y largas. Al dorso de las garras hay unas almohadillas ásperas que ayudan a sujetar la presa. El mortífero dedo trasero es el más largo de los cuatro y se puede usar separadamente para abatir a la presa. Los grandes músculos pectorales proveen energía y resistencia en vuelo. El plumaje oscuro que rodea los ojos absorbe la luz y reduce el brillo. Quizá el contraste entre marrón y blanco del dibujo facial tenga el efecto de lanzar a la víctima a un vuelo sobresaltado. En cierta medida también camufla los grandes ojos reflectantes.

Se ha medido que el peregrino bate las alas a razón de 4,4 golpes por segundo. Las cifras comparativas son: 4,3 para la grajilla, 4,2 para el cuervo, 4,8 para el avefría, 5,2 para la paloma torcaz. En vuelo de aleteo parejo el peregrino se parece más a una paloma, pero tiene alas más largas, flexibles y capaces de echarse más atrás sobre el lomo. Se ha descrito el vuelo típico como una sucesión de aletazos rápidos, rota a intervalos regulares por largos planeos con las alas desplegadas. La verdad es que ese planeo dista de ser parejo y al menos la mitad de los peregrinos que yo he visto en vuelo planeaban poco o nada. Cuando el halcón no está cazando tal vez el vuelo parezca lento y sinuoso, pero siempre es más rápido de lo que aparenta. Por lo que yo he cronometrado, rara vez baja de 45 a 60 kilómetros por hora. En tren de persecución de una víctima, alcanza de 75 a 90 durante distancias de más de un kilómetro y medio; velocidades mayores solo se dan en tramos mucho más cortos. La velocidad de la caída en vertical supera sin duda los 150 kilómetros por hora, pero es imposible ser más preciso. La emoción de ver un

peregrino caer en picado no se define por estadísticas.

Los peregrinos llegan a la costa oriental desde mediado agosto hasta noviembre; la mayoría entre fines de septiembre y la primera mitad de octubre. Cualquier condición climática es buena, pero más probablemente lleguen del mar en días claros y soleados con viento fresco del nordeste. Las aves de paso tal vez se queden dos o tres semanas antes de seguir rumbo al sur. El paso de regreso dura desde fines de febrero hasta mayo. Los residentes de invierno suelen partir a fines de marzo o comienzos de abril. En otoño, los primeros en llegar son los halcones jóvenes, seguidos de los jóvenes peregrinos machos y más tarde de unos pocos adultos. La mayoría de los adultos no viajan tan al sur; se quedan lo más cerca que pueden de su territorio de crianza. Este orden migratorio, que prevalece a lo largo de la línea costera europea desde el Cabo Norte hasta Bretaña, es similar al que se ha observado en la costa oriental de Norteamérica. Los registros de marcado sugieren que los inmigrantes a la costa este de Inglaterra vienen de Escandinavia. No hay un solo peregrino con marca británica que se haya registrado en el sudeste de Inglaterra. En términos generales, todos los jóvenes que pasaban el invierno en el valle del río y a lo largo de los estuarios eran de color más claro que los de los nidos británicos; el característico patrón de las alas era de un marrón rojizo suave las cubiertas y secundarias, en contraste con el negro de las primarias, similar al de los cernícalos.

El área en donde hice mis observaciones mide unos treinta kilómetros de este a oeste y quince de norte a sur. Fue territorio de caza de al menos dos peregrinos cada invierno, a veces de tres o cuatro. Tanto el valle del río como el estuario que está al este tienen quince kilómetros de longitud. Juntos forman el largo y estrecho centro del territorio, donde siempre era posible encontrar un peregrino como mínimo. Es difícil decir con seguridad por qué eran elegidos esos lugares en particular. Aunque la mayor parte de Inglaterra, incluidos pueblos y ciudades, puede dar refugio de invierno a un peregrino residente, ciertas áreas han sido visitadas con regularidad y otras pasadas por alto. Es evidente que se encontrará en la costa, en embalses, estaciones depuradoras o marismas a los peregrinos que tengan una clara predilección por patos o pájaros de esa zona. Pero los que invernaban en el valle

cobraban presas muy diversas, si bien con predominancia de palomas torcaces y gaviotas reidoras. Creo que venían aquí por dos razones: porque era un hogar de invierno que se había usado muchos años y porque los arroyos de grava eran ideales para el baño. El peregrino es devoto de la tradición. Durante cientos de años ha habido nidos en los mismos riscos. Del mismo modo, es probable que cada generación de aves jóvenes inverne en los mismos territorios. De hecho quizá estén regresando adonde anidaron sus ancestros. Los peregrinos que hoy anidan en las condiciones de la tundra lapona o noruega podrían descender de los que una vez anidaron en las tundras del Támesis inferior. Los peregrinos siempre han vivido lo más cerca posible del límite del permafrost.

Los peregrinos se bañan todos los días. Prefieren el agua corriente, de entre quince y veintidós centímetros de profundidad. Ni menos de cinco centímetros ni más de veinticinco les parecen aceptables. El lecho del arroyo tiene que ser de grava o firme, con un paulatino declive desde la orilla hasta el centro. Favorecen los lugares donde el color del lecho se parece al de su plumaje. Les gusta que riberas abruptas o matas colgantes los disimulen. Prefieren los arroyos someros o las zanjas profundas que los ríos. Casi no usan agua salada. A veces eligen acequias revestidas de cemento, pero solo si el cemento se ha decolorado. Predilectos son los vados poco profundos, donde arroyos rápidos cruzan caminos de campo de un pardo jaspeado. Para prevenirse de la cercanía de humanos confían en un oído notablemente agudo y en los reclamos de alarma de otras aves. La búsqueda de un sitio de baño adecuado es una de las principales actividades diarias del peregrino, y en relación con esa búsqueda deciden dónde cazar y dónde posarse. Se bañan a menudo para librarse de los piojos del propio plumaje y los que les haya transferido la presa que mataron. Difícilmente esos piojos nuevos vivan mucho tras haber dejado a su huésped natural, pero añaden una irritación a la cual el halcón es sumamente sensible. Si el halcón no controla la cantidad de piojos que le infestan las plumas, hay un rápido deterioro de la salud muy peligroso para el joven que aún está aprendiendo a cazar y matar a la presa.

Si bien esto varía mucho, un día habitual del peregrino empieza

con un vuelo lento y plácido desde la percha hasta el arroyo más apto para el baño: la distancia puede llegar a ser de entre quince y veinte kilómetros. Después del baño, emplea una hora más en secarse las plumas, arreglarlas con el pico y dormir. Solo paulatinamente el halcón emerge del letargo postbaño. Los primeros vuelos son breves y pausados. Se mueve de percha en percha observando a las otras aves y de tanto en tanto caza un insecto o un ratón. Reconstruye todo el aprendizaje de matar que recorrió después de dejar el nido por primera vez: los primeros vuelos cortos, cautelosos; los más confiados y largos; los traviesos raídes fingidos contra objetos inanimados; los juegos con otros pájaros y el paso a la simulación o el ataque, y luego al primer intento serio de matar. Comparada con esta larga representación de la adolescencia, la verdadera caza de un halcón puede ser un proceso breve.

La caza siempre va precedida de alguna forma de juego. El halcón puede fintar con perdices, acosar grajillas o avefrías, entablar escaramuzas con cuervos. A veces, sin advertencia previa, de repente mata. Después da la impresión de azorarse de lo que hizo, y quizá dejar la presa donde cayó y volver más tarde, cuando está cazando de veras. Aun cuando tiene hambre y ha matado con furia, puede quedarse diez o quince minutos quieto junto a la víctima antes de empezar a comer. En estos casos el pájaro muerto no tiene marcas, algo que parece desconcertar al halcón. Lo picotea con displicencia. No bien brota sangre, come sin más.

Frente a la caza reiterada en la misma zona, la posible presa reacciona crecientemente con una defensa eficaz. Es siempre notable que la reacción de las aves al sobrevuelo del halcón, comparativamente leve en septiembre y octubre, no pare de crecer durante el invierno, hasta que en marzo se vuelve violenta y espectacular. El peregrino debe guardarse de asustar siempre a las mismas; de lo contrario podrían abandonar del todo la zona. Por eso es posible verlo cazando varios días seguidos en el mismo lugar y luego no divisarlo por una semana o más. Quizás se mude cerca, quizás a treinta kilómetros de distancia. Los hábitos de caza son muy variados según el individuo. Algunos cazan a través de su territorio en líneas rectas de entre siete y veinte kilómetros. Pueden virar de repente, volver sobre el mismo curso y atacar aves ya

intranquilas. Algunas de estas líneas van del estuario a un estanque y al valle, y del valle al estuario; otras unen los puntos de reposo con los de baño. También hay largos, eficaces vuelos a favor del viento que dividen el territorio, seguidos de descendentes planeos diagonales con viento en contra que terminan a dos o tres kilómetros del punto de partida. En días de sol, la caza suele llevarse a cabo remontándose para bajar en círculos con el viento, y se basa en una parecida división del terreno. Cuando se lanza un ataque, generalmente es un solo, despiadado embate vertical. Si erra, el halcón tal vez se aleje enseguida para buscar otra presa.

A comienzos de otoño y en primavera, cuando los días se alargan y el aire se entibia, el peregrino se remonta más alto y caza en un área más amplia. En marzo, un mes de condiciones en general ideales para el planeo, aumenta el radio de alcance y mediante largos picados desde gran altura puede matar presas más grandes y pesadas. El tiempo nuboso conlleva vuelos más cortos a niveles inferiores. La lluvia recorta aún más el radio de caza. La niebla lo reduce a un solo campo. Cuanto más corto el día, más activo el halcón porque hay menos tiempo disponible para cazar. A ambos lados del solsticio de invierno, todas las actividades se contraen o expanden según la duración de la luz.

Los peregrinos jóvenes planean cada vez que la fuerza del viento les permite girar lo bastante despacio sobre el área de inspección. Ese planeo dura entre diez y veinte segundos, pero algunas aves son más adictas a la costumbre que otras y perseveran en pasar ratos más largos planeando. El halcón cazador aprovecha todas las ventajas posibles. La evidente es la altura. Puede abatirse (otra expresión para el ataque en picado) sobre la presa desde cualquier altura entre uno y novecientos metros. Lo ideal es caer por sorpresa: que el halcón oculto por la altura se precipite sobre la víctima sin ser visto, o que arremeta de golpe desde un escondite en un árbol o una zanja. Como un gavilán, el peregrino espera emboscado. Los métodos para matar más espectaculares los usan menos los jóvenes que los adultos. Algunos peregrinos planean deliberadamente con el sol detrás; con demasiada frecuencia para que sea mera casualidad.

Como todos los cazadores, el peregrino se atiene a un código de conducta. Rara vez atrapa a una presa en tierra o la persigue dentro de un refugio, a la manera de otros halcones, aunque no es nada

incapaz de hacerlo. Muchos adultos solo cobran presas en vuelo, pero los jóvenes son menos peculiares. Los peregrinos perfeccionan su poder de muerte mediante una práctica incesante, como los caballeros o los deportistas. Dentro de los límites del código, los que mejor se adaptan sobreviven. Si un halcón insiste en romper el código, probablemente está enfermo o loco.

Una vez que el peregrino tiene ventaja sobre la presa, matarla es sencillo. A los pájaros pequeños y ligeros los aferra con las garras extendidas; sobre los más grandes y pesados se abate desde arriba, en cualquier ángulo entre diez y noventa grados, y a menudo los golpea contra el suelo. El picado sirve para aumentar la velocidad con que se hace el contacto. El momento de inercia del descenso aumenta el peso del halcón y le permite matar aves el doble de pesadas que él. A los jóvenes esto tienen que enseñárselo los padres; parecidamente entrenan los halconeros a las aves cautivas. La acción de atacar abatiéndose no parece innata, aunque se asimila rápidamente. Es probable que la habilidad de abatirse sobre una presa en vuelo sea un desarrollo evolutivo comparativamente reciente, una superación de la captura mediante persecución y la caza de piezas en tierra. Aunque así puedan hacerse más vulnerables, cuando pasa por arriba un peregrino la mayoría de las aves aún despegan.

El peregrino se abate sobre la presa. Se lanza con las patas extendidas delante hasta que las garras quedan debajo del pecho. Crispa los dedos, con el largo posterior debajo de los tres frontales, que aparta doblándolos hacia arriba. Pasa cerca del pájaro, tocándolo casi con el cuerpo y todavía moviéndose muy rápido. El dedo trasero (o dedos; a veces uno, a veces los dos) se clava en el lomo o el pecho del otro pájaro como un cuchillo. En el momento del impacto el halcón alza las alas. Si acierta (por lo general golpea con fuerza o erra por completo), la presa muere en el acto, bien por el choque, bien con un órgano vital perforado. El peregrino pesa entre 700 y 1200 gramos; con treinta metros de caída, un peso así puede matar a cualquier ave salvo las más grandes. Es común que tarros blancos, faisanes y gaviotas reidoras sucumban a ataques con 150 metros o más de caída. A veces el halcón aferra y luego suelta a la presa, que al dar en el suelo se tambalea, atónita pero aún viva; a veces la lleva a un lugar más apropiado para comer. Mientras la

transporta, o no bien aterriza, le quiebra el cuello con el pico. No hay criatura carnívora más eficiente ni piadosa que el peregrino. No es que se proponga ser piadoso; simplemente actúa según está diseñado. Los cazadores de cuervos de Königsberg matan a las piezas de la misma forma. Sorprenden a los cuervos poniendo carnada en los nidos y los matan con los dientes, de un mordisco que les quiebra el pescuezo.

Antes de empezar a comer, el peregrino despluma en parte a la presa. La cantidad de plumas arrancadas varía, no solo con el hambre del individuo sino con las preferencias. Hay halcones que despluman del todo; otros solo limpian con unos picotazos. De pie sobre la presa, la mantienen bien agarrada con uno o los dos talones. Desplumar les lleva dos o tres minutos. Comer, entre diez minutos y media hora, depende del tamaño del ave: diez minutos para un zorzal real o un archibebe, media hora para un ánade real o un faisán.

Si la presa es muy pesada, o el lugar apto, puede que el halcón la coma allí mismo. Al parecer muchos son indiferentes; se alimentan donde mataron. Otros prefieren un lugar totalmente abierto, o totalmente retirado. De las víctimas que yo encontré, el setenta por ciento estaba en hierba corta, aunque la mayor parte del suelo de aquí es arable. A los peregrinos les gusta alimentarse en superficies firmes. A las presas pequeñas suelen comerlas en árboles, sobre todo en otoño; y puede que lo mismo hagan los que se criaron en nidos de ramaje, siempre que sea posible. En la costa, algunos comen arriba de los rompeolas; otros al pie, cerca de la línea del agua. Es posible que estos provengan de nidos de acantilado y estén acostumbrados alimentarse teniendo arriba una pendiente empinada.

Es fácil reconocer a la víctima de un peregrino. La carcasa está de espaldas, con las alas intactas todavía unidas al cuerpo por la escápula. El esternón y los huesos principales estarán muy descarnados. Lo mismo las cervicales, si queda la cabeza. Con frecuencia no se han tocado las patas ni el lomo. Si el esternón sigue entero, el pico lo habrá despojado de varias piecitas triangulares. (Esto no siempre sucede con las aves mayores, que tienen huesos más gruesos). Cuando queda bastante carne, tal vez el peregrino vuelva a terminarla al día siguiente o incluso varios días

más tarde. De la carne sobrante de presas abandonadas suelen alimentarse zorros, ratas, armiños, comadrejas, cuervos, cernícalos, gaviotas, raposos y gusanos. Los mitos comunes usan las plumas para construir sus nidos. He encontrado una concentración inusual de nidos de mito en áreas donde hubo mucha caza.

Ninguna rapaz disputa con un peregrino que va tras una pieza; pero a veces sucede que ataques resueltos y concertados de cuervos disuaden al halcón de cazar en ciertos lugares. Cuando el que está de caza es el hombre, el peregrino se va a otro lado. Es notablemente rápido para distinguir al hombre desarmado del que lleva un arma. Hay entre peregrinos y cernícalos una curiosa relación difícil de definir. Con frecuencia se ve a las dos especies en la misma zona, especialmente en otoño y primavera. Casi nunca vi a una de ellas sin encontrar muy cerca a la otra. Puede darse que compartan lugar de baño, que alguna vez el peregrino le robe una presa al cernícalo, que el cernícalo se alimente de restos que dejó el peregrino, que este ataque pájaros que el otro le señala sin querer. En setiembre y octubre se diría que algunos peregrinos copian la forma de cazar del cernícalo y he visto a las dos especies planeando juntas sobre el mismo campo. De modo parecido, he visto a un peregrino cazando cerca de un búho campestre y aparentemente imitándole la forma de volar. Para marzo, la relación ha cambiado: el peregrino se ha vuelto hostil y ataca y probablemente mate a cualquier cernícalo que planee cerca de él.

A lo largo de diez inviernos encontré 619 víctimas de peregrinos. Las especies se distribuían como sigue:

Paloma torcaz - 38 %
Gaviota reidora - 14 %
Avefría - 6 %
Silbón - 3 %
Perdiz - 3 %
Zorzal real - 3 %
Gallineta - 2 %
Zarapito real - 2 %
Chorlito dorado - 2 %
Graja - 2 %

Además de estas registré otras treinta y cinco especies cobradas,

que completan el 25 % restante del total. Analizadas por familias, las proporciones son:

Palomas - 39 %
Gaviotas - 17 %
Zancudas - 16 %
Patos - 8 %
Caza menor - 5 %
Córvidos - 5 %
Paseriformes pequeños o medianos - 5 %
Otros - 5 %

En el invierno que he descrito en este libro hubo más palomas cazadas debido a su extraordinaria abundancia en tiempo frío y a la ausencia por entonces de otras especies del interior. Las cifras relativas para ese invierno en particular son las siguientes:

Paloma torcaz - 54 %
Gaviota reidora - 9 %
Avefría - 7 %
Silbón - 3 %
Perdiz - 3 %
Zorzal real - 2 %
Gallineta - 2 %
Zarapito real - 2 %
Graja - 2 %
Ánade real - 2 %

En el 14 % restante había otras veintidós subespecies.

Estas tablas sugieren que el peregrino joven caza mayormente las especies más numerosas en su territorio, siempre y cuando pesen al menos 250 gramos. Los peregrinos matan poquísimos estorninos pintos o gorriones, que sin embargo son aquí muy comunes. De las especies más grandes, las más corrientes y ampliamente distribuidas son las palomas torcaces, las gaviotas reidoras y las avefrías, en este orden. Si se considera el peso total de las presas disponibles, la paloma torcaz debe representar una proporción de la biomasa aproximadamente igual al porcentaje de esas aves que de hecho mata el peregrino. El método de selección empleado, si es que lo

hay, podría no ser tan poco espectacular como sigue: el peregrino mata con más frecuencia la especie de ave que ve con más frecuencia, siempre que sea razonablemente grande y conspicua. La presencia de cantidades anormales de cualquier especie de aves resulta, y esto es invariable, en una proporción mayor de individuos de esa especie matados por el peregrino. Si gracias a un verano seco se crían con éxito más perdices, más perdices matará el halcón el invierno siguiente. Si con el frío aumenta el número de silbones, más serán cazados. Las rapaces que matan lo más común en una región tienen mejores posibilidades de sobrevivir. Las que tienden a preferir una sola, es muy probable que pasen hambre y mueran de enfermedad.

En octubre y noviembre, sobre el valle y el estuario, mueren cazadas por el peregrino muchas gaviotas y avefrías, la mayoría en tierra recién labrada. De diciembre a febrero, sobre todo cuando el tiempo se endurece y las avefrías escasean, las presas más habituales son las palomas torcaces. En marzo todavía hay captura de palomas, vuelve a aumentar la de gaviotas y avefrías y caen más patos que en cualquier otro mes. A lo largo del invierno el peregrino toma de tanto en tanto aves de caza, gallinetas, zorzales o zancudas. Si llueve o hay niebla, las presas principales son aves de caza y gallinetas. La toma de patos es menos frecuente de lo que dice la creencia popular. Esto vale para todos los países, tanto en verano como en invierno; definitivamente, el peregrino no es un «halcón patero». En la mayoría de las listas de sus preferencias figuran muy arriba las palomas domésticas y silvestres, pero aquí yo no encontré ninguna; ningún peregrino que yo haya visto atacó una sola paloma ni mostró el interés de hacerlo.

Las condiciones climáticas pueden afectar la elección de la presa. Cuando al verano húmedo le sigue un invierno húmedo, la tierra se anega, se retrasa el arado y los lugares de baño desbordan con las crecidas. Los peregrinos cazan sobre los pastos del sur del valle y entre los dos estuarios. Se bañan en zanjas o al borde de las riadas. Algunos eligen las pasturas sea cual sea el tiempo. Estos peregrinos de llano verde llegan bien entrado el otoño y se quedan hasta fines de abril o comienzos de mayo. Posiblemente vengan de la tundra lapona, donde en verano el campo es una gran esponja esmeralda. Para ellos los húmedos pastos de pantano y el verdor de

los suelos de arcilla espesa son como su casa. Abarcan grandes distancias, vuelan alto, son mucho más difíciles de encontrar y seguir que los del valle, en comparación más sedentarios. Sus presas favoritas son las avefrías, las gaviotas y los zorzales reales que se alimentan de lombrices en los prados húmedos. Entre enero y marzo matan palomas torcaces que viven del trébol. A menudo son atacadas las grajas que anidan.

Parece improbable que el peregrino tenga un sentido del gusto discriminatorio. Si prefiere ciertas especies debe de ser por la textura de la carne y de cuánta carne tierna hay en los huesos. Si para el paladar humano grajas, grajillas, gaviotas, serretas y zampullines son más o menos desagradables, al parecer el peregrino los come con deleite.

Un color o una pauta conspicuos aumentan la vulnerabilidad e influyen en la elección. También son siempre vulnerables las aves que se mueven de un lugar a otro y vuelan de ida y vuelta a sus nidos por rutas conocidas, o que meramente pasan por el territorio durante la migración. A las recién llegadas el halcón las ataca enseguida, antes de que descubran en dónde refugiarse. Las raras son indefectiblemente escogidas. Albinas, enfermas, deformes, solitarias, imbéciles, seniles, muy jóvenes: estas son las más vulnerables.

Las rapaces vencen aprovechando más la debilidad de la presa que su propia superioridad de poder. Así en los ejemplos siguientes:

La paloma torcaz

Las plumas blancas de las alas y el cuello son visibles a gran distancia. El blanco destaca contra todos los colores del suelo. El peregrino ve y reacciona al blanco más rápidamente que a cualquier otro color. El ocho por ciento de las aves cazadas en el territorio eran mayormente blancas o tenían marcas blancas llamativas. También delata a las palomas torcaces el ruidoso aleteo con que despegan. En primavera, el vuelo de exhibición las hace aún más patentes. Las bandadas ganan altura muy despacio y los individuos no se mantienen lo bastante juntos. En vuelo regular son fuertes; ven el peligro que viene de abajo y pueden virar de repente; pero si las atacan desde arriba la maniobra es menos abrupta, les cuesta esquivar y tuercen con lentitud. Como el hombre les dispara y

molesta tanto, a menudo se ven forzadas a volar debajo del halcón cazador. El plumaje flojo se les puede arrancar con facilidad. Son en todo aspecto una especie ideal para el peregrino: ruidosas, conspicuas, numerosas, pesadas, carnosas, alimenticias y no difíciles de matar.

La gaviota reidora

De las aves de invierno, la más llamativa es la gaviota blanca. Contra la oscuridad de los labrantíos hasta el débil ojo humano las divisa a setecientos metros. Por eso el peregrino mata tantas gaviotas adultas y tan pocas jóvenes. Las gaviotas pueden eludir el ataque en picado con un despegue rápido, pero si el ataque es desde abajo entran fácilmente en pánico. La blancura las funde con el cielo; cuando están en el mar, las hace invisibles a los peces que son su alimento. Tal vez por confianza en ese camuflaje, les cuesta adaptarse al peligro inesperado que viene de abajo. En un tiempo se creía que al peregrino le repugnaba la carne de gaviota. Durante el verano los peregrinos finlandeses matan muchas gaviotas, y con frecuencia en la costa noruega y en Escocia.

El avefría

Mientras comen juntas en un campo están bien ocultas, pero si por arriba pasa un peregrino el bando entero echa a volar. En cuanto se elevan, el halcón distingue cada cola blanquinegra como un objetivo. El vuelo primaveral de exhibición las vuelve más imprudentes y menos alertas a los predadores. Tienen fama de ser difíciles de matar, pero los peregrinos que he visto yo las sometían sin problemas.

El silbón

Los peregrinos prefieren el silbón a cualquier otra especie de ánade. En invierno es el pato más común de la costa y las anchas manchas blancas de las alas y el silbido estridente lo hacen muy notorio. Como todos los patos, vuela rápido y derecho, pero le cuesta esquivar el picado. En marzo, las parejas reaccionan con lentitud a la cercanía del halcón. Cuando en febrero termina la caza humana del pato salvaje, el peregrino mata más piezas y suele

vérselo rondando la costa al anochecer.

En resumen, las características que hacen a las aves vulnerables al ataque del peregrino son: el plumaje o las marcas blancas o de color claro, una confianza desmedida en el color críptico, un reclamo fuerte y repetitivo, un aleteo audible, el vuelo recto e inflexible, el canto en vuelo prolongado y agudo (como en la alondra y el archibebe), el vuelo de cortejo y las luchas entre machos en primavera, comer demasiado lejos de un refugio adecuado, el uso habitual de los mismos lugares de baño y comida, el vuelo de ida y vuelta al nido por rutas conocidas, la incapacidad de la bandada para juntarse cuando la atacan.

Es difícil calcular con precisión cuánto alimento comen los peregrinos salvajes. A los cautivos se les da entre 120 y 150 gramos de carne al día (o su equivalente). Los jóvenes en libertad probablemente comen más. Un macho salvaje mata y come dos avefrías o dos gaviotas reidoras diarias, o una paloma torcaz. Una hembra puede comer dos palomas torcaces —aunque no enteras— o un ave más grande, como un ánade real o un zarapito real.

En marzo se cobra mayor cantidad de piezas, incluida una variedad mayor de especies de aves y un número sorprendentemente alto de mamíferos. Empieza ya la muda y se acerca el momento de migrar. Para que crezcan plumas nuevas se necesita más provisión de sangre. Parece que el peregrino estuviera siempre comiendo. Mata dos aves al día, además de ratones, gusanos e insectos.

Los ojos de un halcón peregrino pesan alrededor de treinta gramos cada uno; son más grandes y pesados que los ojos humanos. Si la proporción entre nuestros ojos y el cuerpo fuera la misma que en el peregrino, un hombre de setenta y seis kilos tendría ojos de casi ocho centímetros de ancho y un kilo y medio de peso. La retina completa del ojo del halcón capta objetos distantes con una resolución el doble de aguda que la de la humana. En la zona de enfoque de las visiones binocular y lateral hay áreas foveales profundas; sus numerosas células registran con una resolución ocho veces mayor que la nuestra. De modo que el halcón que escudriña incansablemente el paisaje con abruptos giros de la cabeza detecta

todo punto de movimiento; enfocándolo, puede encenderlo de inmediato a una visión más amplia y más clara.

La visión de la tierra que tiene el peregrino es como la que el navegante tiene de la costa en un amplio estuario. Va dejando atrás una larga estela, y a cada lado se desliza la estela del horizonte que está perforando. Como el navegante, el peregrino vive en un mundo líquido sin lazos, un mundo de estelas y declives, de planos inclinados de tierra y agua. Nosotros, los que vivimos anclados y ligados a la tierra, no podemos vislumbrar esta libertad del ojo. El peregrino ve y recuerda pautas que para nosotros ni siquiera existen: los claros rectángulos de los huertos y los bosques, la variedad sin fin de los cuadriláteros de los campos. Se abre camino por la tierra mediante una sucesión de simetrías recordadas. ¿Pero qué comprende? ¿Realmente «sabe» que un objeto que aumenta de tamaño se le está acercando? ¿O, como cree en el tamaño que ve, un hombre lejano es demasiado pequeño para temerle pero si está cerca es enorme y aterroriza? Quizá viva en un mundo de pulsaciones incesantes, de objetos que no paran de dilatarse y contraerse. Apuntado a un pájaro distante, a un batir de alas, tal vez sienta —a medida que se extiende debajo de él como una mancha blanca— que nunca va a errar. Todo lo que él es se ha desarrollado para vincular el ojo que localiza con el talón que se clava.

La vida de caza

1 de octubre

En el cielo brillante se alza el otoño. El maíz está en tierra. Los campos relucen tras la cosecha.

Sobre huertos que huelen a fruta caída y avinagrada, sobre la actividad de carboneros y camachuelos, un peregrino planea hasta posarse en un aliso de la ribera. Sombras del río ondulan el reflejo de la sobria, hechizada cara del halcón en el agua. Cruzan los ojos fríos de la garza que observa. Destella el sol. Con un flechazo del pico, la garza enceguece la córnea blanca del río. Rápidamente el halcón vuela hacia las nubes rasgadas.

Alejándose de la bruma inferior con fintas y virajes, sube a la primera, leve tibieza del sol y delicadamente tantea el puro abismo del cielo en busca de un sostén para las alas. Es un peregrino macho, flaco y largo y ágil, el primero del año. Es del color ocre de la arena y el marrón rojizo de la grava. Los grandes ojos castaños de spaniel brillan de humedad al sol, como círculos de hígado crudo, engastados en el marrón más oscuro y mate de la bigotera. Gira hacia el oeste, siguiendo la curva reluciente del agua. Trabajosamente lo sigo en pos de un despegue de chorlitos.

Golondrinas y aviones chillan en vuelo bajo; arrendajos y urracas murmuran escondidos en los setos; los mirlos farfullan y regañan. Donde el valle se ensancha, los llanos vibran de tractores. Gaviotas y avefrías van detrás del arado. El brillo del sol llega de un cielo claro moteado de cirros. El viento está girando hacia el norte. Por el reclamo repentino de las perdices rojas y el aleteo de las palomas torcaces sé que ahora el halcón planea hacia el sur sobre el borde de los bosques. Va demasiado alto para verlo. Me quedo cerca del río con la esperanza de que vuelva con el viento. En los olmos, los cuervos maldicen y cabecean. Grajillas cloquean en la colina, se

esparcen, arremolinan, se alejan hasta empequeñecerse y callar en el azul profundo del cielo. Kilómetro y medio hacia el este, el halcón baja al río; desaparece entre los árboles que dejó hace dos horas.

A los peregrinos jóvenes los fascina el inacabable sube y baja del plumaje blanco de las gaviotas sobre la huella parda del arado. Mientras dure el labrado de otoño, seguirán por todo el valle a los tractores embanderados de blanco. Rara vez atacan. Les gusta mirar, nada más.

Eso estaba haciendo el peregrino cuando volví a encontrarlo en el aliso. No se movió de la percha hasta la una, cuando el tractorista se fue a almorzar y las gaviotas se instalaron en los surcos. Cerca del río chillaban arrendajos en los robles. Buscaban bellotas para enterrarlas en el bosque. El peregrino, que los había oído, observaba los relámpagos de las alas blancas entre las hojas. Se empinó hacia el viento y empezó a planear. Entre curvas, derivas y bandeos, se alzó en círculos hacia el ardor de las nubes y las franjas frescas del cielo. Me dolían los brazos y bajé los prismáticos para descansarlos. Como liberado, el halcón subió más y desapareció. Escruté el largo espinazo de cirros en busca de la fina, oscura media luna de la silueta pero no pude encontrarla. Tenue como un susurro, llegó a la deriva su duro grito exultante.

Los arrendajos callaron. Uno echó a volar pesadamente con una bellota en el pico abierto. Dejando la protección de los árboles, se elevó por sobre los prados rumbo al bosque de la ladera, cuatrocientos metros más allá. Yo veía el bulto de la bellota entre las mandíbulas como un limón de relleno en la boca de un jabalí asado. Hubo un ronroneo sibilante parecido al repique lejano de una agachadiza. De pronto, con un siseo, algo se borroneó detrás del arrendajo, que de pronto pareció tropezar y tambalearse en el aire. La bellota le saltó del pico como el corcho de una botella. Cayó desequilibrado, sacudiéndose como en un espasmo. El suelo lo mató. El peregrino bajó en picado para llevarse el pájaro muerto a un roble. Allí lo desplumó y se lo comió, zampándose la carne hasta que no quedaron más que las alas, el esternón y la cola.

Arrendajo glotón y acumulador; habría debido saltar por el seto y escabullirse de árbol en árbol, furtivo como hacía siempre. Nunca descubrir los flashes blancos de las alas y lanzarse al cielo delator.

Deslumbrante contra los prados verdes y húmedos, era una señal demasiado nítida.

El halcón voló hasta un árbol muerto y se puso a dormir. Al atardecer volvió a volar hacia donde anidaba en el este.

Vaya donde vaya este invierno yo quiero seguirlo. Voy a compartir el miedo, la exaltación y el aburrimiento de la vida de caza. Voy a seguirlo hasta que mi depredadora sombra humana ya no oscurezca de terror el agitado caleidoscopio de colores que le mancha la profunda fóvea del ojo brillante. Voy a hundir mi cabeza pagana en la tierra invernal y salir purificado.

3 de octubre

El interior estancado bajo la bruma. En la costa: sol que pela y brisa que refresca; el Mar del Norte chato y reluciente. Alondras en los campos: cantan, se persiguen, relampaguean al sol. Chillidos de archibebes rodeando los saladares. Con la marea alta, disparos. Vibrantes columnas de zancudas echando a volar de la marisma, relumbrando contra la sal. Playas blancas bajo la niebla. Un centelleo de zancudas, como un rocío, incendia los campos polvorientos.

La mayoría de las zancudas más pequeñas se instalaron en la playa de caracoles; chorlitos grises y campaneros, correlimos gordos, vuelvepiedras, chorlitejos, correlimos tridáctilos. Todos mirando hacia lados diferentes, durmiendo, limpiándose, vigilando, sombras precisas sobre el blanco encandilador y rugoso de la playa. Correlimos posados en ramitas de plantas de marisma, apenas por encima de la marea. Daban el pecho a la brisa; estólidos, pacientes, meciéndose de incomodidad. En la playa había lugar para ellos, pero no querían volar.

Quinientos ostreros vinieron desde el sur; esplendor pinto, silbando por los picos rosas como varillas de piedra. Patas negras de correlimos tridáctilos corrían por la blancura. Un correlimos zarapitín se había quedado aparte; delicado, con algo de potrillo contra el fondo del mar crespo, los ojos cerrados en el ruano de la cara. Bajaba la marea. En los vahos de calor nadaban zancudas, reflejos acuosos fondeados para aquietarse, sombras negras.

A lo lejos llamaron las gaviotas desde el mar. Una a una dejaron de cantar las alondras. Agachadas, las zancudas se sumieron en sus

sombras. Una hembra de peregrino, sable en el escudo blanco del cielo, sobrevoló el mar en redondo. Redujo la velocidad y se dejó derivar como si sobre la tierra el aire fuese espeso y pesado. Se lanzó hacia abajo. Salvas de alas blancas incendiaron las playas con un bramido. Rasgado por los aleteos, el cielo se hizo trizas. La hembra se elevó y volvió a caer como una podadera en astillas de leña blanca. Batía el aire y lo desgarraba pero no pudo acertar el golpe. Cansada, voló tierra adentro. Las zancudas se posaron a flote. Graznando, las grajas volaron a comer en la planicie de barro.

5 de octubre

Un cernícalo se cernía cerca del arroyo que separa la planicie fluvial de la colina boscosa. Lentamente se hundió en el rastrojo como baja una araña de la red que habían tejido sus alas.

Al este del arroyo sube hacia el horizonte una huerta. Un peregrino que volaba en círculos muy arriba de él empezó a planear. Se montó en el viento, suspendiéndose cada cincuenta metros, a veces inmóvil por un minuto o más. El fuerte viento del oeste se hacía vendaval, doblaba ramas y arrancaba hojas. Había desaparecido el sol; se adensaban las nubes. Al oeste el cielo cada vez más negro se erizaba de espinas. Iba a llover. El color del cielo se redujo a un claroscuro brillante. Desde el resquicio entre las largas alas extendidas, la cabeza gacha del halcón miraba alrededor, grande y redonda como la de una lechuza. Llamó una gallineta y unos jilgueros tintineantes se escondieron sigilosamente entre cardos. Con saltos flexibles como de rana, las urracas fueron en busca de hierba más alta. En el límite de la huerta, el halcón giró hacia el norte y se alejó. Mientras yo estuviera ahí, no cruzaría el arroyo.

Montado en el viento, en una espiral angosta, trepó treinta metros más con una facilidad lírica. Flotaba en un cabrilleo, leve, pequeño y con giros lentos. Desde muy lejos, más allá de la iglesia de la colina, bajó de nuevo hacia la huerta, suspendido unas veces, otras montado en el viento como antes. La cola bien abierta y abatida, la cabeza ganchuda hacia abajo, las alas curvadas hacia adelante para abrazar la borrasca. Cien metros por encima de los frutales se acuclilló en el aire, pequeño y ovillado. Luego, devanándose, abrió despacio las alas y se inclinó a un lado. Con una

espiral brusca, plegándose, enderezado, de pronto se zambulló en vertical. Una sacudida, un corcoveo y se dejó caer entre los árboles con las largas patas oscilando adelante para matar. Contra el fondo del cielo los tarsos y los pies oscuros eran gruesos y fibrosos. Pero fue un golpe torpe, al parecer fallido, porque volvió a remontarse sin nada agarrado.

Diez minutos después una gran nidada de perdices rojas dejaron la maleza del pie del seto, donde se habían escondido, y volvieron a un predio de tierra desnuda para retomar el baño de tierra que el halcón había interrumpido. Las perdices pueden morir cuando se bañan así. El aleteo es muy llamativo.

El cernícalo planeaba otra vez sobre el rastrojo, y el peregrino se lanzó hacia él. Un mero gesto trivial, desdeñoso; sin embargo el cernícalo se fue más abajo, hasta el rincón más lejano del campo, las alas casi a ras del suelo.

A las tres de la tarde se desató el aguacero. Un andarríos grande menguaba al borde del arroyo. El canto plañidero siguió llegando como un tañido mucho después de que se hubiera alejado en el cañaveral brillante de la lluvia. Un chorlito dorado llamó en la bruma creciente. Al parecer el día se había acabado. Pero ya me iba del campo humoso de lluvia, cuando de pronto el peregrino se alzó en vuelo trabajoso desde la mezcla de barro y paja del suelo cercano al portón. Siguieron seis perdices que se posaron en el seto. A medida que la silueta del halcón iba mermando, parecía cambiar del pardo de fango de un zarapito real al gris negro de un cernícalo. Volaba pesadamente, como si estuviera empapado. Creo que se había estacionado demasiado en el rastrojo esperando que surgieran las perdices. Llamó y empezó a desvanecerse en el tenue horizonte del este; llamaba y se desvanecía. En esa bruma gris era tan parecido a un zarapito lejano que un poco esperé oír el canto desolado de ese pájaro resonando en el duro estacato de la cháchara del halcón.

7 de octubre

El peregrino macho se libró de los estorninos pintos fustigándolos con una serie de aletazos y se fundió en la niebla malva del cielo del norte. Cinco minutos después reapareció y con el río en la mira bajó planeando en el viento. A su lado volaba una

hembra. Juntos vinieron en mi dirección, primero batiendo despacio las alas, luego en vuelo libre. En diez segundos habían bajado de trescientos metros de altura a sesenta y pasaban por encima de mi cabeza. La silueta del macho era más delgada y airosa que la de la hembra. Vistas desde abajo, las alas de la hembra de peregrino, donde se unían con el cuerpo, superaban en ancho a las secundarias; la envergadura era de alrededor de la mitad de la longitud del cuerpo. Los dos tenían colas cortas. Delante de las alas, el conjunto de cabeza y cuello era un poco menos largo que el de cuerpo y cola detrás, pero el doble de ancho; de modo que parecían extrañamente cabezudos. Me detengo en detallar estos efectos porque solo se puede observarlos cuando los peregrinos planean directamente arriba de uno. En general se los ve en ángulos más cerrados, o de perfil, y las proporciones cambian mucho. La cabeza parece más terminante, la cola más larga, las alas más angostas.

Evanescentes como llamas, los peregrinos queman el aire y desaparecen sin dejar rastros en la bruma azul de las alturas. Pero en el aire inferior una estela de aves va detrás de ellos y se remonta a través de la hélice blanca de las gaviotas.

El sol calentaba más mientras el viento se enfriaba. Bosques nítidos flotaban a lo largo de las colinas. Los cedros del parque de la casa grande empezaban a arder hasta consumirse en la luz verdosa.

Junto al camino hacia el vado encontré un ratón de campo comiendo en una loma de pasto. Tenía la cola larga. Comía semillas de hierba agarrándolas bien con las flacas manos blancas. Tan pequeño, embestido por el aliento de los coches fugaces, afelpado por un musgo de piel verdeparda; pero de lomo duro y sólido al tacto. Las largas orejas finas eran como manos medio desplegadas; los grandes ojos de visión nocturna, opacos y oscuros. Ocupado en doblar las briznas más altas y llevárselas a los dientes, no advirtió mi cara que lo miraba de cerca ni que lo estaba tocando. Para él yo era una galaxia; tan grande que no se veía. Podría haberlo recogido, pero me pareció mal separarlo de la superficie que no iba a dejar hasta que se muriera. Le di una bellota. Se la llevó cuesta arriba en la boca, paró, le dio vueltas contra los dientes y la hizo girar entre las manos como un alfarero. Toda su vida es comer, recoger, seguir de largo; no adelantarse, moverse siempre por la senda angosta entre muerte y muerte; entre armiños y comadrejas, zorros y

lechuzas por la noche; entre autos y cernícalos y garzas de día.

Parada al costado de un campo, junto al seto, una garza estuvo dos horas de frente al rastrojo roturado; encorvada, lánguida, mustia sobre sus largos zancos. Se hacía la muerta. Una sola vez movió el pico. Estaba esperando que aparecieran ratones para matarlos. No apareció ninguno.

Por el arroyo volaba de caza un charrán; buscaba abajo el destello de algún pez al borde de su propio reflejo oscuro. Suspendido un momento, se zambulló en los bajos; salió con una pardilla en el pico. Dos veces se le soltó, pero las dos veces, con una pirueta, volvió a agarrarla antes de que diera en el agua. Después la engulló de cuatro grandes tragos. Planeó hacia abajo y bebió del arroyo pasando la mandíbula inferior por la superficie, cortando limpiamente un surco largo.

Cuando el charrán se estaba elevando, el peregrino, encorvado, se lanzó en un silbido desde el cielo desierto. Erró, se remontó y se fue. En la cumbre de un árbol hueco encontré tres piezas suyas: un estornino pinto, una alondra y una gaviota reidora.

8 de octubre

Se disipó la niebla. El estuario se consolidó en una forma cortada por el viento del este. Los horizontes se componían al sol. En el agua crecieron islas. A las tres de la tarde un hombre caminaba por el rompeolas con un revuelo de mapas en la mano. Seis metros por encima de él cinco mil correlimos volaron tierra adentro. No los vio. Le derramaron en la cara una cascada de sombras. Iban hacia el interior como una lluvia; como una horda de escarabajos, relucían de quitina dorada.

Había subido la marea; todas las zancudas volaban hacia adentro. Los saladares se hundían lentamente en el agua espejada. En tierra, remolinos de zancudas declinaban hacia los campos. Me deslicé hacia ellas por un canal seco, pulgada a pulgada como la marea. Contra la línea del horizonte había un friso de zarapitos reales; giraban a un lado y otro los largos picos angostos, atentos, vigilantes. Un faisán brotó del polvo. Al verme, los zarapitos alzaron vuelo hacia el otro lado de la colina, pero las zancudas menores no se movieron. Sobre el campo marrón eran una larga línea de nieve. Frente a mí una sombra trazó una curva en el cielo.

Alcé los ojos y vi un peregrino hembra circulando. Se acercaba conmigo a las zancudas esperando que las alborotase. Tal vez no estuviera segura de qué eran. Me quedé quieto, agachado como los pájaros, mirando la oscura ballesta del halcón. Ella bajó un poco más; me atisbaba. Llamó una vez: un *iiirk, iiirk, iiirk, iiirk* de gaita salvaje. Como no se movía nada, se alejó tierra adentro.

Desde los surcos no menos de dos mil zancudas me daban la cara como soldados de juguete en formación de combate. Lo blanco eran sobre todo coronillas y caras de chorlitos grises. Muchos correlimos estaban dormidos; los correlimos gordos y vuelvepiedras soñolientos; las únicas alertas eran las agujas. El repetido, monótono llamado de un archibebe claro en vuelo puso a las zancudas menores muy inquietas. Reaccionaron como si fuera un halcón. Entre ellas andaban perdices rojas; embestían correlimos, empujaban vuelvepiedras. Andaban derecho o se paraban a comer. A la zancuda que no se movía intentaban pasarle por encima. Para un ave hay solamente dos clases de pájaros: los de su clase y los peligrosos. No existe ninguna otra. El resto son objetos inofensivos como las piedras, los árboles o los hombres cuando están muertos.

9 de octubre

La niebla ocultaba el día en un calor vaporoso. Olía a metal corroído; me toqueteaba la cara con unos dedos fríos y descompuestos. Estuvo tendida junto al camino como un fétido saurio jurásico inerte en un pantano.

A medida que subía el sol, la niebla se fue desflecando, se arremolinó y terminó por extinguirse bajo los setos y los arbustos. A las once el sol ya brillaba en el centro de un gran círculo azul. Al borde ardía la bruma como una menguante corona blanca. Llamas de color se empinaban desde la tierra encendida. Cantaban las alondras. Golondrinas y aviones volaban río abajo.

Al norte del río, relumbrando al sol, los arados volvían humo la tierra espesa. Con una sacudida el peregrino se desprendió de una distante bobina de pájaros y subió al cielo matutino. Vino hacia el sur, batiendo las alas o planeando en la primera corriente cálida del día, dibujando ochos, en curvas alternadas a derecha e izquierda. Acosado por una turba de estorninos pintos, y remontándose para adelantarse, pasó por arriba de mi cabeza, a gran altura y muy

pequeño, mirando hacia abajo y a los lados. Los ojos despedían fogonazos blancos entre las barras oscuras de la cara. El sol bronceaba ese espléndido halcón amarillo y marrón rastrojo, y le arrancaba un dorado súbito de los pies cerrados. Tenía la cola desplegada y rígida, doce plumas castañas separadas por diez bandas de cielo.

Dejó de dar vueltas y sumergido en la luz se lanzó adelante. Los estorninos pintos huyeron como chorros de humo y se dispersaron en busca del suelo. El halcón siguió en vuelo por la niebla luminosa del sur.

Iba tan rápido que lo perdí de vista. Me quedé en el valle, entre perdices y arrendajos, mirando la llegada de las alondras y las avefrías de la costa. Las perdices rojas habían tenido buena cría; había más nidos y más grandes que nunca. Los arrendajos abundaban. Vi volar ocho a través del río, cada uno con una bellota en el pico. No han aprendido nada de la muerte de hace una semana; tampoco el peregrino aprendió a aprovechar su locura. Quizá la carne de arrendajo le resultó fibrosa o insulsa. Al atardecer lo vi de regreso pero no se quedó. Planeaba entre álamos lombardos como una perca entre juncos.

12 de octubre

Las hojas secas se marchitan y alumbran, se apaga el verdor de los robles, un dorado luminoso raya los olmos.

Había niebla pero el viento del sur se la llevó. El cielo insolado empezó a recalentarse. Sobre la tierra polvorienta se movía un aire húmedo. El norte era una bruma azul, el sur blancura de cal. En el calor las alondras cantaban o destellaban en vuelo sobre los surcos. Gaviotas y avefrías rondaban de arado en arado.

Los peregrinos de otoño vienen de los estuarios a bañarse en los bajíos pedregosos del arroyo o el río. Entre las once y la una paran en árboles muertos para secarse las plumas, limpiarse y dormir. Rígidos y erguidos en la percha, parecen un roble nudoso y retorcido. Para encontrarlos hay que aprender tan bien las formas de los árboles del valle hasta que cualquier añadido se convierta al instante en un ave. Los halcones se esconden en los árboles muertos. Brotan de los troncos como ramas.

Al mediodía desalojé a un peregrino macho de su escondite en

un olmo de la ribera. Contra el marrón del suelo, de las hojas, de la niebla pegada casi al horizonte costaba verlo. Parecía mucho más pequeño que los dos cuervos que lo perseguían. Pero a medida que iba subiendo en el cielo blanco se hizo más grande y fácil de enfocar. Con giros rápidos ganó altura; de pronto salía por tangentes y los cuervos en su torpeza quedaban mareados. Como siempre se pasaban de largo, les daba mucho trabajo recobrar la distancia. Graznaban, devanando las erres guturales del *prraok* que es su grito de asalto al halcón. Cuando lo ataca una turba, el peregrino bate las alas con un ritmo profundo. Como si palmearan el aire rebotan sin ruido, igual que las del avefría. Este deliberado pulso de evasión es hermoso de observar; la respiración se adapta al compás; el efecto es hipnótico.

Con los giros y desvíos, el dorso de las alas del peregrino relampagueaba como una espada de plata. Alrededor de los ojos brillantes la piel desnuda deslumbraba como sal. A ciento cincuenta metros los cuervos decidieron abandonar y extendieron las alas para planear de vuelta a los árboles. El halcón se elevó más y apuró el vuelo hacia el norte, planeando muellemente, ganando altura con largos círculos plácidos, hasta quedar oculto por el azul brumoso. De los campos partió una salva de chorlitos que alborotaron el horizonte con un oscuro susurro de alas.

Pasé la incandescencia de la tarde sentado en la punta sur del campo grande que está junto al río. El sol ardía en mi espalda; del color de tierra y arcilla seca manaban vahos de desierto. En el fulgor de la superficie las nidadas de perdiz destacaban como anillos de piedritas negras. Cuando arriba empezó a rondar el peregrino, los anillos se replegaron. Hubo un despegue de avefrías espantadas. Habían estado ocultas entre los surcos, como el halcón en los brillos del cielo corrugado.

Dos cuervos despegaron de nuevo para ahuyentarlo y los tres derivaron hacia el este. Con las plumas secas y ahora más leve, en vez de batir las alas el halcón macho solo planeaba en el calor abundante del día. Eludió con soltura los embates súbitos de los cuervos y contraatacó con aleteos de agachadiza. Uno de los cuervos planeó de vuelta hacia el suelo pero el otro, con un aleteo intenso, persistió en circular treinta metros por debajo del halcón. Cuando los dos ya eran minúsculos, muy arriba del bosque de la

colina, el halcón disminuyó la velocidad para que el cuervo lo alcanzara. Chocaron, se enredaron, se zafaron y se afanaron en recobrar la altura que habían perdido. En círculos de lucha y ascenso se perdieron de vista. Largo rato después el cuervo regresó flotando pero el halcón no. Lo encontré de nuevo a mitad del estuario, volando en círculos entre miles de estorninos pintos. Subían y bajaban alrededor de él como un oleaje, sinuosas flexiones en el cielo, suerte de embudo de remolino. A fuerza de atormentarlo llevaron al halcón hacia la costa, hasta que de pronto desaparecieron todos abrasados por la corona dorada del horizonte.

En el estuario subía la marea; una multitud de zancudas dormía en los saladares; los chorlitos estaban inquietos. Yo esperaba que el halcón se dejara caer del cielo, pero vino del interior a baja altura. Era una negra medialuna temprana que cortó por los saladares alzando una nube de correlimos densa como un enjambre de abejas. Los atravesó remontándose, tiburón negro entre cardúmenes plateados, trilladora y corcoveo. Con una puñalada sorpresiva se libró del tumulto y al instante iba a la cola de un correlimos solitario. Pareció como si el pájaro se volviera despacio a enfrentarlo. Entró en el campo de su silueta oscura y no apareció más. No hubo brutalidad ni violencia. El pie del halcón se alargó, aferró, estrujó y sofocó el corazón del correlimos con la facilidad con que un dedo humano aplasta un insecto. Lánguida, sueltamente, bajó planeando a un olmo de la isla para desplumar la presa y comérsela.

14 de octubre

Uno de esos raros días de otoño, benigno, sereno bajo nubes altas, con un tránsito de lejanos charcos de sol y vigas de azul desplomándose en niebla. Los olmos y los robles todavía verdes, aunque algunos ya chamuscándose en oro. Caen pocas hojas. Un asfixiante humo de rastrojo quemado.

La marea subió a las tres por toda la costa sur del estuario. De los diques surgían agachadizas temblonas. Un boqueo de agua blanca, chispeante, afluyendo contra el muro del rompeolas. Barcos fondeados picoteando el agua. Destellos de armuelle rojo como sangre hundida.

De la isla venían zarapitos reales en grandes escudos planos,

formas cambiantes como olas en la orilla, largas V que abrían y cerraban los brazos. Archibebes gritones y vehementes; nunca quietos, nunca callados. La tenue, insistente tristeza del reclamo del chorlito gris. Vuelvepiedras y correlimos despegando. Veinte archibebes claros ganaron altura chillando; grises y blancos como gaviotas, como el cielo. Agujas colipintas volaban con zarapitos reales, chorlitos, correlimos gordos; rara vez solas, rara vez se instalaban; husmeadoras excéntricas, meten la nariz, alborotan, se regodean en el mar; roncan, estornudan, maúllan, escupen, ladran. Giran el fino pico respingado, giran la cabeza, giran los hombros y giran todo el cuerpo; la cola la menean. Un alarde de vuelo rococó sobre el oleaje.

Tirabuzones de gaviotas gritonas muy alto contra las nubes. Islas incendiadas de pájaros. Un peregrino subía y bajaba. Agujas rebotando en el agua; derribo y reconstrucción. Un peregrino lanzó la persecución, atacó y atrapó. Aguja y peregrino arrojados, fintando; cosiendo la tierra con un parpadeo de lanzadera. La aguja trepó, menguó, se volvió diminuta, invisible; el peregrino bajó a posarse, jadeante, vencido.

Con la bajante, silbones acopiando zostera, garzas lánguidas en los bajos. Ovejas pastando detrás del rompeolas. Recorre el largo estuario con los ojos entornados. Deja que el agua alise su línea curadora, como un toque de ruibarbo donde hubo ortigas. Deja el cielo hirviente de aves, blando sobre aguas quietas; la luz arqueada.

15 de octubre

Después de la una la niebla se disipó enseguida y salió el sol. Al cabo de una hora el peregrino llegó desde el este. Gorriones, avefrías, estorninos pintos y palomas torcaces lo avistaron pero yo no. Yo vigilaba en un campo cerca del vado, procurando mantenerme paciente y quieto como la garza parada en el rastrojo a la espera de que pasaran ratones al alcance de su pico tajante. A orillas del arroyo llamaban los camachuelos; un parpadeo de golondrinas me rondaba la cabeza. Las urracas de una nidada lanzaron un murmullo y se dispersaron arrastrando las abultadas colas de escoba, cada una catapultándose con rachas de aletazos, entrando en el aire con la comba de un disco bien arrojado. Miles de estorninos pintos llegaron al valle para reunirse junto al río antes

de volar a las perchas.

A las cuatro y media los mirlos empezaron a regañar en los setos y las perdices rojas respondieron con su reclamo. Oteé el cielo y divisé dos peregrinos —macho y hembra— que volaban por encima del vado perseguidos por cuervos. Pronto los cuervos se cansaron, pero los peregrinos siguieron volando unos veinte minutos en amplios círculos aleatorios. Muy a menudo doblaban en ángulos bruscos, de modo de no alejarse del vado más de trescientos metros. Volaban con aletazos profundos, moderados —el macho más veloz que la hembra— pero sin apremio. El macho iba más alto y a cada rato caía sobre la hembra agitando violentamente las alas. Ella eludía esos raídes con leves virajes de lado. A veces los dos frenaban hasta quedar casi suspendidos; luego volvían a acelerar poco a poco.

Costaba verles el plumaje en detalle, pero de lejos me pareció que las bigoteras destacaban tanto como de cerca. La hembra tenía el pecho casi dorado y barras laterales de un marrón negruzco. Las partes superiores eran una mezcla de
azul-negro
y marrón; probablemente fuese un ave de fines del invierno anterior mudando a plumaje de adulto.

Era el momento de caza efectiva del peregrino; una hora y media para la puesta del sol, con una luz declinante al oeste y sombras tempranas sobre la línea de Levante. Primero supuse que esos dos iban a ganar altura en espiral, pero seguían dando tantas vueltas que evidentemente había ahí algún cortejo sexual o coqueteo. Los pájaros que me rodeaban se creían en peligro. Los mirlos y las perdices no cerraban el pico un minuto; palomas torcaces, avefrías y grajillas se dispersaron hasta dejar del todo la zona; las ánades volaron lejos del arroyo.

A los veinte minutos los halcones aceleraron el vuelo. Ascendieron, y el macho dejó de acosar a la hembra. Trazaron otro círculo, a gran velocidad, y se alejaron hacia el este sin girar más. Titilaron rumbo al arroyo hasta desvanecerse en el anochecer gris trescientos metros por sobre la colina. Estaban cazando.

16 de octubre

En la grava de la orilla las zancudas dormían sobre la espuma

que saltaba de las olas. Adentro se alineaban en los surcos de los campos, en la polvareda. Correlimos, chorlitejos, correlimos gordos y vuelvepiedras enfrentaban el sol y el viento, apretujados como guijarros blancos sobre tierra parda.

Un ventarrón del sur estrellaba las olas contra el alto rompeolas y lanzaba espuma al aire de arriba. A sotavento de la pared la larga hierba seca ardía. El viento se llevaba llamaradas amarillas y una corriente de humo. El calor difundía una angustia feroz, como de bestia herida. La hierba corta de arriba del muro fulguraba de anaranjado y negro; con cada golpe de espuma salina despedía un siseo. Bajo un cielo tórrido, y en la fuerza del sol, agua y fuego se reunían en el alborozo.

Cuando de golpe las zancudas alzaron vuelo, miré más allá y vi que un peregrino se precipitaba desde el cielo del norte. Por los altos hombros encorvados y la inclinación de la gran cabeza, por el parpadeo vibrante y las sacudidas de las alas, supe que era el macho del peregrino. Vino directo hacia mí; pareció que me clavaba los ojos. Entonces se le agrandaron como si reconociera la hostil forma humana. Con un tironeo de las alas abiertas dio un viraje violento.

En la claridad de la luz le vi muy bien los colores: dorsales y secundarias de un generoso siena quemado; primarias negras; partes inferiores ocres con flechazos de marrón bruñido. Debajo de las mejillas pálidas, los lóbulos de la bigotera, sus largos triángulos oscuros, dependían del reflejo del sol en el lustre de los ojos.

A través de la humareda y el rocío planeó a lo largo del rompeolas en un derrame suave de agua deslizándose sobre rocas. Trémulas, las zancudas se fueron a dormir en tierra. El plumaje del halcón, una mancha cruzando las sombras de humo, relucía como una malla entre las chispas de espuma. Se alejó en andas de la borrasca, a vuelo bajo sobre la creciente. Apuntó a una gaviota a flote y la habría arrancado del agua si no hubiera emprendido vuelo al instante. Remontó hacia la luz, como un destello, mota oscura y menguante por la gran espada del resplandor del sol que se extendía desde el sur por el estuario.

Al anochecer el viento había pasado hacia el norte. El cielo estaba encapotado, el agua baja y serena, los fuegos se apagaban. De la penumbra del norte en brumas cien ánades reales treparon a la zona clara del cielo y se encumbraron por encima del ocaso, muy

lejos del peregrino que las observaba desde la costa y los cazadores apostados en la marisma.

18 de octubre

El valle, una crisálida empapada de niebla; lluvia a la deriva; grajillas elaborando sus rarezas de voz y vuelo, sus persecuciones camorreras, sus azarosas comidas febriles; llamado de chorlitos dorados bajo las gotas.

El final de un crescendo de graznidos de grajillas en fuga hacia los olmos me avisó que el peregrino estaba volando. Lo seguí río abajo. Había miles de estorninos pintos posados en torres eléctricas y cables, los picos muy abiertos como si cada uno chillara su propia cháchara. Los cuervos ponían ojo al halcón y los mirlos reñían. Al cabo de cinco minutos de alerta los cuervos se tranquilizaron y soltaron su frustración acosando a los estorninos. Los mirlos cesaron el regaño.

La lluvia, aunque fina, era pesada y fría y me abrigué junto a un espino. A la una, seis zorzales se internaron en los arbustos, comieron unas bayas y echaron a volar de nuevo.

Las plumas oscuras les brillaban de humedad. Junto al río dominaba el silencio. Solo se oía un lejano susurro de cañas y el aliento suave del viento y la lluvia. En algún punto del este empezó un monótono *kiirk, kiirk, kiirk*. Tardé mucho en reconocerlo. Primero pensé que era el bufido chirriante de una bomba de agua, pero a medida que se acercaba comprendí que era el chillido del peregrino. Esa especie de rechinar de sierra se alargó por veinte minutos y paulatinamente se hizo más débil y espasmódico. Luego paró. Por los campos en brumas el peregrino persiguió a un cuervo hasta las ramas de un roble muerto. Cuando bajaban a posarse, veinte palomas torcaces salieron disparadas del árbol como si las hubieran expulsado. El cuervo dio furtivos saltitos por una rama hasta colocarse a distancia de picar al peregrino, que se volvió a enfrentarlo con la cabeza agachada y las alas amenazantes. El cuervo reculó y el peregrino volvió a chillar. El grito lento, áspero, puntiagudo, serrado, me llegaba claramente a través de trescientos metros saturados de niebla. La llamada de un peregrino tiene un fino halo de reto cuando hay riscos, montañas o valles anchos que le den eco y timbre. Un segundo cuervo echó a volar y el halcón se

calló. Cuando los dos cuervos se le abalanzaban, voló en el acto a un cable de altura, donde lo dejaron en paz.

Soñoliento pero en guardia, bajó la mirada al campo de rastrojo que tenía enfrente. Poco a poco se puso más alerta y resuelto; cerraba los pies, inquieto, y los cambiaba de posición en el cable. Las plumas empapadas y erizadas le bajaban por el pecho como trenzas de cuerda marrón bermejo. Derivó levemente hacia el campo, se remontó otra vez con un ratón y voló a comérselo en un árbol distante. Una hora después regresó al mismo lugar y se posó de nuevo a observar el campo; absorto, encorvado, hinchado de lluvia.

Inclinando la gran cabeza, sondeaba y discernía y clasificaba el intrincado laberinto de rastrojo roturado y radios de yuyo. De pronto dio un salto adelante abriendo la red de las alas y apuró el vuelo hacia el campo. Algo corría en busca de la seguridad de la zanja. Leve, el halcón le cayó encima. Cuatro alas se agitaron juntas; luego dos se aquietaron de golpe. El halcón voló trabajosamente al centro del campo con una gallineta muerta colgando de las garras. Se había alejado mucho del reparo, como suelen hacer las gallinetas cuando buscan comida, y había olvidado al enemigo inmóvil. El ave fuera de lugar siempre es la primera en morir. El terror enfoca al desubicado, el enfermo y el perdido.

El halcón dio la espalda a la lluvia, desplegando las alas a medias, y se puso a comer. Dos o tres minutos estuvo moviendo un poco a los lados la cabeza gacha, ocupado en desplumar el pecho de la presa. Luego cabeza y cuello empezaron a subir y bajar firme, regularmente, según ensartaba pedazos de carne con el pico hendido y los arrancaba a tirones. Cada vez que levantaba la cabeza echaba un vistazo veloz de izquierda a derecha antes de retomar la comida. A los diez minutos el sube y baja se hizo más lento y las pausas entre bocados más largas. Pero el picoteo intermitente siguió por otros quince minutos.

Cuando el halcón estuvo quieto y al parecer satisfecho, con mucho cuidado me acerqué a él por la hierba mojada. Huyó al instante, cargando los restos de la presa, y pronto lo ocultó una lluvia cegadora. Empieza a conocerme, pero no piensa compartir la caza.

20 de octubre

El peregrino se cernía sobre los prados del río, grande y reluciente entre oscuras roscas de estorninos pintos, de cara a un fuerte viento del sur y la frescura del sol matinal. Ascendió en círculos y se dejó caer lánguidamente, rotando en la luz con un centelleo de los pies dorados. Volviéndose cabeza abajo, se lanzó en tirabuzón como un avefría entre un desbande de estorninos. Cinco minutos después se remontaba de nuevo, volaba en círculos, planeaba, se zambullía en la claridad como un pez saltando en la tibieza de un agua azul, lejos de redes y pájaros.

A trescientos metros de altura se compuso y quedó a la deriva mirando los campitos dorados de abajo. El sol le daba al cuerpo un brillo de bronce y oro; lo jaspeaba de escamas como si fuera una trucha. Los dorsos de las alas eran plateados; a las secundarias, cóncavas desde la juntura carpiana con las axilares, las sombreaba un dibujo de herraduras negruzcas. Se hamacó un rato como un barco anclado y lentamente zarpó hacia el cielo del norte. Los círculos se alargaron en elipses; peinando el cielo se alejó hasta la insignificancia. Debajo de él una bandada de avefrías se elevó virando, escorando, partiéndose. En picado, la atravesó en un vórtice salvaje. De los talones saltaba una luz dorada. Fue una maniobra espléndida, pero fastuosa, y no creo que haya matado.

El río rutilaba de azul en el verde pardo de los campos cuando seguí al halcón por la ladera de la colina. A la una voló rápido desde el norte, donde las gaviotas iban detrás del arado. Aterrizó en un poste, brioso y fiero, con el viento erizándole el largo penacho del pecho y agitando las plumas amarillas como trigo maduro. Descansó un momento y arrancó de nuevo en un barrido bajo por un campo de repollos que ahuyentó a las palomas. Se elevó un poco y atacó a una con el pie extendido como un azor. Pero fue un mero simulacro, un golpe ocioso que erró por varios metros. Siguió volando sin pausa, siempre bajo, el lomo lustroso como el pelo de un ruano, del color de la arcilla manchada de óxido de hierro.

Dejó el campo y montado en el viento subió a planear sobre el río, puro contorno con el sol al fondo. Con los hombros caídos, las alas relajadas parecían proyectarse del medio del cuerpo, más de chorlito dorado que de peregrino. Por lo normal encorva tanto los hombros, y los adelanta tanto, que nunca se ve bien cómo es el

largo de cuello y cuerpo, de las alas para arriba.

Más allá del río dobló al este y ya no lo vi. Cientos de grajas y gaviotas surgieron del horizonte como una bocanada, volaron en círculos y a la deriva, alejándose hasta desvanecerse, desalojados por el halcón en su ruta hacia la costa.

Arroyo abajo vi mi primera agachadiza del otoño y pasé cerca de una perdiz. Resaltada por los rayos del sol, la herradura castaña del pecho parecía un bajorrelieve. A las dos y media el halcón peregrino apareció por sobre los árboles perseguido por un cuervo. Era una hembra del mismo tamaño casi que el cuervo; de pecho más amplio y más abovedado que el del macho, las alas más anchas y menos agudas. Dio unos círculos veloces, eludió al cuervo y empezó a planear. Planeaba muy alto, al este, cada vez más alto en el cobrizo cielo nublado por el follaje de la colina, rumbo a la nube de luz que se empinaba sobre el agua lejana.

23 de octubre

Desde el día 20 han llegado al valle muchos migrantes de invierno. En los espinos de la ribera hoy había cincuenta mirlos, cuando hasta ahora solo eran siete.

Era una mañana de calma y niebla. Al norte del río, un estornino pinto que imitaba al peregrino a la perfección repetía incansablemente el llamado en los campos. Logró inquietar a otras aves; las había engañado tanto como a mí. No llegué a creer que no era un halcón hasta que vi realmente al estornino abrir el pico para producir el sonido. Escuchando imitar a los estorninos pintos de otoño se puede saber cuándo llegan al valle chorlitos dorados, zorzales, cernícalos y peregrinos. También se oirán hermosas reproducciones de pájaros de tránsito más escasos, como el zarapito trinador y el archibebe claro.

A las dos pasaron doce avefrías en firme viaje al noroeste. Mucho más arriba centelleó el peregrino. Era un macho pequeño, de color claro, y acaso estuviera migrando con las otras.

Cuando el sol emergió de la niebla, el peregrino macho que yo había visto todo el mes se cernió sobre los pantanos rodeado del inevitable enjambre de estorninos. A cien metros de altura se desprendió del círculo, cruzó el río a vuelo rápido y se lanzó oblicuamente en un planeo veloz. Cientos de avefrías y gaviotas

despegaron de golpe y el halcón quedó oculto. Probablemente esperase atrapar un ave desde abajo, cuando empezaba a elevarse, pero creo que no tuvo éxito. Una hora más tarde, a trescientos metros de altura, aún había una cantidad de gaviotas negruzcas dando vueltas sobre los campos. Rápidas, gráciles, giraban con las alas quietas, chillando a la par que planeaban. Cada una volaba a unos metros de su vecina, pero siempre en el sentido contrario.

En la clara luz de la media tarde, palomas torcaces, gaviotas y avefrías se elevaban a intervalos desde distintas partes del valle a medida que el peregrino circulaba sobre el vado y los bosques, a lo largo de la playa y otra vez sobre el río. Siguió a las gaviotas de arado en arado hasta una hora antes del ocaso. Después se fue hacia la costa.

24 de octubre

El cielo rebosaba de nubes, el aire estaba fresco y quieto, los caminos secos cuajados de hojas muertas. El peregrino macho volaba sobre los bosques del valle, ligero, amenazante, las alas rígidas, desalojando palomas torcaces de los árboles. Río abajo encontré su caza matutina; una gaviota reidora, un relumbrón blanco sobre la oscuridad de la tierra labrada y húmeda. Yacía de espaldas, con el pico rojo abierto y la lengua roja afuera. Aunque le habían arrancado plumas, no le habían comido mucha carne.

Fui hasta el estuario pero el agua estaba baja. El agua se escondía en las cavidades del barro y la niebla, con el llamado lejano del zarapito real y la tristeza en sordina del chorlito gris. En la luz exhausta un cernícalo brillaba en su percha como un luminoso triángulo de cobre.

Me fui pronto y llegué de nuevo río abajo a las cuatro. Había un clamor de pajaritos en los árboles, una estridencia de turba histérica. El peregrino dejó su refugio y pasó muy cerca de mí perseguido por mirlos y estorninos pintos. Vi las rayas oscuras de la bigotera en la palidez de la cara, el sedoso brillo de ranúnculo del plumaje marrón, las barras y motas en los dorsos de las alas. La coronilla parecía inusualmente clara y luminosa, un amarillo dorado con leves pecas castañas. Largo de alas, delgado y poderoso, se alejó velozmente de la turba rumbo al norte del río.

A la hora estaba de nuevo y volaba a la cumbre de una

chimenea alta. Muy por encima del valle había gaviotas yendo a sus perchas en el estuario. Al paso de cada V de las gaviotas el peregrino despegaba para atacarlas desde abajo; dispersaba la escuadra cerrada y acuchillaba con furia una tras otra. En medio del revuelo tomó altura con las alas medio plegadas, como si estuviera en picado. Después se giró de espaldas, se arqueó y trató de aferrar con los pies una gaviota que le pasaba por abajo. Que se sacudieran y retorcieran con tanta violencia debió de confundirlo, porque no agarró ninguna por más que lo intentase a intervalos durante media hora. Es imposible juzgar si se lo tomaba del todo en serio.

Al ocaso se instaló en la punta de una chimenea de sesenta metros, listo para atacar a las gaviotas de nuevo al amanecer, cuando pasaran hacia el interior. Era una buena posición en la confluencia de dos ríos, cerca de donde se abría un estuario ancho y no perturbada por los escopetazos contra los patos. En un radio de quince kilómetros estaban los principales lugares de caza en la costa, dos embalses y dos valles fluviales; menos de veinte minutos de vuelo. (Tiempo después demolieron esa chimenea).

26 de octubre

El campo estaba en silencio, en brumas, poblado de movimientos furtivos. Un viento frío veteaba el cielo de nubes. De las hojas secas de los setos donde correteaban los gorriones surgía un rumor de lluvia. Los mirlos reprendían. Grajillas y cuervos atisbaban desde los árboles. Yo sabía que el peregrino estaba en el suelo pero no lograba encontrarlo. Recorrí el terreno de punta a punta y no di más que con faisanes y alondras. Se había escondido entre el rastrojo mojado y la tierra parda oscura que lo disimulaban tan bien.

De repente alzó vuelo, rodeado de estorninos pintos, y se remontó por encima del río. Las alas centelleaban muy alto, con latigazos sueltos y vigorosos, flexibles y muy articuladas. Con arranques y respingos se sacó los estorninos de encima como un perro que se sacude el agua. Después de trepar repentinamente al viento del este de golpe dobló hacia el sur. En hexágonos de lados largos, no en círculos, balanceándose y oscilando, se remontó muy arriba de los campos y los chillidos. En el gris neblinoso tenía el color del adobe; un opaco tinte helado que solo el sol transforma en

oro fluido. La errática ascensión de ciento cincuenta metros apenas duró un minuto. Se hizo sin esfuerzo; las alas se limitaron a inflarse atrás y bajar ondeando con un ritmo fácil e ininterrumpido. En ningún momento mantuvo un curso del todo recto; constantemente se inclinaba a un lado o el otro o de repente daba bandazos de agachadiza. Sobre los campos donde había gaviotas y avefrías comiendo planeó por primera vez; un declive lento y largo que lanzó al vuelo un montón de pájaros despavoridos. Cuando se iban elevando cayó en medio con una barrena brutal. Pero no dio en ninguno.

Cuando el peregrino se había ido, dos arrendajos cruzaron los campos al vuelo. Incapaces de decidir una dirección, rasguñaban el aire, descoyuntados, cargando bellotas como idiotizados. Al fin volvieron al bosque. Cantaban las alondras y los escribanos trigueros, lo dulce y lo seco; entre los setos silbaban tenuemente los zorzales alirrojos; las golondrinas volaron corriente abajo. Todo estuvo en calma hasta el comienzo de la tarde, cuando salió el sol y llegaron las gaviotas, en círculos, derivando hacia el este bajo un velloncito de nubes. Las siguieron las avefrías y los chorlitos dorados, y entre ellos uno medio albino de alas rayadas de blanco y la cabeza blanquecina. Yo estaba completamente rodeado de canto y revoloteo de pájaros pero no divisaba al halcón que los tenía asustados.

Poco después el peregrino macho me pasó tan cerca que no pude dejar de verlo. Unos estorninos pintos le zumbaban alrededor como moscas afligiendo a un caballo. El sol le iluminaba el dorso de las alas, daba un lustre de plata al crema y castaño de las superficies. Los óvalos pardos de las axilares recordaban a las marcas negras de los «sobacos» del chorlito gris. Eran concavidades de sombra bajo las coyunturas carpianas. Solo las primarias se movían; rápidas remadas que se retraían sedosamente desde los hombros quietos. Dos cuervos despegaron; los picos cerrados filtraban el graznido gutural de las gargantas inquietas. Fueron tras el halcón, hostigándolo, turnándose para atacarlo uno por cada lado. No bien logró tajear a uno, el otro lo acometió por la banda ciega. Planeó un momento e intentó remontarse pero no había tiempo. Tuvo que seguir volando hasta que los cuervos se cansaron.

Fui al estuario y a las cinco, una hora antes de que se pusiera el

sol, lo encontré de nuevo circulando a una milla de la costa. Cuando llegaban las gaviotas a posarse en aguas abiertas, voló hacia ellas hasta suspenderse entre los saladares y el rompeolas; entonces empezó a atacar. Varias gaviotas esquivaron el golpe dejándose caer al agua, pero una voló más alto. A esa el peregrino la picó varias veces con clavadas verticales de treinta metros. Primero quiso darle con el talón al pasar, pero la gaviota siempre lo eludía por un pelo apartándose de un aletazo. Al cabo de cinco intentos cambió de método. Se puso a la cola de la gaviota y con un corcoveo rápido la atrapó por debajo. Era evidente que a ese golpe la gaviota era más vulnerable. En vez de fintar, siguió volando derecho en la línea del halcón. El halcón la agarró por el pecho y se la llevó a la isla, con la cabeza flácida mirando atrás.

28 de octubre

Más allá de las últimas granjas el olor a sal, a barro y a algas se mezcla con el de las hojas muertas y los frutos de otoño de los setos, y de pronto ya no hay más interior y los campos verdes flotan hasta el horizonte en una niebla acuosa.

Al mediodía vi un zorro, lejos de los saladares, chapoteando en la marea creciente. En suelo más seco echó a andar; tenía el pelo oscuro y lustroso de humedad; el rabo caído le goteaba. Se sacudió como un perro, olfateó el aire y se fue al trote hacia el rompeolas. De repente paró. Mirando por los prismáticos vi cómo las pequeñas pupilas de los ojos se dilataban y contraían en los iris amarillos moteados de blanco. Ojos salvajes de vida, con ascuas de luz adentro pero de un relumbre opaco como joyas. El zorro avanzaba despacio con la mirada inalterable clavada en mí. Cuando se detuvo de nuevo estaba a solo diez metros y yo bajé los prismáticos. Se quedó allí más de un minuto, tratando de entenderme con la nariz y las orejas, observándome con los bárbaros ojos perplejos. Luego la brisa transportó mi fetidez humana y el hermoso salvaje ruano se volvió otra vez un zorro acechado que con fintas y arranques se perdió como un soplo por encima del rompeolas y a través de los campos.

Con la marea venían flotando silbones y cercetas; en las matas de los saladares se amontonaban las zancudas. Un resoplo de golondrinas advirtió que llegaba el peregrino. Planeaba despacio

muy cerca de un millar de zancudas agachadas. Llevaba las articulaciones carpianas de las alas, especie de codos, curvadas y dobladas como el capuchón de una cobra y eran igual de amenazadoras. Voló con soltura por la bahía, unas veces batiendo las alas, deslizándose otras, proyectando su sombra sobre los pájaros quietos y mudos. Luego dobló tierra adentro y cortó sobre los campos como un destello.

Cuatro búhos campestres ulularon en las aulagas, acallando el aire con el blando toque de las alas elegantes. Lentamente se hundían y elevaban, abandonados al viento, contra el estuario blanco y el verdor profundo de la hierba. Las grandes cabezas se giraron a mirarme y los ojos feroces fulguraron, se apagaron, volvieron a fulgurar, como si detrás de los iris chisporrotease un fuego amarillo, y luego mermaron. Cantó un pájaro; una especie de ladrido sordo, cortante, como de garza llamando en sueños.

El peregrino dio una ronda y se lanzó contra los búhos vagabundos, pero fue como lanzar un dardo contra plumas al viento. Los búhos se balancearon, giraron mecidos por la corriente de aire y subieron más alto. Cuando ya estaban por encima del agua el peregrino se dio por vencido y planeó a posarse en un poste, cerca del rompeolas. Pienso que habría podido matar uno cortando desde abajo, si antes lograba separarlo de los otros, pero los picados erraron sin remedio. A las cuatro voló despacio tierra adentro, oscuro por un momento al filo de los campos soleados, y se internó en la sombra de los árboles.

Dejé la calma fría y bulliciosa de la marea rumbo al crepúsculo más luminoso del interior, donde el aire entre los setos aún estaba denso y tibio. El olor del bosque era punzante, aromático. En el ámbar puro del atardecer el verdor lóbrego del verano ardía en rojo y oro. El día llegaba a la quietud sin viento del ocaso. Los campos húmedos exhalaban ese olor indefinible del otoño, un aroma agridulce de queso y cerveza, nostálgico, que impregnaba el aire denso. Oí una hoja desprenderse y ondular en caída hasta dar en la superficie brillosa del camino con un ruido leve y áspero. El peregrino descendió blandamente de un árbol seco como el tenue, pardo fantasma de un búho. Había esperado en la penumbra; no descansando sino alerta a la caza. Las nidadas de perdices llamaron y acudieron a reunirse en los surcos; con un frufrú, las ánades

bajaron a comer en el rastrojo; el halcón no se movía. Alcancé a ver su silueta oscura en la copa de un olmo, delineada contra el arrebol del crepúsculo. Debajo cabrilleaba un arroyo. Llamaron las agachadizas. El halcón despegó y se encorvó. Desde el bosque de la colina vino zigzagueando la primera becada común. La siguieron tres más. Cuando se acercaban ya al borde fangoso del arroyo, el halcón se estampó en medio. Hubo un tableteo sibilante de alas mientras halcón, agachadizas y becadas salían juntos despedidos hacia arriba. Se dispersaron por encima de los árboles y con una explosión de rocío una becada fue a dar en los bajos del arroyo. Vi el bulto caído, el pico retorciéndose turbado. El halcón se paró en los bajos, desplumó a la presa y se alimentó.

29 de octubre

Molidos por el lento mordisco del arado, grandes terrones negruzcos se curvaban en surcos, rebanados, sólidos hasta el brillo, con destellos de sol en los bordes netos. Gaviotas y avefrías sondeaban los largos valles marrones y las oscuras grietas en busca de gusanos, como águilas buscando serpientes.

Posado en un poste junto al río, ignorando a los pájaros que lo rodeaban, el peregrino atisbaba un montón de bosta. Se zambulló en la paja hedionda, revolvió sin dejar de aletear, se alzó trabajosamente y se perdió de vista en el norte llevando una gran rata marrón.

A la una, sobre el río, el este del cielo se oscureció y andanadas de estorninos pintos silbaron en el aire como flechas. Detrás y a más altura vino un denso bombardeo de palomas torcaces y avefrías. Mil aves juntas se afanaban por seguir vuelo como si no se atrevieran a mirar atrás. Remolinos de gaviotas ahuecaron el cielo opaco. Diez minutos después las gaviotas planearon de vuelta al arado; estorninos y golondrinas bajaron de los árboles. Por el cielo y los campos, a lo largo de los setos, sobre el bosque y el río, el peregrino había dejado su inconfundible rastro de miedo.

Al noroeste las aves se quedaron más a cubierto, como si tuvieran el peligro más cerca. Siguiéndoles la mirada encontré al peregrino en una refriega con dos cuervos. Lo perseguían; se empinó bruscamente por encima de ellos; bajaron a un árbol y se lanzó en picado hasta relampaguear entre ramas; los cuervos se

remontaron y volvieron a perseguirlo. El juego se repitió una docena de veces. Después el halcón se cansó y se alejó planeando río abajo. Los cuervos volaron al bosque. Los cuervos deben de alimentarse muy tarde o muy temprano porque rara vez los veo comiendo en el valle. Se pasan el tiempo bañándose, camorreando o persiguiendo a otros cuervos.

Hacia las tres el vuelo del halcón se había vuelto ágil y ligero. Tenía cada vez más hambre e iba de árbol en árbol con las patas bailoteando en el aire. Unos estorninos pintos se alzaron de los sauces como humo y lo ocultaron por completo. Se remontó a buena distancia, extendió las alas y echó a navegar. El viento se lo llevó por el valle. Trazaba lentos círculos bajo nubes grises.

Casi había oscurecido cuando encontré en la ribera los restos de su caza, las plumas y el pico de una perdiz común, siete kilómetros corriente abajo. En la media luz la sangre parecía negra; los huesos desnudos blancos como dientes de una mueca. La caza de un halcón es como las brasas calientes de un fuego mortecino.

30 de octubre

El estandarte de la luz de otoño, desgarrado por el viento, se extendía sobre el verdor del cabo entre los dos estuarios. El viento del este transportaba chaparrones de gris y plata por un cielo de cidra helada. Brotaban pájaros de un labrantío al ver pasar por encima un esmerejón pequeño, marrón y veloz, que subía hasta oscurecerse en el cielo para zambullirse y derrapar en los surcos. Todos los campos arados o en rastrojo temblaban de alondras; todos los verdes estaban repletos de chorlitos. Hojas errantes moteaban la quietud de los caminos.

En la costa, la borrasca doblaba árboles entre los latigazos de sus propias ramas. La planicie era un vacío atronador donde no vivía nada. En medio de ese viento, al sol en una zanja seca, de pronto un chochín pareció divino como un curita marrón en una parroquia de hojas muertas y setos invernales, devoto hasta la muerte.

Trepé la colina y bajé al estuario del sur. La lluvia barría los campos con un rugido de nubes de rocío. Después salió el sol y hubo un revoloteo de golondrinas en la luz. Este valle tiene una soledad peculiar. Pastos escabrosos bordeados de olmos declinan hacia campos chatos y pantanos. El estuario angosto, nítido,

disminuye a medida que los caminos bajan. La repentina paz y la soledad que uno ve allá abajo, por entre los olmos, se transforman en una desolación diferente cuando llega al rompeolas.

La vegetación de las cuestas estaba carbonizada de grajillas. Entre el tableteo de las desoladas cañas del pantano silbaban las ánades, un sonido alegre, explosivo que solo la niebla y la distancia pueden volver triste o débil. Encima del muro del rompeolas había un zarapito real muerto, intacto, panza arriba con el cuello roto. Las puntas de los huesos quebrados le habían perforado la piel. Cuando recogí el cuerpo blando y húmedo las largas alas cayeron como abanicos. Tenía un brillo de río en los hermosos ojos que los cuervos aún no le habían sacado. Lo devolví adonde estaba. El peregrino que lo había matado podría volver a alimentarse cuando yo me hubiera ido y no sería una muerte inútil. En la marisma habían dejado que se pudriera un cisne con un disparo en el pecho. Estaba grasiento, era pesado de levantar y apestaba. Este manejo de los muertos puso una mancha en el esplendor del día, que terminó en una silenciosa desolación de nubes cuando cesó el viento y se puso el sol.

2 de noviembre

La tierra toda era un resplandor de bronce, oro amarillo y óxido rojo; limpia de agua, nítida, inmersa en la salmuera de la luz otoñal. El peregrino ascendió en la hondura azul, tentando a las bandadas para que subieran. Constelaciones de chorlitos dorados centellearon muy en lo alto; debajo orbitaban gaviotas y avefrías; palomas, patos y estorninos pintos siseaban en el aire superficial.

Una nube de lluvia tronó en la punta norte del valle y poco a poco se fue abriendo por el cielo. El peregrino circuló debajo, apretado en oscuros puños de estorninos. Se liberó con sacudidas salvajes y vino soberbiamente hacia el sur, elevándose sobre el borde negro de la nube, oscuro en el deslumbre del halo de sol. Venía derecho hacia mí, silueta aplanada, y vi las largas alas en dura escuadra con la cabeza redonda. Las interiores, inclinadas hacia arriba en ángulo de sesenta grados con el cuerpo, no se movían; las exteriores, más angostas, se curvaban más alto para hundirse blandamente en el aire, ondulantes, vistosas como remos que tocan y acarician la piel fluida de un río. Pasó por encima de mí

y flotó sobre los campos. Fluyó despacio y empezó a elevarse, destellando al sol, dorado rojizo como un lingote de grava del río. La hembra subió a reunirse con él; juntos, en redondo, se alejaron hacia la blancura deslumbrante del sur.

En cuanto se hubieron ido, cientos de zorzales reales volvieron a comer en los espinos de la ribera. Algunos se quedaron en los amarillentos álamos lombardos, en las ramas más altas, nobles de ojos vivaces y feroces rostros guerreros. El azul profundo del cielo estaba manchado de nubes. Un lento esplendor descendía a la tierra. Rastrojo rubio y surcos oscuros lo devolvían con una luz más grande.

A la una y media yo estaba de pie entre los árboles del borde del arroyo cuando el macho, de regreso, vino hacia mí a vuelo rápido. Ahora está más dispuesto a darme la cara, tiende menos a huir cuando me acerco, quizá porque lo confunde que insista en seguirlo. Siete urracas emergieron de pronto de la hierba, graznaron de alarma con un bajo de agachadizas, se arremolinaron como zancudas y se mudaron a un árbol. El peregrino se suspendió un momento arriba de donde habían estado. Meciéndose, virando de un lado a otro, batió las alas con gran vigor y una libertad displicente y mientras ascendía el aire bramó de olas. Dóciles alas como sauces, cuerpo firme como un roble, resorte y flecha, volaba con la elasticidad de un charrán. Debajo era del color del fango del río, ocre y tostado; arriba tenía el tinte de las hojas de otoño, haya, olmo y castaño. Las alas, con sombras y un granulado fino, brillaban como madera lustrada. Me lo taparon los árboles. Cuando lo divisé otra vez iba treinta metros más alto, en rápido ascenso rumbo a la costa. Faltaban dos horas para la puesta de sol y subía la marea; lo más probable era que fuese al estuario. Una hora más tarde pude seguirlo allí.

El viento del norte, cada vez más fuerte, se empinaba en un cielo frío proyectando una luz desolada que endurecía el filo de las colinas. Por el estuario se movía la lluvia y las islas ennegrecían sobre las rayas del agua plateada. Al norte había fogatas y disparos y brillaba un arco iris. Un jinete que cruzaba la marisma desalojó al peregrino, que voló al norte entre el humo de los fuegos y los escopetazos. Llevaba una gaviota muerta. Mucho después de que el ocre del halcón se fundiera con el ocre del otoño seguí viendo

flamear las alas blancas de la gaviota.

4 de noviembre

La borrasca del noroeste descascaró el cielo hasta dejar el ojo a merced del frío resplandor del sol. Se borró la distancia y cada iglesia y cada granja se acercaron limpias de su pellejo de niebla. A catorce kilómetros yo alcanzaba a ver los árboles del fin del estuario doblándose a los azotes del viento marino. Nuevos horizontes se alzaban, crudos, blanqueados, desplumados por los fríos espolones de la borrasca.

En la espuma del agua azul ardía sin llama una iridiscencia de cabezas de patos; cercetas de un marrón verdoso con una pelusa aterciopelada; silbones cobrizos blasonados de una cresta de cromo; ánades reales verde oscuro en la sombra pero al sol luminosas, virando al turquesa y un pálido azul de mechero. Un camachuelo que aterrizó en un poste contra el fondo de agua relampagueó como pirotecnia en ascenso a la gloria.

Dos horas un peregrino hembra estuvo suspendido en el vendaval, inclinado, enfrentándolo con un aleteo pesado, rondando despacio los cabos y los saladares. Casi no descansaba y con ese viento no podía elevarse. Seguía unos treinta metros la línea del rompeolas y luego se suspendía. En un momento alargó la maniobra hasta caer a veinte metros de altura; se suspendió de nuevo y cayó a nueve metros; una vez más y quedó a solo medio metro de la hierba alta de arriba del rompeolas. Allí permaneció dos minutos flotando. Para mantenerse en su sitio tenía que aletear con fuerza. Luego la hierba se balanceó, fue abriéndose como si algo se escurriese por dentro y el halcón se zambulló con las alas abiertas. Hubo una refriega y algo salió corriendo por el borde del rompeolas hasta la seguridad de la zanja. El halcón subió a reanudar su paciente flotación. Probablemente estuviera cazando conejos o liebres. Encontré restos de ambos, la piel cuidadosamente arrancada, los huesos totalmente limpios. También encontré un pato, grisáceo e ignominioso en la muerte.

Al ocaso el halcón macho abandonó la marisma en pos de un manojo de agachadizas. Se alejaron a favor del viento con un repiqueteo de piedras rodando por hielo.

6 de noviembre

La mañana estuvo escudada en niebla bajo un sello de gruesas nubes grises. Cuando se echó a llover la niebla se disipó. Muchas aves huyeron del río hacia el este, entre ellas y a mucha altura varios chorlitos dorados. Sus voces melancólicas trenzaban con la lluvia la desconsolada belleza de la Última Thule.

Siguiendo al peregrino por el barro de los surcos lo noté inquieto y feroz. Vibraba levemente delante de mí en el aguacero, revoloteando de las matas a un poste, del poste a una cerca, de la cerca a un cable. Me costaba seguirlo, con las piedras de barro que llevaba en las botas. Pero valió la pena, porque se había cansado de volar y no quería dejar los campos. Al cabo de una hora de seguirlo dejó que lo observase a cincuenta metros de distancia; cuando comenzamos, el límite había sido doscientos. Se había posado en un poste y miraba por encima del hombro, hacia atrás, pero cuando me acerqué demasiado giró de un salto a enfrentarme, sin mover las alas. Lo hizo tan rápido que fue como si de pronto hubiese aparecido otro halcón.

No tardó en volver a impacientarse. Hubo un reclamo de perdices y voló a echarles un vistazo, moviendo con brusquedad las alas, rígidamente arqueadas, como si intentase volar como las perdices. Si planeaba, planeaba como una perdiz, con las alas al sesgo, duras y temblorosas. No atacó, y no sé si hacía esa pantomima adrede, inconscientemente o por coincidencia. Cuando volví a verlo, diez minutos después, volaba con la soltura y el brío habituales.

Paró de llover, escampó y el halcón empezó a volar más rápido. A las dos se precipitó hacia el este entre serpentinas de estorninos pintos. Se alzó sin esfuerzo entre ellos, relumbre de oro rojo por encima de lo negro. Los pájaros subieron tras él en un remolino y se hundió limpiamente hasta quedar debajo. Más allá del río hizo un barrido hasta el suelo y los estorninos estallaron como rocío de una ola que rompe. No lograban superarlo. Ya volaba libremente, con el viento fluyendo de las curvas de las alas como el agua fluye del lomo de una nutria. Yo ahuyenté del río siete ánades. Revolotearon por encima de mí y doblaron al oeste; se negaban a ir un solo kilómetro hacia al este, adonde había ido el halcón. Corriendo por los campos, trepando vallas, en bicicleta por caminos, lo seguí a mi

pobre velocidad. Por suerte nunca me sacó mucha ventaja, porque se paraba a perseguir cada bandada que veía. No eran ataques serios; aún no estaba cazando; parecían más bien cabriolas de cachorro entre mariposas. Zorzales, avefrías, gaviotas y chorlitos dorados eran dispersados, arreados y azuzados al pánico. Cuervos, grajillas, gorriones y alondras vacilaban como hojas muertas. El cielo todo era una sibilante lluvia de pájaros. Y con cada acometida, cada picado y cada zigzag el ánimo juguetón del halcón decrecía y el hambre aumentaba. Trepó por arriba de las colinas en busca de piezas entre los huertos erizados y el musgo de los robledales. Los estorninos pintos se proyectaron al cielo como haces negros de linterna y divagaron en busca del halcón. Las palomas torcaces emprendieron el regreso del este como supervivientes de una batalla y se pusieron a volar bajo sobre los surcos. En el bosque había cientos de aves alimentándose de bellotas y el halcón las había descubierto. De cada bosque y guarida, hasta donde yo alcanzaba a ver, bandada tras bandada se alzaron todas al cielo con un clamor, apretadas y en círculos como los correlimos. Subieron mucho, hasta que hubo cincuenta bandadas salvando la cresta de la colina y menguando rumbo al horizonte oriental. En cada bandada había al menos unos cien pájaros. El peregrino estaba limpiando de palomas la colina entera, lanzando un picado sobre cada bosque, en raíds por las sendas, a latigazos entre los árboles, retrocediendo de huerto en huerto, barriendo el borde del cielo con una tremenda sierra de clavadas, rebotes y ascensos. De pronto se terminó. Subió como un cohete, trazó una parábola espléndida y se lanzó entre cúmulos de palomas. Una cayó tajeada, muerta, atónita como un hombre que cae de un árbol. El suelo se levantó a aplastarla.

9 de noviembre

Cerca del río una urraca parloteaba en un olmo mirando el cielo. Regañaron los mirlos; al pasar por arriba el peregrino macho, la urraca se hundió en unas matas. Hubo un súbito fogonazo en el día. El halcón destelló entre nubes como un rayo de sol pasajero. Luego dejó atrás un fundido en gris y desapareció. Toda la mañana los pájaros la pasaron amuchados de miedo al halcón pero no volví a encontrarlo. Estoy seguro de que si yo también le tuviera miedo lo vería más seguido. El miedo libera poder. Tal vez el hombre sería

más tolerante, menos irritable y engreído, si tuviera más miedo. No digo miedo a lo intangible, la asfixia del introvertido, sino miedo físico, el sudor frío de miedo por la propia vida, miedo a la amenaza de la bestia oculta, inminente, erizada, de fauces atroces, ávida de nuestra sangre salada y caliente.

A mitad de camino hacia la costa unas avefrías alzaron vuelo al ver pasar al halcón. Se agruparon en bandos reducidos y pronto hubo unos diez esparcidos en un kilómetro y medio de cielo. Las que llevaban más tiempo en el aire volaban más arriba y más separadas, con viento de cola en tremendos círculos de setecientos metros de diámetro. Las últimas en despegar se mantenían más abajo, tan apretadas que apenas dejaban resquicios de luz. Una vez que los halcones se pierden de vista, hay que observar el cielo; su reflejo se eleva en las aves que le temen. Hay muchísimo más cielo que tierra.

Bajo abombadas nubes gris pizarra, con la marea baja, el estuario se adentraba en el sombrío viento del este. En las largas ciénagas brillaban profundas quemaduras plateadas. La marisma tenía un verde intenso. El ganado pastaba con los pies temblorosos sorbidos por cráteres de barro oscuro. A los lados del rompeolas había varias piezas de caza del peregrino. Encontré los restos de un correlimos muerto hacía menos de una hora. Dentro tenía la sangre húmeda aún y olía a limpieza y frescura como hierba recién segada. Las alas y las brillantes patas negras estaban intactas. Al lado había una pila de plumas blancas. El halcón había comido la carne de la cabeza y casi toda la del cuerpo pero dejado la piel blanca, porosa por el cuidadoso desplume. No había acabado de criar el plumaje, lo que acaso la hiciera diferente de la mayor parte de la bandada y blanco más probable de un halcón.

Más tarde un peregrino voló a través de la marisma hacia el correlimos que había matado no mucho antes. Delante de él, tomada por sorpresa, se alzó una frenética gaviota reidora. (Por cierto, «tomada por sorpresa», ¿no habrá sido en origen una expresión de cetrería?). Sin embargo la gaviota no se dejó tomar del todo porque batió violentamente pugnando por subir en vertical. El halcón planeó por debajo y le arrancó unas plumas antes de dar un loop hacia arriba y más allá. La gaviota quedó volando en redondo sobre el estuario; el halcón aterrizó en el rompeolas. Caminé hacia

él pero se resistía a volar. Solo cuando estuve a menos de veinte metros se lanzó en una serie de curvas, serpenteos y vueltas espectaculares, cruzando la marea creciente con las fintas y los bandazos de una agachadiza enorme. Recortado contra el agua blanca, planeó con las alas rígidas levantadas desde el pecho profundo; parecía fundido en bronce como el casco alado de un vikingo.

11 de noviembre

Hebras de sol entre nubes inhóspitas, gaviotas de un blanco de hueso en cenizas de cielo. Gorriones trinando en altos setos de olmo cerca del río.

Avancé lenta, cautelosamente entre las sombras parpadeantes de las ramitas, y me deslicé del reparo para encontrar al halcón macho posado en un poste a cinco metros.

Cuando me detuve miró alrededor y quedamos los dos duros de sorpresa. Al escurrirse la luz el halcón se transformó en una forma oscura contra el cielo blanco. Con la cabeza hundida como un búho, girando a los sacudones, tenía un aire alelado y estúpido. El repentino encuentro con el diablo lo había obnubilado. Los oscuros lóbulos de la bigotera estaban lívidos y tiesos en la pálida cara siberiana que atisbaba entre gruesas pieles. El gran pico, que se abría y cerraba en un quedo siseo de alarma, echaba nubes de aliento al aire frío. Titubeante, incrédulo, indignado, se limitaba a jadear agachado en su poste. Luego los astillados fragmentos de la mente se le unieron de nuevo y se alejó a vuelo suave y muy rápido, con bandazos abruptos como si quisiera eludir disparos.

Siguiéndolo por los prados del río y los campos arados del borde del arroyo encontré siete presas muertas hacía poco: cinco avefrías, una gallineta, una perdiz y una paloma torcaz. De la hierba levantaron vuelo un montón de zorzales. Chorlitos dorados y avefrías son ahora más numerosos y hay más gaviotas y alondras que la semana pasada. Cerca del arroyo quince zarapitos reales comían en el rastrojo, entre grandes bandadas de estorninos pintos y gorriones.

A la una ahuyenté al halcón de un poste junto al camino. Voló bajo rumbo al oeste a lo largo de un surco de arado y a cien metros de él vi agachada una perdiz roja. Miraba hacia el otro lado,

ignorante del peligro. El halcón avanzó planeando, alargó despreocupadamente un pie y flotando blandamente sobre la perdiz le dio un suave golpe en la espalda. La perdiz se revolvió en el polvo con un aleteo frenético, se enderezó y miró en torno como estupefacta. El halcón siguió vuelo sin mirar alrededor y se desató un clamoroso regaño de perdices. Él se abatió y pateó a otra que corría a esconderse. Luego se alejó hacia el río. Los peregrinos pasan mucho tiempo planeando sobre las perdices o mirándolas desde postes y cercas. Les intrigan sus caminatas inacabables, su reticencia a volar. A veces este interés lúdico deriva en ataques serios.

12 de noviembre

Gran quietud en el estuario; horizontes brumosos se funden en agua blanca; todo apacible: solo la charla de los patos a flote en la marea. Lejos, en aguas profundas, serretas medianas buscaban peces. De repente, doblándose, se sumergían con una neta, veloz vuelta adelante. Salían, tragaban y miraban en torno con el pico chorreando agua; alertas, acicalados patos submarinos.

Había un colimbo chico, moteado de petróleo, varado en un hoyo en el barro. Solo se veía la cabeza. No paraba de llamar; era un gruñido penoso que se agudizaba en silbido desconsolado.

Anduve a lo largo del rompeolas entre la marisma y el agua. Búhos campestres asomaban del pasto volviendo las caras desaliñadas, desmedidas, con un fulgor de trasgo en los ojos amarillos. Un pito real voló en rizos de poste en poste, pegándose como musgo, y al fin emprendió un vuelo pesado. En toda la marisma resonaba la tosca queja de la agachadiza. Encontré seis cazas del peregrino: dos gaviotas reidoras, un archibebe y un avefría en el rompeolas; un ostrero y un chorlito gris en la playa de guijas.

Del sur venía una bandada oval de zancudas; rápida, compacta; las barras de las alas titilaban en la luz opaca: diez agujas colinegras. Llevaban las largas patas estiradas atrás y lanceaban el aire con los picos de pez espada. Volaban llamando: un bronco gluglú, un clamor, una risa bárbara como de cruza entre zarapito real y ánade. Eran de un marrón verdoso, el color de las cañas y los charcos de sal. Eran aves huesudas de aspecto seco, quebradizo, con

todo llevado a los extremos; bellamente graciosas. No aterrizaron. Después de dar un círculo volvieron al sur. En verano, el incipiente plumaje nuevo es un feroz resplandor rojo anaranjado. Se alimentan en aguas profundas, pastando como ganado, y los reflejos rojos parecen chamuscar la superficie.

De la gran laguna de la marisma, como una orquesta que afina, llegó el murmullo de una bandada de cercetas. Patinaban en el agua, como flechas sobre las ondas, y frenaban levantando torbellinos de rocío. No bien apareció desde el interior el destello del peregrino se propulsaron al aire. Cuando el halcón llegó a la laguna ya estaban a medio camino del estuario, llamando en sordina con un redoble de perros lejanos. El peregrino se fue. Las cercetas no tardaron en volver a patinar y arremolinarse en la marisma, subiendo y bajando como piedras deslizadas en hielo, todas zumbido, rebote y vibración. Poco a poco se asentaron en el musical llamado de comida. Yo me mudé más cerca de la laguna. Un par de cercetas se me acercaron volando a su boba manera. La hembra aterrizó pero el macho pasó de largo. De pronto se dio cuenta de que estaba solo y empezó a volver. Cuando estaba doblando el peregrino se lanzó desde la marisma y lo desgarró con los talones. Empezó a sacudirlo como un toro con un torero enganchado. El pato cayó al suelo salpicando sangre, el corazón abierto. Yo dejé al halcón con su caza; la pata voló de vuelta a la laguna.

13 de noviembre

Ahuyenté de un bosquecito de carpes a dos becadas comunes que dormían bajo los arcos de un zarzal. Se alzaron en vertical a la luz con un hosco rasgueo de alas, como si quisiesen zafarse tironeando. Vi los largos picos en curva, el brillo rosa y marrón; tenían la cabeza y el pecho a rayas de marrón y beige como sol y sombra en el suelo del bosque. Llevaban las piernas flojas colgando; luego poco a poco las recogieron. Los ojos eran oscuros, grandes, húmedos, con un viso amable. Las puntas de los carpes traquetearon; las ramas agitadas crujieron. Entonces, ya libres, las becadas se remontaron por sobre los árboles, dardos sinuosos, relucientes como bollos dorados. Debajo de las zarzas, en el barro negro donde se habían cobijado juntas, quedó la telaraña de sus

huellas.

Bajo torres de electricidad, en un campo inundado entre dos bosques, encontré los restos de una graja que había comido el peregrino. Tenía el esternón serrado en la quilla, donde el pico del halcón había arrancado pedazos. Las patas, que habrían debido ser negras, eran anaranjadas. Reducidos así, el esqueleto y el cráneo de una graja son de una pequeñez patética comparados con el pico enorme y pesado.

Hacia las cuatro, cientos de vocingleros zorzales reales se habían reunido en los bosques. Estuvieron moviéndose en las copas y callaron, de cara al sol. Luego volaron hacia sus nidos en el norte, en subida, llamando, dispersos en líneas irregulares con el brillo del sol debajo. Y, mucho más arriba, un peregrino ocioso que erraba por la bóveda azul de un cielo cada vez más fresco rumbeó con ellos hacia la luz muerta del norte.

Media hora antes del ocaso llegué a un bosque de pinos. Bajo los árboles ya estaba oscuro pero en la senda que tomé hacia el este aún había luz. Aunque afuera hacía frío, en el bosque duraba una tibieza. En la penumbra azulnegra de las ramas las piñas irradiaban un fulgor rojizo. El bosque había retenido su oscuridad todo el día y ahora parecía espirarla. Anduve tranquilamente por la senda escuchando a un cuervo soltar sus últimas, densas notas carcelarias. En medio del bosque me detuve. Un escalofrío me recorrió la cara y el cuello. A tres metros, en la rama de un pino cerca del sendero, había un cárabo. Contuve el aliento. El cárabo no se movía. Oí muy alto hasta los ínfimos ruidos del bosque, como si yo también fuera un cárabo. Él me miraba los reflejos de la luz en los ojos. Esperó. Tenía el pecho blanco, muy jaspeado y con pecas bermejas. Ese rojo pasaba a los lados de la cara y la cabeza hasta formar una corona rufa. Tenía una cara de yelmo blanco pálido, ascética, semihumana, amarga y retraída; ojos negros, intensos, funestos. Ese efecto de yelmo era grotesco, como si un caballero perdido y menguante hubiese marchitado en búho. Mientras miraba los ojos de uva negra, el feroz festón dorado, la cara lóbrega pareció desmenuzarse en la oscuridad; solo quedaron vivos los ojos. Lenta, visiblemente, el cárabo se percató de la presencia de un enemigo; el reconocimiento se extendió como una sombra de los ojos a la cara pétrea. Pero el sobresalto lo había sacado del miedo y ni siquiera ahora huyó

enseguida. Ninguno de los dos soportaba desviar la mirada. La cara de él era una máscara; macabra, estropeada, sufrida como el rostro de un hombre ahogado. Me moví. No pude evitarlo. Y de repente el cárabo volvió la cabeza, caminó por la rama como si se arrastrase y blandamente se alejó al vuelo por el bosque.

15 de noviembre

Arriba del Bosque del Sur un arroyito corre por un valle de laderas escarpadas. La del norte es puro bosque oxidado de helechos de invierno, plateado de abetos, verde de robles musgosos. La del sur son pastos inalterados desde hace años, abundantes en gusanos, divididos por setos, moteados de robles de ramas gruesas. Doscientas avefrías y muchos zorzales reales y alirrojos y mirlos atendían a los ruidos de los gusanos cuando bajé a lo largo del arroyo, que rumoreaba en la mañana serena. En el valle del río no estaban arando y yo esperaba que el peregrino fuese a cazar avefrías en los pastos más altos.

A larga distancia empezó un golpeteo duro. Era como si un zorzal machacara un caracol en una piedra, pero venía de arriba. En un roble de un seto, en la punta de una rama lateral, un pico menor, aferrado a una varilla, martillaba una agalla de cera tratando de sacar la larva que tenía dentro. Para un pájaro de quince centímetros esa vesícula tiene el tamaño de una pelota medicinal para un hombre. Este se movía fácilmente por la ramita, a veces cabeza abajo, y atacaba desde muchos ángulos. Echaba la cabeza atrás al menos cinco centímetros y estampaba el pico con la ferocidad de un hachazo. Los ojos negros miraban la agalla redonda brillando como alfileres. No consiguió perforarla. Voló a otro roble y probó con otra agalla. Toda la mañana anduvo martillando por los campos. Yo me puse a golpetear una agalla con la uña y después con una piedra afilada pero no logré reproducir ese sonido crepitante que se oía a cien metros. Aunque él era bastante manso, cuando me veía cerca paraba, se alejaba un poco por la rama y volvía cuando yo me iba. Si en el bosque llamaban los arrendajos, dejaba de martillar y escuchaba. Los picos menores temen a las rapaces; huyen de los cucos y se protegen de arrendajos y cuervos.

Los arrendajos alborotaron el bosque todo el día desenterrando las bellotas que enterraron hace un mes. Al primero que encontraba

una los otros lo perseguían. Al borde del arroyo, donde las ramas caídas y las hojas muertas paraban la corriente, había varias becadas comunes comiendo, y yo espanté muchas más que descansaban en los helechos. Durante el día, a las becadas les gusta acomodarse en laderas de helechos que den al sur o el oeste, por lo habitual cerca de un monte de castaños jóvenes o abedules pequeños, de vez en cuando bajo un acebo o un pino. Algunas prefieren las zarzas a los helechos. Las becadas surgen de golpe cuando uno lleva cierto tiempo cerca, incluso a solo cinco metros. Quizás esperen un minuto o más, hasta que ya no aguantan la incertidumbre. Haciendo paradas frecuentes se puede desalojar muchísimas. Si uno atraviesa el bosque sin desviarse, solo ahuyenta a las que están en su camino. Prestando atención al primer ascenso abrupto se puede captar por un segundo el color de una becada. Sostenidos en el súbito amarillo de la luz, los marrones, pardos y castaños del lomo cobran relieve como capas de hojas secas. En el centro de las rayas y crestas de la espalda, detrás de la cabeza, hay un matiz de bronce verdoso, una especie de verdín. Tal vez den la impresión de perderse en la distancia del bosque, pero en realidad se precipitan a cubierto no bien los árboles les hacen pantalla. Un zigzag repentino seguido de un descenso a campo abierto puede ser un engaño. Acaso vuelen bajo un tiempo y al estar fuera de vista se eleven. Estas hábiles astucias se han desarrollado en miles de años de huida. Aunque adivinar dónde están descansando las becadas comunes llega a ser fácil, verlas eyectar de zarzales o helechos siempre sorprende.

Todo barro poblado de gusanos ha de tener su zancuda. La becada fugitiva se abre paso por estrechos meandros de arroyos y barrancos y pasa por lagunas abandonadas y sendas fangosas para llegar a su ermita de zarzas.

A medida que bajaba el sol se iba haciendo más fuerte el

pii-huí

de los chorlitos. Parado entre robles y abedules, vi entre el follaje la curva oscura de un peregrino como una guadaña subiendo por la falda verde del valle. Los zorzales volaron hacia los árboles. Algunos se estrellaron entre las zarzas como bellotas caídas. El peregrino dobló, siguió, se empinó y, ligero como un viento que atrapa una hoja, arrancó a un zorzal real de su percha. El pájaro

muerto quedó colgándole de las garras como un ahorcado. Lo llevó al arroyo, lo desplumó y se lo comió al borde del agua. Las plumas las dejó a que las tamizara el viento.

16 de noviembre

El valle estaba en calma, agrandado por la bruma, abovedado de una gloria fría, inquebrantable. Cincuenta gaviotas argénteas volaban al norte por un fino carámbano azul que hendía las nubes. De alas solemnes, sombrías, alejándose por esa pinza de azul, eran un portento del día por venir.

A las diez la cuña azul se había ensanchado y las nubes en derrota se amontonaban en el cielo del este. Avefrías y chorlitos dorados bajaban a alimentarse cerca del río en un campo recién arado. Los primeros rayos de sol matinal daban a los chorlitos, tenues en la tierra oscura, un frágil brillo dorado, como si tuvieran huesos luminosos y la piel emplumada transparente. El peregrino, que había estado decaído y encorvado en un roble muerto, esplendió de un dorado rojizo como el de los zorzales relucientes que erizaban los arbustos de la ribera.

Cuando desvié la mirada el peregrino dejó su percha y cundió el pánico. Laberintos de aves en ascenso se escalonaron en el cielo del sur: setecientas avefrías, un millar de gaviotas, doscientas palomas torcaces y cinco mil estorninos pintos menguaban en espirales sucesivas y círculos más y más amplios. Por encima de todas circulaban trescientos chorlitos dorados, solo visibles cuando en un giro reflejaban el sol. Al fin encontré al halcón en el último punto que se me ocurrió mirar, cuando debería haber sido el primero: justo arriba de mi cabeza.

Volaba hacia el sur, remontando: cuatro aletazos leves y un planeo, un ritmo cómodo. Vistas desde abajo, las alas parecían no hacer más que plegarse y estirarse, plegarse y estirarse, batiendo como un pulso. Un cuervo se puso a perseguirlo y zigzaguearon juntos. Al ganar altura el halcón aceleró el vuelo; pero el aleteo era tan leve y hábil que daba la impresión de planear, mientras que el cuervo retrocedía y bajaba. Se fundió en la neblina del sol y una multitud de estorninos pintos subió a unírsele como chupados por el vórtice de un remolino. Empezó a trazar círculos a gran velocidad, bandeándose para estrecharlos, doblando alternativamente a

izquierda y derecha en un intrincado dibujo de ochos. Esas curvas cerradas desconcertaron a los estorninos. Se precipitaron tras él locamente y cada giro anguloso los desviaba. Era como si los llevara prendidos de un hilo y los sacudiera y tironeara a su antojo. Treparon todos hacia lo alto del sur y de pronto desaparecieron, disipados en la niebla. Este vuelo de evasión —del que parece que el peregrino disfruta como una suerte de juego— se parece a su manera de cazar y es muy temido por las aves de abajo. En realidad los estorninos no suben violentamente en turba. Huyen a los árboles o se alejan a favor del viento.

Una hora después volvió el pánico al sur y el oeste. Chorlitos y gaviotas se arremolinaron en lo alto, los mirlos regañaban y en granjas a un kilómetro de distancia cantaron los gallos. El peregrino planeó a posarse en el roble muerto y las aves que llamaban callaron. Él descansó, se limpió y durmió un rato; luego sobrevoló los campos que se abren al norte del río. Había tractores arando y en la tierra marrón negra cientos de gaviotas dispersas como tizas blancas. En las oscuras arrugas de los campos arados todavía brilla algún rastrojo marchito, pero los olmos están desnudos y los álamos en jirones amarillentos. Silenciosos beagles se desplegaban por la tierra húmeda. Cazadores y sabuesos esperaban en silencio. La liebre estaba a ochenta metros, sentada en un surco, temeraria, con los ojos sesgados brillando al sol y las grandes orejas dobladas y atentas al viento. El halcón hembra despegó y fue a cernirse sobre la liebre. Un disparo lejano la hizo vacilar y perder altura, como si le hubieran dado. Se dejó caer y voló rápido y bajo a través de los campos. Nunca he visto a un halcón volar tan al ras como esta hembra. Donde la hierba del cabo estaba crecida la iba rozando con las alas. En cada ondulación del suelo quedaba oculta. Se perdía por las acequias abanicando los yuyos, con las alas tan hacia atrás que la quilla del esternón afeitaba la hierba y solo por un centímetro no cepillaba el suelo. De repente pareció meterse en los surcos. En trescientos metros a la redonda del punto de desaparición no tenía dónde posarse pero, aunque cuadriculé escrupulosamente cada campo, no la pude volver a encontrar. Sutil como un aguilucho, suave de alas como una lechuza pero el doble de veloz en vuelo normal, se esconde y camufla con la astucia de un zorro. Se aferra al pelaje crespo de la tierra como la liebre inquieta se pega al

viento.

Las gaviotas dejaron los campos, todas, y se alejaron en espiral hacia el sur. En el claro cénit azul hielo titilaban fajas de chorlitos dorados. El sol se había librado al fin de la niebla; arreciaba un viento muy frío del norte. Los beagles habían olido a la liebre y se precipitaban por los surcos manchados de hojas, con la partida corriendo a la zaga y los cuernos sonando. El macho giraba bajo al norte; parecía una cometa ámbar recortada del suelo, amarillo rastrojo con rayas marrones. Se elevó despacio y planeó con el viento. La hembra subió a unírsele y rondaron juntos, aunque no en la misma dirección. Él como el reloj, ella al contrario. Las azarosas curvas se trenzaban e intersecaban sin acoplarse nunca. Al acercarse al río donde estaba yo rápidamente se remontaron. El sol los bruñía a los dos de un rojo dorado cálido, pero la hembra tenía un plumaje más pardo y menos luminoso. Navegaron a treinta metros de altura, en lentos anillos inclinados, con las alas quietas y tiesas, el macho diez metros por encima de la hembra. Me miraban, bajando tanto las grandes cabezas que parecían pequeñas y hundidas entre los arcos de las alas. Con las plumas bien abiertas y dilatadas por el aire que los sostenía, eran halcones anchos, macizos como mazorcas. La fina, intrincada maraña de marcas marrones y gris plateadas que les cubrían el agamuzado revés de las alas contrastaban con las verticales rayas caoba de los pechos ambarinos. Los pies apretados brillaban contra los penachos del interior de las colas. Los dedos apiñados tenían nudos y crestas como granadas de oro.

Se movieron hacia el sur del río y las perdices rojas empezaron con su reclamo. Cada halcón se meció viento arriba, se suspendió un momento y bajó planeando en un largo barrido circular. Dos veces el macho se lanzó juguetonamente contra la hembra, tocándola casi al pasar. Era cinco o siete centímetros más corto y de contextura más liviana, pero de alas y cola relativamente más largas. Él tenía gracia y una fuerza esbelta; ella poder y solidez. Según se iban alejando en lo alto y hacia el sur, la perspectiva transformaba los círculos en elipses y luego en líneas rectas de planeo incisivo a través del cielo. Ese curso parecía curiosamente inevitable, como si se movieran por cables invisibles o siguieran una senda familiar del aire. Es por esta hermosa precisión, por la

sensación de movimiento preordenado, por la que emociona tanto observar al peregrino.

Ahora el halcón macho se alejaba a ritmo firme, en ascenso hacia el este, mientras la hembra doblaba hacia el oeste manteniéndose más abajo. Entre un círculo y otro se quedaba inmóvil en el viento. De una de esas pausas salió en tangente como de costumbre y sesgó el vuelo hacia abajo. Por algo contenido y amenazador en la maniobra me di cuenta enseguida de que iba a atacar. Se lanzó en espiral, las alas medio echadas atrás, mirando hacia abajo, muellemente y sin apuro en ángulo de cuarenta y cinco grados. En esta primera caída curva hizo rotar el cuerpo sobre el eje y no bien completado el giro se arqueó a la perfección para lanzarse en picado. Hubo una ligera corrección, como si algo hubiese forzado una tenue barrera de aire indebido; luego siguió sin tropiezos. Ahora llevaba las alas atrás, altas y cóncavas, ondeando como aletas en el ventarrón que le rozaba los flancos ahusados. Eran como las plumas de una flecha vibrando desde la rigidez del astil. Se precipitó a tierra; se estrelló; desapareció.

Un minuto después emergió indemne, pero sin presa, y se alejó hacia el sur. Contra cielo azul, nubes blancas, cielo azul, colinas foscas, campos verdes había sido un leve centelleo, un brillo oscuro de rodajes y pendientes. Y de pronto ese aire frío que cortaba el aliento se volvió claro y dulce. El gorjeo de los pájaros se mezcló con los ladridos pulsantes de los beagles y las pisadas de la liebre en fuga, que atravesó un seto y al tirarse al río pulverizó el agua como una palada de tierra. Nadó hasta la otra orilla y rengueando se alejó a salvo.

Al este, donde aún rondaba el peregrino macho, el cielo pululaba de gaviotas, zarapitos reales y chorlitos. Poco a poco el destello de la mota se desvaneció a lo lejos, arriba de las colinas, en un majestuoso arco hacia el mar. Las aves alarmadas descendieron y el gran vuelo se terminó.

Seguí a la hembra y la encontré de nuevo a las tres y media. Esfumada por densas nubes de estorninos pintos, despegó de un fresno, al borde de la senda que vadeaba una laguna, y parpadeó a través de cultivos donde trabajaban tractores en marcha y se recogían y cargaban remolachas. En los lugares ya limpios había cientos de gaviotas y avefrías comiendo; cuando se alzaron perdí de

vista al halcón. Diez minutos después volaba hacia el nordeste y pasaba el río a mucha altura, negro contra el cielo limón. Viró al este, más alto y más rápido, como si hubiese avistado una presa.

Los beagles vuelven a casa por senderitos de colina, los sabuesos se han ido, los cazadores están cansados, la liebre segura y en forma. El valle se hunde en niebla y el amarillento anillo orbital del horizonte se cierra sobre la córnea deslumbradora del sol. La cresta oriental estalla en púrpura; luego se funde en el negro enemigo. La tierra espira en la penumbra fría. En huecos a la sombra del último resplandor se forma escarcha. Ululan las lechuzas recién despiertas. Las primeras estrellas resbalan cielo abajo. Como un halcón en su percha, escucho el silencio y atisbo la oscuridad.

18 de noviembre

De mañana caminé hacia el este a lo largo del rompeolas, desde el estuario hasta el mar. Bajo las nubes altas, el agua estaba gris clara y blanca. A medida que el cielo se despejaba y salía el sol fueron apareciendo vetas y nervaduras azules. Los matorrales cercanos al muro del rompeolas desbordaban de alondras y pinzones. Tres escribanos nevados corrían por la grava blanca y la arena como zancudas, sin ganas de volar, blanquimarrones como la arena. Las largas alas a rayas castañas relampagueaban; el áspero, puro llamado se apagaba como un tañido.

Toda la mañana tuve ese recelo intranquilo que entra cuando hay un halcón cerca. Sentía que estaba oculto por poco; con la ventaja de tiempo y distancia justa para moverse debajo del horizonte cuando yo repechaba una curva del llano. A la una yo iba camino al sur y el sol enceguecía. De pronto pareció que estaba alejándome del halcón en vez de irle al encuentro. Bajé a los campos y atravesé de nuevo hacia el estuario, sin pensar, moviéndome solo al filo del pensamiento, contento de ver el día y absorberlo. Al pasar por la brecha del seto sorprendí a un chochín. Temblaba en la percha en un tormento de duda, no sabiendo si huir o no, con la mente tartamuda y quebrada de miedo. Pasé rápido y él se tranquilizó y se puso a cantar.

A las dos llegué al estuario. Era marea alta. Gaviotas blancas flotaban en el azul de un agua sin nubes, los patos dormían, las zancudas atestaban los saladares. Anduve despacio hacia el norte a

lo largo del rompeolas. Ya era la luz fluctuante de un día frío de noviembre y al oeste el cielo estaba escarchado de oro pálido. El radiante arco luminoso que se curva sobre la planicie del río desde más allá, desde el Mar del Norte, se descascaraba en el cénit y volvía al gris. Esta era la última auténtica luz de caza; para el halcón hambriento, un llamado claro como el cuerno de retirada del cazador.

Una larga corriente de correlimos dejó los saladares y se hinchó sobre el agua como una vela plateada ondeando rumbo a la isla. Arriba y muy lejos de ellos volaba un peregrino, nudillo oscuro en el cielo impecable. Pronto creció a dardo de alas centelleantes. Se elevó contra el sol, negro y afilado, y luego, más allá, se tornó castaño y menos amenazador. Se lanzó abajo y las aves de la isla se alzaron como espuma. Planeó en redondo y las otras cayeron como una ola. En círculos empinados el halcón subió a un crescendo silencioso. Las gaviotas despegaron. Se detuvo arriba de ellas, ganó equilibrio, se zambulló y con una amplia curva en U volvió a remontarse, hendiendo el aire como un clavadista hiende el aire y el agua. De los talones en punta una gaviota logró hurtarse sin gracia. El peregrino subió más y se alejó reverberando hacia el cielo grisáceo del este.

En el brillo del oeste, en largas corrientes sobre la calma del estuario, mil avefrías se balanceaban como plumas en escuadrones cambiantes, subiendo y bajando las blandas alas a un ritmo como el de varios remeros.

21 de noviembre

A lo largo del horizonte del valle se alinea una ferrosa desnudez de árboles deshojados. El frío aire del norte, como una lente de hielo, transforma y clarifica. Los campos húmedos están oscuros como malta; hay una barba de yuyos en el rastrojo empapado. Los vendavales se han llevado las últimas hojas. El otoño está tirado. Campa el invierno.

A las dos de la tarde una chillona negrura de grajillas brotó del rastrojo y se dispersó por el cielo con un tableteo de fichas de dominó en la mesa de un pub. Al sur se elevaron palomas torcaces y avefrías. El peregrino estaba por ahí pero yo no alcanzaba a verlo. Bajé al arroyo y crucé los campos que separan los dos bosques. Al

pasar desalojaba grupitos de alondras del rastrojo y los surcos. Sol brillante. Árboles del ámbar de las piedras en el lecho de un arroyo claro. Los robles de los dos bosques guarnecidos de un oro erizado. Un pito real salió volando de la hierba húmeda y se agarró al hongo de un árbol como atraído por un imán. Arriba del musgo y el mostaza de la espalda, una brasa le ardía en la coronilla como un agárico escarlata brillando en un bosque oscuro. El llamado de alarma llegó de repente, agudo, crudo, fuerte, un sonido de resuello, estrujado, que decía «halcón a la vista». Junto al puente, en las varas desnudas de los tilos, zorzales silenciosos observaban el cielo.

Miré al oeste y vi volar al peregrino arriba del cedro de una granja lejana, luminoso en una nube negra de grajas, derivando en corrientes de chorlitos dorados. Al norte se cernía una tenebrosa nube de lluvia; sobre ese fondo el peregrino relumbraba en un nimbo de oro bajo. Planeó sobre el rastrojo y una ola de gorriones se metió en un seto. Por un segundo las alas del peregrino danzaron tras ellos, leves y altas en una turba de aleteos frenéticos que la memoria congela con forma de astas. Luego voló tranquilamente hacia el río.

Lo seguí pero no pude encontrarlo. Oscuridad y ocaso llegaron juntos en la niebla del río. Al primer chistido de un mochuelo, una musaraña se escabulló bajo un seto y se escondió entre hojas muertas. La llamada paralizó de golpe a unos ratones de campo que corrían por las ramas de un arbusto inclinado sobre el río. Cuando cesó, los ratones se echaron al agua y nadaron a refugiarse entre los juncos. Yo anduve al borde del seto. Me sobresaltó el salto repentino y ruidoso de una becada. Voló hacia el cielo y vi el largo pico curvado hacia abajo y las alas romas, como de lechuza, y oí el fino silbido y el graznido gutural de su llamado itinerante; cosa rara de oír en un frío anochecer de noviembre. Se alejó oscilando hacia el este, con el peregrino arriba como una estrella, forma mordaz en descenso por el pálido azafrán del último resplandor. Desaparecieron juntos en el crepúsculo y no vi nada más.

24 de noviembre

Esta mañana de sol había un peregrino planeando sobre el valle en una tibia brisa del sur. Yo no lo veía pero el movimiento se

reflejaba abajo en la inquietud de los chorlitos, en los remolinos de gaviotas, en el golpeteo de las nubes de palomas torcaces, en el brillo en los ojos de cientos de pájaros atentos al cielo.

Cuando todo se calmó, macho y hembra volaron bajo y lado a lado por los campos abiertos del llano ancho. Iban viento arriba, ahuyentando chorlitos dorados del rastrojo. Tenían el mismo color que los pájaros y no tardaron en confundirse con el horizonte pardo de los campos.

Nubes de lluvia se habían espesado, empezó a soplar viento y todo se volvió afilado. Yo ahuyenté a la hembra de un roble al borde de un vado. Se alejó rápido al nordeste, hasta más allá del arroyo y se cernió sobre los huertos. Entre un planeo y otro giraba escorada intentando suspenderse pero no lo conseguía. Lentamente derivó hacia el este por sobre la colina. Aunque no hubo pánico entre las aves del huerto, muchos zorzales reales y pinzones se echaron a revolotear sin rumbo bajo el halcón, como incapaces de decidir si amontonarse o no. A la mayoría de las aves les cuesta entender a un peregrino en planeo. No bien acelera el vuelo saben qué hacer, pero no los perturba tanto cuando se cierne como un cernícalo. Las únicas que advierten el peligro enseguida son las perdices y los faisanes. Son las especies más amenazadas por esta forma de caza y, o se agachan bien, o corren a cubrirse lo más cerca posible. Si ven un cernícalo circulando lo ignoran.

Crucé los campos del sur del camino y ahuyenté tres zarapitos reales. El 21 había tres allí; tal vez a uno lo haya matado el peregrino. Cuando los zarapitos se alejaban, llamando, doscientos metros al oeste apareció el peregrino macho. Las avefrías se apresuraron a despegar del rastrojo, pero ya era tarde porque habían calculado mal la fuerza del viento. El halcón se lanzó detrás, con las alas cóncavas hinchadas como velas. Frenó un momento, aplanó bien las alas y se precipitó hasta perforar la corriente de la última avefría de la línea en fuga. El golpe oblicuo fue tan rápido que no alcancé a verlo. Solo vi al halcón cargando viento abajo su presa muerta.

Un aguacero de una hora extinguió el día. En la bruma el valle era una esponja marrón empapada. Pasaron volando dieciséis ánades y se oyó a un silbón. Volvió a llover a mares y el hueco del ocaso se llenó de un chapoteo de agachadizas.

26 de noviembre

Al amanecer, grajas y gaviotas en tránsito sobre la ciudad lluviosa; las grajas hacia el estuario, las gaviotas hacia tierra dentro. Amortiguados por el sonido de la marea, escribanos trigueros cantaban en jardines caseros. A medida que avanzaba la luz la lluvia iba amainando. En la estrechez de la costa se habían reunido zancudas, las cabezas negras contra el blanco del agua. Había chorlitos grises comiendo, la cabeza estirada al frente como pointers, escuchando el barro como zorzales en un parque. Un paso cauteloso, un tirón de la cabeza tras otro, una atención esforzada; luego un flechazo del pico en el fango y un gusano ensartado. Los correlimos gordos descansaban. Tenían una mirada de mongoles como la de los huskies dormidos. Cuando empecé a tambalearme por la arcilla viscosa de arriba del rompeolas cincuenta huyeron por encima del agua. Pájaros grises barriendo el claro horizonte blanco piedra y el alto cielo gris, a ras del agua blanca taladrada de gotas y la orilla lavada, algas de un púrpura casi negro, islas de algas verdes y una suave palpitación de largos mares.

Había seis cormoranes instalados en la marisma como tocones ennegrecidos. Más al este uno descansaba con las alas extendidas como un blasón contra el entero Mar del Norte. Pasaron volando largas V de barnaclas carinegras; el cloqueo gutural de la charla se oía a más de un kilómetro. Sus largas líneas negras se agarraban al fondo del cielo.

En la grava de la costa golpeaban las alas de las cazas del peregrino: un silbón y seis gaviotas reidoras viejos y rancios y una serreta mediana muerta hace solo tres días. Sorprende que un peregrino matara una serreta, un ave de sabor a pescado muy feo para el paladar humano. No quedaban más que las alas, el pico y los huesos. Había limpiado hasta el cráneo. Esa cabeza de serrucho con la prehistórica sonrisa mellada era demasiado para tragársela. Desde unos postes lejanos del saladar una hembra de peregrino me vigilaba, acurrucada y morosa bajo la luz declinante de la lluvia. Casi no volaba; había comido y no tenía nada que hacer. Más tarde se largó al interior.

En la marisma había archibebes claros; zancudas de aire encanecido, color de musgo grisáceo, inclinándose a comer sobre las flacas patas grises. Donde no grises, eran blancas; aves lúgubres,

plomizas, fantasmas del verdor estival, súbitamente hermosas y a sus anchas cuando vuelan. Del cielo gris pálido caía una lluvia lenta. A las once, una claridad engañosa, abrillantadora, indicó que la lluvia se iba a quedar. Por una hora, hasta que todo se cubrió de gris, el agua brilló como leche y nácar. El mar respiraba en calma, como un perro dormido.

28 de noviembre

En este día de neblina no había nada claro en el eco anodino del tractor. El viento magro, flaqueante del noroeste era frío.

A las once un peregrino voló a una de las altas torres eléctricas que se alinean a través del valle. La niebla lo difuminaba, pero la habilidad con que abanicaban las alas se reconocía en el acto. Estuvo veinte minutos mirando a los chorlitos que comían en los campos y luego se trasladó a la torre siguiente. Ahí quedó recortado con forma de lechuza en el cielo blanco, la cabeza casi redonda entre los hombros encorvados, angostándose hacia la corta cola roma. Alzó otra vez vuelo hacia el norte, cada vez más alto sobre los rizos de niebla del río, con el plumaje rojo dorado brillando como barniz en la opacidad. Las poderosas remadas de las alas lo propulsaban con una facilidad majestuosa.

Como en esa luz mezquina no podía seguirlo, bajé al arroyo pensando que quizá más tarde fuera a bañarse allí. Junto al Bosque Norte, mirlos y pinzones regañaban en los espinos y un arrendajo posado en los alisos tenía la mirada fija abajo. Siempre cubriéndome en los setos, avancé despacio a lo largo de la masa de espinos. Me abrí paso entre la maraña hasta ver las aguas rápidas del arroyo, que era lo que el arrendajo estaba mirando. Entre las púas de las ramas vi una hembra de peregrino de pie en las piedras, a pocos centímetros del agua, absorta en su reflejo. Poco a poco avanzó hasta hundir en el agua los grandes, arrugados pies amarillos. Se detuvo, fulminó el entorno con la mirada, alzó bien las alas por detrás de la espalda y empezó a vadear con mucho cuidado, pisando nerviosamente la grava como si temiera resbalarse. Cuando el agua le llegaba casi a los hombros se detuvo. Tragó unos sorbos, sumergió repetidamente la cabeza, chapaleó, investigó y batió las alas. Los mirlos y los pinzones pararon de regañar y el arrendajo se fue.

Ella se quedó en el agua unos diez minutos, cada vez menos activa; luego vadeó pesadamente hasta la orilla. El peso del agua en las plumas entorpecía aún más el curioso, cansino paso de loro. Se sacudió mucho, dio unos saltitos aleteando y voló incómodamente a un aliso muerto que cuelga sobre el arroyo. Mirlos y pinzones empezaron a regañar de nuevo y el arrendajo volvió. El halcón no parecía nada contento con ese volumen de agua encima. Tenía el pecho más profundo y la espalda más ancha que un macho, y más masa muscular entre los hombros. El arrendajo se puso a revolotearle alrededor de una manera irritante. Ella se alejó volando al norte, trabajosamente, con el desdeñoso chillido del arrendajo a la zaga.

La encontré en un roble muerto al nordeste del vado. Como ese árbol está en una suerte de loma, desde las ramas más altas un halcón puede ver varios kilómetros de la llanura fluvial del oeste. Después de mirar todo alrededor empezó a arreglarse las plumas con el pico. No volvió a levantar la cabeza hasta que estuvo lista. Primero se atildó las plumas del pecho. Después, en este orden, las del revés de las alas, la panza y los flancos. Una vez hecho esto, se picoteó los pies con violencia, a veces alzando uno para acertar mejor, y se limpió y afiló el pico contra la corteza del árbol.

Cumplió en dormir hasta la una y luego se alejó volando velozmente en dirección norte.

29 de noviembre

Al mediodía un peregrino vino volando de tierra adentro; yo estaba sobre el rompeolas, cerca de los saladares, y me pasó muy cerca. Más allá del muro subió, planeó y se lanzó muy abajo para remontar con una salvaje curva en U. Después de hacerlo tres veces se alejó por donde había venido. Pensé que estaba tratando de levantar presas de la costa, pero cuando llegué adonde había apuntado no encontré nada. Puede que estuviera afinando la puntería con un poste o una piedra, pero no entiendo por qué allí en particular de una forma tan deliberada.

Seguí camino hacia el este. Había sol pero soplaba un viento frío; buen día para el planeo de un peregrino.

A las tres horas volví a los saladares y al pie del rompeolas, cerca de la marca de alta marea, encontré los restos de un gran

somormujo lavanco. Había sido un ave muy pesada, tal vez de un kilo trescientos, y el cazador debía de haberle caído encima desde una altura considerable. Ahora pesaba menos de medio kilo. El esternón y las costillas estaban lisos. También se habían limpiado al máximo las vértebras y el largo cuello. Cabeza, alas y estómago habían quedado intactos. Los órganos expuestos, todavía calientes, exhalaban un leve vaho al aire glacial. Aunque aún tan frescos, tenían un olor acre y desagradable. Para el paladar humano el somormujo sabe a pescado hediondo.

A la puesta del sol, mientras cruzaba la marisma, dos peregrinos alzaron vuelo del techo de una cabaña. Lánguidos y repletos, no fueron muy lejos. Habían compartido el somormujo y ahora compartían el lugar de descanso.

30 de noviembre

Dos piezas al borde del río: un martín pescador y una agachadiza. La agachadiza estaba medio hundida en hierba anegada, críptica hasta en la muerte. El martín pescador destellaba en el barro de la orilla como un ojo brillante. Estaba en jirones de sangre, manchado del rojo sangre de las patas chaparras, rígidas y rojas como barras de lacre, frías en el chapoteo de las ondas del río. Parecía una estrella muerta cuya luz verde y turquesa sigue parpadeando a través de largos años luz.

A la tarde crucé el campo que baja del Bosque Norte y vi plumas flotando al viento. Pecho arriba sobre un montón de suaves plumas blancas yacía el cuerpo de una paloma torcaz. El cazador había comido la cabeza. Había arrancado la carne del cuello, el esternón, las costillas y la pelvis, y hasta de las cinturas escapulares y las articulaciones carpianas de las alas. Se alimenta bien este halcón macho. Era una carnicería realizada con primor. El cadáver pesaba menos de ciento cincuenta gramos, tan bien la habían despojado de una libra de carne. Los huesos aún estaban patinados de rojo, la sangre húmeda.

Me encontré agachado sobre la víctima como un halcón desplegando las alas para proteger la presa. Eché un rápido vistazo alrededor, alerta a la cercanía de cabezas humanas. Como en un ritual primitivo, sin tener conciencia, estaba imitando los movimientos de un halcón; el cazador volviéndose lo que caza.

Escruté el bosque. Agazapado en una guarida de sombra, el peregrino me observaba, agarrado al cuello de una rama muerta. Vivimos, en estos días a la intemperie, la misma vida de miedo extático. Huimos de los hombres. Odiamos esos brazos que se levantan de golpe, la loca agitación de sus gestos, el tijereteo errático de sus pasos, su tambaleo sin rumbo, la blancura pétrea de sus rostros.

1 de diciembre

El peregrino estuvo volando alto, inadvertido en el cénit azul del cielo vaporoso, y trazó una curva hacia el este por encima de ascendentes bucles de gaviotas. Al cabo de media hora de solaz y deriva en el frío viento sudeste, bajó al arroyo con una potencia tremenda e hizo añicos una estrella de pájaros. El viento se llevó el silbido de caracola de una agachadiza y el primer estrépito de palomas torcaces se apaciguó en un largo suspiro de alas en partida. Cuando llegué al puente los mirlos seguían regañando pero el cielo estaba vacío. Al sur todos los árboles —nítidos al bajo resplandor del sol— estaban repletos de palomas arracimadas como frutos negros.

Al cabo de veinte minutos de una tensión en lento descenso y paz intranquila, las palomas empezaron a volver a los campos. Gaviotas y chorlitos se pusieron a seguir de nuevo el arado. Muy alto unas avefrías migraban hacia el noroeste, serenas y despreocupadas. Entre los dos bosques y entre los bosques y los campos arados volaban palomas torcaces. No se quedaban un momento quietas y las alas blancas relampagueaban al sol, tentación y reto para el peregrino vigilante.

Yo oteaba el cielo sin cesar buscando los círculos de un halcón, escudriñaba cada árbol y cada mata, recorría todos los cuadrantes de un cielo al parecer vacío. Es así como el halcón encuentra la presa y elude a los enemigos, y solo así es como uno puede esperar descubrirlo y compartir su caza. Los prismáticos y una vigilancia de halcón reducen la desventaja de la miope visión humana.

Al fin, una más de esas que parecían palomas y hasta entonces se habían demostrado palomas fue de repente el peregrino. Voló por encima del Bosque Sur y, en círculos en el aire cálido, se elevó de los espacios abiertos abrigados por árboles. Tajante y dorado en la

luz del sol, nadó aire arriba con las alas ondulando, musculosas, como destellantes aletas de pez. En la superficie derivó, diminuta escama de plata en el azul bruñido. Las alas se envararon y echaron atrás, y se deslizó hacia el este, lento corte de hoja oscura en hielo azul. Al descender por la luz fue cambiando de color como una hoja de otoño; pasaba del oro encendido al amarillo pálido, del tostado al marrón, y de pronto se fundió en negro contra el horizonte.

A medida que bajaba el sol, al sur se avivaban rescoldos de fuego blanco. Muy arriba volaban dos grajillas. Una se zambulló, entró en barrena, en tonel, completó un loop y cayó a tierra como si le hubiesen acertado un tiro, hecha una bolsa de huesos y plumas. Estaba jugando a hacerse la muerta. A treinta centímetros del suelo extendió las alas y se posó blandamente con una indiferencia soberbia.

Siguiendo a los chorlitos inquietos, crucé el arroyo y encontré a la hembra del peregrino en un seto, al oeste. Empecé a acecharla pero se movía por el seto de arbusto en arbusto, manteniéndose contra el sol de modo de verme con claridad mientras a mí la luz me ofuscaba. Donde el seto se terminaba voló a un árbol de la orilla. Parecía soñolienta, aletargada, y no movía mucho la cabeza. Tenía los ojos como cerámica esmaltada. Me miraban fijo. Yo me giré un momento. Al instante voló. Me volví enseguida pero se había ido. Los halcones son remisos a volar cuando los están mirando. Esperan a que el raro cautiverio de los ojos se rompa.

Al este había gaviotas en vuelo lento, las alas transparentes en la luminosidad. A las tres de la tarde el halcón hembra las sobrevoló y empezó a dar vueltas. En el estuario había subido la marea. Pronto las zancudas iban a arremolinarse sobre arroyos y saladares, subiendo y bajando con un pulso de sangre encarcelada en un corazón. Yo sabía que el peregrino iba a verlos, que vería a los miles de gaviotas en movimiento hacia el desborde del agua, y pensé que las seguiría hacia el este. Sin esperar más, pedaleé lo más rápido posible unos diez kilómetros, hasta una colinita que domina el estuario. Dos veces paré a otear, buscando a la hembra, y la encontré trazando círculos sobre el bosque de la cresta, en deriva hacia el este como había esperado. Cuando llegué arriba de la colina ella ya había pasado y bajado.

En la pequeña lente de luz que el telescopio extraía de los cinco

kilómetros de aire iluminado que mediaban, vi cómo el agua reluciente del estuario se oscurecía, hirviente de aves, y cómo el garfio del halcón se elevaba y lanzaba en largas caídas almenadas. Luego el agua oscurecida recobró el brillo y todo se aquietó.

2 de diciembre

La marea estaba baja. El barro brillaba como arena húmeda y en las lagunas azules resplandecían playas de guijarros. Los colores alardeaban al sol. En un campo oscuro un árbol muerto reflejaba la luz como un hueso de marfil. Los árboles desnudos se erguían como titilantes nervaduras de hojas marchitas.

Un peregrino sobrevoló el estuario y el cielo se colmó de alas de zancudas. Se lanzó entre una declinante oscuridad de chorlitos, la atravesó de arriba abajo como un rayo, cuando los pájaros subían remontó en una curva para subir tras ellos y con una fuerza jadeante golpeó a uno en el pecho. El pájaro cayó al lado del rompeolas, informe como si se le hubiera desinflado el cuerpo. El peregrino descendió hasta el zarapito muerto y lo lanceó con el pico.

3 de diciembre

Todo el día pendieron nubes sobre las marismas; una llovizna constante derivaba del mar. Los caminos y el pie del rompeolas estaban cubiertos de un barro profundo; barro ocre, espeso, como pintura; barro glutinoso que la marisma supuraba como si le brotaran hongos; barro pulpo que chapoteaba y se asía y chupaba hasta pegarse; barro resbaladizo y traicionero como aceite; barro estancado; barro maligno; barro en la ropa, en el pelo, en los ojos; barro hasta la médula. En el invierno de la costa oriental, por encima o debajo de la línea de la marea, el hombre camina en el agua o el barro; no hay suelo seco. El barro es un elemento más. Uno llega a quererlo, a ser como un ave de vado, feliz solo en los bordes del mundo donde tierra y agua se encuentran, donde no hay sombra ni lugar donde esconder el miedo.

En la desembocadura del estuario tierra y agua se pierden juntas y el ojo no ve más que agua y tierra flotando sobre el agua. Los horizontes grises y blancos están amarrados como balsas. Se adentran en la penumbra y dejan el aguatierra solo al oído, al

sonido del silbón, el berreo del zarapito real y la llamada de las gaviotas.

Había un halcón al norte, en giro sobre tierra más alta, yéndose para su percha. Pero estaba tan lejos que no me moví de la bajante. Al atardecer miles de gaviotas dejaron la tierra por la limpieza y la seguridad del mar.

5 de diciembre

El sol encendía el coral de los setos helados, blanco como hueso, de un resplandor frío y hosco. En el valle silencioso no se movió nada hasta que la escarcha empezó a fundirse al sol, y evaporarse, y los árboles a gotear, en una cueva de bruma que las primeras voces de las granjas venían a poblar de ecos y vaguedades. El peregrino voló de una parva de heno en donde había estado descansando, al borde del camino, y bajó al río.

Media hora después lo encontré cerca del puente, posado en un cable alto. Voló a lo largo de una acequia, cepillando con las alas la escarcha de los juncos. Torció, dio un giro y se suspendió por encima de una gallineta. Patinando por el hielo la gallineta se escabulló entre los juncos y no pudo agarrarla. Catorce cercetas y unas cien gaviotas alzaron vuelo de una franja de agua sin congelar. En los campos helados había una cantidad de agachadizas mansas, hambrientas, llamando tenuemente a media voz.

A la una el peregrino se fue hacia el este, volando con alas fuertes, decididas, por sobre los acantilados de niebla.

8 de diciembre

Doradas hojas de sol caían lentamente por la niebla matinal. Los campos brillaban de humedad bajo un cielo azul. De un olmo cercano al río el halcón macho despegó a la luz neblinosa, llamando con un sonido alto, ronco, empañado: un *kiirk, kiirk, kiirk, kiirk, kiirk* filoso y bárbaro.

Se elevó sobre el rastrojo del norte manteniendo el sol a la cola, avanzando a ala batiente, remontando con planeos flotantes. Tenía las alas tensas de esa inquietud que indica que ha avistado una presa. En el rastrojo las palomas torcaces pararon de comer y levantaron la cabeza. Sesenta metros arriba de ellas el halcón trazaba círculos lentos, hasta que de repente se dobló y entró en

picado. Perforó el aire y subió otra vez como un columpio, y debajo de él las palomas volaron enloquecidas. Con un sinuoso tirabuzón de las alas volvió a precipitarse y penetró en la suave, gris turba despavorida.

Alrededor se alzaron aves de todos los campos. Pareció que terrenos enteros buscaban el cielo. En algún punto de este revuelo el halcón se perdió inexplicablemente. Cuando menguó el alboroto, no había halcón a la vista en kilómetros a la redonda. Esto sucede muy a menudo: el sigiloso acercamiento de alas dúctiles, el ataque súbito, luego la partida oculta tras una humeante, borrosa pantalla de aves.

Llegué al estuario con la marea alta. Miles de correlimos relucientes se zambullían en el agua siseando. Barnaclas carinegras y silbones flotaban en las bahías desbordantes. Los cazadores se habían ido. A través de flashes de bronce y los ecos del atardecer temprano, los silbones no se hartaban de chiflar y un solitario colimbo chico elevaba su queja melancólica.

El peregrino no volvió al estruendoso, rotatorio tumulto del estuario. Había matado a la mañana y sabiamente se quedó tierra adentro.

10 de diciembre

Luz negra, viento brutal, hinchazón de nubes, rachas de aguanieve. Al norte del río, las agachadizas se acurrucaban en un prado inundado como monjecitos pardos pescando. En cuclillas como estaban sobre las patas verdes, yo les veía las cabezas de escarabajo y los amables ojos castaños. No comían; sostenían los largos picos sobre el agua barrosa, nada más, como si estuvieran saboreando la fragancia.

Cincuenta echaron a volar cuando me acerqué. Para la agachadiza no existe el titubeo ni un despabilarse lento; solo el repentino, convulso salto desde el barro cuando le suena la alarma en los nervios. Despegaron con un tremendo ruido nasal: un estornudo de agachadiza, no una exhalación. Se mantuvieron juntas, sin bandearse, agrupadas en vuelo alto y veloz como estorninos. Eso quería decir que había un halcón rondando.

Después de mucho buscar encontré al halcón macho en un poste de los campos. Parecía soñoliento, amodorrado. No entró en alerta

hasta la tarde, cuando empezaba a bajar la luz y una niebla de atardecer arrugaba los árboles distantes. Dio unos giros sobre el prado donde estaban las agachadizas. Ninguna echó a volar hasta que lo vieron lanzarse. Entonces surgieron todas del barro, entre crepitaciones y tableteos de petardos mojados. A la última en despegar la persiguió el halcón. Subieron juntos rasgando el cielo, bajaron hacia los campos, entraron y salieron de los sauces. El halcón repetía cada giro y cada desvío de la agachadiza, manteniendo la distancia pero sin adelantarse. Paró la persecución muy de repente y se lanzó hacia los cientos de zorzales reales arremolinados sobre el río de una manera azarosa y disgregada. Aún volaba como una agachadiza, rebotando como un resorte, y si bien desparramó a los zorzales no los atacó.

Después de diez minutos de descanso en un poste, voló con firmeza contra el viento, a muy baja altura y semioculto en la creciente oscuridad de los campos en brumas. La cabeza y la cola no se veían. Era como una mantarraya en el fondo del mar. Las gaviotas volaban hacia el sur rumbo a sus perchas. Venían en bandadas rápidas de treinta o cuarenta y no quisieron pasar directamente por arriba de mí. De solo verme se dispersaron a derecha e izquierda como palomas torcaces. Nunca las había visto hacer eso. Los repetidos ataques, a la mañana y al anochecer, las habían alterado mucho y vuelto desconfiadas del peligro de abajo.

Seguí al peregrino hacia el este. Arriba había chapurreo y trinos de zorzales en vuelo a sus perchas de la ribera. De un arroyito ahuyenté un andarríos grande. Se empinó en el ocaso, llamando, entre curvas y serpenteos de agachadiza medio borracha. Silbaba un loco

tu-luu-uit

indescriptiblemente triunfal y abandonado. El peregrino se lanzó no bien el andarríos se hubo alzado pero le erró por un metro. Debía de haber estado siguiéndome para que le echara al aire una presa. Todos los ataques que lanzó hoy fueron lentos e imprecisos. Tal vez, más que tener hambre de veras, estuviera forzado por la costumbre a practicar el rito de la caza y la muerte.

Después de la puesta se despejó el cielo. Muy a lo lejos, arriba, hubo un ruido como fósforo raspado. Cantidad de grajas y grajillas volaban lenta, apaciblemente hacia el oeste, graznando, muy alto en

el frío azul del anochecer, minúsculas como las primeras estrellas.

12 de diciembre

Nubes altas llenaron poco a poco el cielo, la mañana se tiñó de blanco y el sol quedó escondido. Empezó a soplar un viento frío del norte. La luz del horizonte se hizo clara y vigorosa.

Al costado del camino, entre dos granjas, encontré los restos de una gaviota argéntea, mitad en el borde de hierba, mitad en el polvo y el ripio. El peregrino la había matado de noche, o en la medialuz de la madrugada, antes de que hubiera tráfico, la gaviota le había pesado mucho como para llevarla a un lugar más seguro. Desde entonces la habían aplastado los coches. Había sangre húmeda aún en la carne trizada y el cuello abierto boqueaba donde había estado la cabeza. A los halcones, estos pedregosos caminitos de campo deben de parecerles playas de grava; las carreteras más lisas deben de relucir como costuras de granito en el páramo de una marisma. Todos los artefactos monstruosos del hombre son para ellos cosas naturales, sin mancha. Todo lo que está quieto está muerto. Todo lo que se mueve, y para, y no vuelve a moverse, muere después poco a poco. Para el halcón el movimiento es como el color; arde frente al ojo como llama carmesí.

Encontré la gaviota a las diez y al peregrino un cuarto de hora después. Como esperaba, luego de comerse un ave tan grande no había ido muy lejos. Húmedo y de aspecto abatido, con las plumas mustias y desaliñadas, estaba como desplomado en un árbol junto a la lagunita que el camino vadea. La cola le colgaba detrás como un paraguas empapado. La laguna es pequeña y baja y contiene los usuales detritos humanos: ruedas de cochecito infantil, triciclos, vidrio roto, coles podridas y frascos de detergente cubiertos de un fino kétchup de cloaca. Es agua estancada y grasienta, pero el halcón puede haberse bañado allí. Aunque por lo normal prefiere agua más profunda y de mayor calidad —y es capaz de volar largas distancias para encontrarla— a veces parece elegir adrede la sucia de sumidero.

En el campo grande del sur había tres tractores arando. Uno de ellos pasaba de ida y vuelta a pocos metros del halcón sin perturbarlo para nada. Los halcones se posan cerca de donde hay tractores trabajando porque en esos campos los pájaros se mueven

de continuo. Siempre hay algo que mirar, o algo que matar si el halcón tiene hambre. Han aprendido que mientras el tractor está en marcha la temida forma del hombre es inofensiva. No temen a las máquinas porque son mucho más previsibles que los hombres. No bien el tractor se detiene el halcón se pone alerta. Cuando el conductor se aleja, el halcón se muda a una percha más distante. Esto pasó en el campo de al lado de la laguna media hora después de que yo llegara. El halcón voló despacio al sudeste, batiendo las alas como remos pesados, difíciles de manejar, y se deslizó a descansar en la copa de un olmo al borde del camino. No me vio avanzar hasta que estuve casi debajo del árbol. Entonces, boquiabierto, dio un respingo y voló de nuevo hacia la laguna. Aún se movía con lentitud y precaución, como temeroso de derramar algo, planeando con las alas medio curvadas, flácidas, innobles. Ese vuelo lastrado de agua se parecía al del cuervo: las puntas de las alas culminaban una remada profunda dando al aire un toque leve, instantáneo.

Lo encontré acurrucado en un roble, en las ramas que cuelgan sobre el camino, entre la laguna y el vado. Cuando pasé por abajo no se movió. Con los ojos cerrados, y las plumas no del todo secas revueltas por el viento, estaba tieso como un leño, con un aspecto sórdido y comatoso de cadáver ya bastante apolillado. Hice palmas y voló al bosquecito de la laguna. Echado de ahí, volvió al roble. Esta maniobra fue repetida tres veces. Después lo dejé descansar en el roble mientras yo observaba desde el borde del monte. Durmió una hora más y a la una se despertó para arreglarse y mirar en torno. A medida que las plumas se iban secando los colores ganaban vivacidad. Rayas muy apretadas de pardo claro y marrón cruzaban la cola; la espalda, el manto y los omóplatos eran de un castaño amarillento, moteado y con rayas laterales de un siena quemado brillante. Eran rayas angostas y unidas y toda la superficie tenía una luminosidad de oro rojizo. La coronilla era dorada clara con leves pecas marrones. Las puntas de las alas plegadas llegaban un poco más allá de la cola; excepcionalmente largas incluso para un peregrino macho.

A la una y media dejó el árbol pero enseguida un cuervo lo forzó a regresar. Mientras volaba llamó muy fuerte: un chillido presuntuoso. Después de posarse llamó de nuevo: un grito más

hondo, más desafiante. A las dos se puso inquieto; cabeceaba y movía los pies. Le costó varios minutos darse ánimo, pero cuando al fin despegó fue en un vuelo veloz y decidido. Con un balanceo abierto se elevó en arco hasta empinarse por encima del Bosque Norte golpeando el aire con las alas elegantes; antes apenas lo había acariciado. Las grajillas, que se habían pasado el día jugando y comiendo en los pastos del borde del arroyo, volaron despavoridas, subieron muy alto y se apresuraron a dispersarse.

Llovió una hora pero me quedé esperando junto al montecito. A las tres el peregrino volvió en vuelo raudo, salvaje, a favor de un frío viento del norte, desatando un revuelo de gaviotas y avefrías. Un avefría quedó aislada del resto y el esbelto peregrino castaño se lanzó detrás, casi tan por el suelo como una liebre en carrera. Las dos aves parecieron anudarse; luego se balancearon más separadas. El avefría giraba sobre sí misma, pero el halcón dio una vuelta más grande y volvió a cargar con un aleteo frenético. De pronto se cortó la cuerda. El halcón se disparó al cielo; el avefría se tambaleó hacia adelante. El halcón se inclinó de lado y se precipitó a través del aire como por un agujero. Luego nada. Nada de nada. Comoquiera que fuese, se había terminado. No había sino silencio y el silbido del viento. Daba la impresión de que el tortuoso enredo del cazador y la víctima se demorase en el aire sombrío.

Al subir por el camino desde el vado distinguí un aleteo entre la copa grisácea de un fresno podado. Estaba a dos metros cuando el peregrino echó a volar, con un redoble de alas en un esfuerzo furioso por zafarse. Por un segundo estuvo muy cerca y vi los satinados dorsos de las alas y la gruesa colcha de plumas moteada de crema y castaño. Se fue hacia el sur a través de los campos dando bandazos y virajes sin concierto. Entre las patas colgantes llevaba algo que ondeaba como un papel. Con los binoculares descubrí que era el avefría muerta; agarrada con los pies de modo que yacía cola abajo, pecho arriba y cabeza en punta, las alas caídas a los lados mostrando los dorsos blanquinegros. Pese a los trescientos gramos de la carga volaba con soltura, pero le molestaba la fuerza del viento. Las ráfagas lo hacían encorvarse un poco y las alas asestaban punzadas cortas y seguidas. Aterrizó en un árbol cerca del camino de ripio. Cuando cinco minutos más tarde lo interrumpí, el avefría era más pequeña y fácil de transportar. Voló

hasta otro fresno y ahí dejé que terminara de comer. Al lado, en el campo, tres tractores seguían arando.

Al crepúsculo surgieron diez zarapitos reales y volaron al este llamando a voz en cuello. Los tractores volvieron a la granja y las últimas gaviotas se fueron hacia el sur. El peregrino trazó un círculo muy alto y con un parpadeo se desvaneció en la oscuridad del bosque. En el valle vacío de halcón florecieron las suaves voces de las lechuzas recién despiertas.

15 de diciembre

El cálido ventarrón del oeste rugía a través de la llanura del río, se encrespaba, estrellaba y deshacía en espuma etérea contra el rompeolas negro de la ladera boscosa. El horizonte inhóspito, linde del viento, estaba sereno y callado. Esa calma transparente retrocedía delante de mí, espejismo de olmos, robles y cedros, granjas y casas, iglesias y torres de electricidad tejidas de plata como espadas.

A las once el peregrino macho voló abruptamente por encima del río, arqueando las alas y encogiéndolas en la borrasca, oscuro contra las raudas nubes grises. A los peregrinos salvajes les encanta el viento, como a las nutrias les encanta el agua. Es su elemento. Solo viven de verdad dentro de él. Todos los peregrinos que he visto volaban más distancia, más tiempo y a más altura en una borrasca que en cualquier otro momento. Solo las evitan cuando quieren bañarse o dormir. El halcón planeaba a sesenta metros, alas y cola en el aire inflamado, y giraba viento abajo con un largo barrido. Pronto los círculos se estiraron hacia el este, hechos elipses por la fuerza del vendaval. Abajo se alzaron cientos de pájaros. Lo más emocionante de un halcón es cómo puede crear vida de la tierra quieta conjurando bandadas enteras. A medida que el halcón lo sobrevolaba, del gran campo que se extiende entre la carretera y el arroyo surgió una multitud de gaviotas, palomas torcaces y avefrías. Tan apretadas se alzaron las gaviotas que fue como si una sábana de agua blanca tapase la granja. Oscuro entre las gaviotas blancas el halcón descargó su filo, dispersándolas como agua que estalla en espuma. Al bajar los prismáticos me di cuenta de que también los pájaros que me rodeaban habían estado atentos al halcón. En los árboles y arbustos había muchos gorriones, estorninos pintos, mirlos

y zorzales que miraban al este y no paraban de parlotear y reñir. Y por todas las sendas, mientras apuraba el paso hacia el este, los setos estaban revestidos de pajaritos acurrucados que trinaban su prevención al cielo vacío.

Mientras dejaba atrás la granja, una bandada de chorlitos dorados se alzó como el humo de un cañón. En una sola corriente volaron bajo y como una sola ala dorada empezaron a subir. Cuando llegué al camino del vado, los árboles de la laguna estaban llenos de palomas torcaces. Ninguna se movió mientras pasaba, pero del último árbol de la hilera el peregrino alzó vuelo con el viento y se puso a circular en el este. De inmediato las palomas dejaron los árboles, donde habían estado relativamente a salvo, para mudarse al Bosque Norte. Pasaron por debajo del peregrino. De haberlo deseado, él habría podido atacarlas. Las palomas torcaces son muy rápidas y precavidas, pero, como las cercetas, a veces tienen una debilidad fatal por volar hacia el peligro en vez de huirle.

En largos arcos y tangentes poco a poco el halcón fue ascendiendo. Desde ciento cincuenta metros arriba del arroyo, sin preaviso, de repente se arrojó. Fue una calada sin más, vertical, con las alas abiertas. Con el cuerpo disparado como una flecha por el arco tenso de las alas, parecía dividido en dos. Había un ímpetu impío en esa caída, como si lo hubieran tirado del cielo. Después costaría creer que eso había pasado de veras. Los mejores picados suelen ser así, y a menudo fallan. Segundos después el halcón subió del arroyo, reanudó los círculos y se fue desplazando hacia el este, muy alto sobre los bosques oscuros y los huertos, hasta perderse de vista. Recorrí los campos pero no encontré ninguna presa. El miedo al halcón, más fuerte que otros, había domesticado a palomas torcaces y agachadizas. Cuando me acerqué no escaparon. En la hierba se apretaban perdices acurrucadas.

Empezó a llover y el peregrino regresó al arroyo. Bajó volando de un olmo cercano al puente y lo perdí enseguida en el brillo rumoroso de la lluvia y la húmeda vibración del viento. Se lo veía flaco, aplicado y muy enardecido. Cuando dejó de llover el rugido del viento creció hasta el furor. Como era difícil aguantar a la intemperie, me mantuve al abrigo de los árboles. A las dos y media el peregrino se propulsó al cielo oriental. Trepó en vertical, como

un salmón saltando en las grandes olas de aire que rompían contra los riscos del Bosque Sur. Se zambulló en el seno de una ola, y adentro se irguió para impulsarse al aire otra vez con las alas estiradas y exultantes. A ciento cincuenta metros se quedó quieto, suspendido, la cola cerrada, las alas tan hacia atrás que casi tocaban la punta de la cola. Pronto ya volaba tendido a la velocidad del viento. Se mecía, bandeaba y estremecía, capturado por el estruendoso mar de aire, con un aleteo de lona mojada. De repente, con un salto en curva hacia la vertical, se zambulló cara al norte, blandió muy alto las alas, se encogió y cayó.

Cayó tan rápido, disparado con tal furia del cielo al bosque oscuro, que la silueta negra se desdibujó en aire gris envuelta en una nube de velocidad. Cayó arrastrando el aire. Era el final. Era la muerte. No hubo nada más. No podía haber algo más. El crepúsculo llegó temprano. A través de lo casi oscuro las palomas temerosas volaron silenciosamente a posarse en el bosque, arriba de las plumas ensangrentadas.

17 de diciembre

El sol despuntó deslumbrando; el sur era un resplandor polar. Soplaba un frío viento del norte. La escarcha de la noche, no derretida, blanqueaba la hierba como una sal quebradiza.

El halcón, la hembra de peregrino, probó volar contra el viento y se cernió sobre la blancura de los campos quietos. Faltaba al menos una hora para que el aire se calentara lo suficiente para planear; hasta entonces no hacía sino pasar el tiempo en un merodeo fortuito. Se mudaba ociosamente de un árbol a otro. Uno casi siente el tedio de un halcón que se ha bañado y atildado y no tiene hambre ni sueño. Parece rondar por ahí, buscando camorra, solo por hacer algo.

Era una mañana rara y un poco espectral, purísima y nueva. Había una gran calma en los campos helados. El calor del sol no prendía. Donde la escarcha se había fundido, los pastos secos olían a heno. Los chorlos dorados estaban juntos, llamando en voz baja. Cantaba un escribano triguero. El viento crispaba la blanqueada rejilla de los setos y atizaba las espinas buscando brechas. Una becada común chasqueó al subir de la oscuridad de una zanja a los aguijones de la luz. Voló al norte, con aletazos primero profundos,

cortantes, luego más cortos y sueltos. El halcón le fue atrás de un modo ociosamente desinteresado. Como no volvió, yo bajé al río.

Al mediodía la vi alzarse de los sauces y subir a flote en el viento, planeando un poco o moviendo las puntas de las alas en circulitos cortos de remo. Era un temblor rápido, una mera vibración con el viento. El calor creciente del sol le había dicho que iba a poder planear. Estuvo tanteando delicadamente cómo impulsarse hasta que encontró el primer soplo de tibieza. Planeó muy despacio sobre el roble muerto; después abrió las alas y la cola y se volvió a favor del viento. En grandes arcos fue derivando hacia el sur treinta metros por encima de mí. Escrutó los campos de abajo girando flexiblemente la cabeza larga, poderosa, como de perca ganchuda que clava la vista entre juncos. Las bigoteras marrón profundo colgaban a los lados del pico con un brillo de cuero lustrado. Los grandes ojos oscuros y las franjas blancas de piel de adelante destellaban en blanco y negro como pedernal mojado. Los reflejos del sol daban a los colores del halcón un relieve abundante: cobre y óxido de hojas de haya secas, marrón brillante de tierra mojada. Era una hembra grande y de alas anchas, inconfundiblemente un halcón, que desplegaba las largas alas como un gavilán para montarse en el vaho cálido de la escarcha fundida y el vapor de los campos al sol. Casi alcanzaba a oír el susurro del aire hendido por ese planeo firme y musculoso.

Rápidamente viró al sur y empezó a trazar círculos más angostos. Temí perderla en el resplandor del sol pero se alzó por encima. Ahora había acelerado; entre planeos cortos batía las alas y cambiaba de dirección sin concierto. A veces giraba alternadamente a derecha e izquierda; a veces trazaba círculos en el sentido del reloj. Cuando la dirección de los círculos variaba, miraba atentamente hacia dentro o abajo; cuando persistía en una dirección miraba hacia fuera o adelante. Se ladeaba en curvas muy inclinadas. De los techos de las granjas cada vez se alzaba más aire cálido. Impeliéndose con las alas como si bombeara, y planeando pecho arriba en ángulos cerrados, la hembra de peregrino logró trepar a trescientos metros y derivó hacia el sudeste. Entonces suspendió los círculos. Estuvo flotando en la superficie blanca del cielo. A mitad de camino de los bosques retomó los círculos y así sumó otros ciento cincuenta metros de altura, hasta quedar casi oculta en la

neblina y la distancia. De pronto planeó hacia el norte, cortando a gran rapidez, de vez en cuando con ráfagas de aletazos. En un barrido descendente del Bosque Sur hacia el río, recorrió un kilómetro y medio en mucho menos de un minuto, siguiendo la línea del arroyo hasta perforar el horizonte en una bocanada de gaviotas blancas. Durante todo este largo vuelo, arriba de casi cinco kilómetros de valle, se elevó a tal altura y con tal rapidez que pese a la distancia la perspectiva no llegó a emparejarla a la tierra. Nunca dejé de verla contra el cielo. Para rastrearle los movimientos tenía que bajar continuamente los binoculares entre treinta y cuarenta grados y registrar los hitos del suelo. Era toda ella del sol, el viento y la pureza del aire.

Cuando llegué adonde había descendido los pájaros seguían inquietos. Las gaviotas revoloteaban en la linde del valle; las avefrías venían del este. Remoto como una estrella, el halcón planeó hacia el estuario, minúsculo tizón que ardió y fue consumiéndose en el fuego helado del cielo.

18 de diciembre

El aliento del silencioso viento del este había cubierto la hierba, los árboles y el borde inmóvil del agua de una escarcha que el sol no fundía. El sol brillaba en un cielo cobalto que se curvaba por un violeta claro hasta fríos horizontes blancos.

El embalse rielaba, quieto como hielo, solo ondulado por los patos. Diez serretas despegaron del agua en cristalinas fuentes de espuma y emprendieron un ascenso soberbio. Eran todos machos. Los largos picos rojos, las lisas cabezas verdes y los cuellos largos, afanosos, guiaban los proyectiles de los cuerpos bajo el flamear de las alas blanquinegras. Eran espléndidos patos imperiales, realeza de los largos dominios del cielo.

El duro silbido de los patos chillones no cesaba de resonar sobre el agua fija. Cuando no estaban volando, dejaban escapar por la nariz un sonido magro, ronco, una especie de

ang-üiic,

y sacudían tanto la cabeza mofletuda que los ojos festoneados de amarillo parpadeaban al sol locamente. Las fochas se amontonaban como bígaros en una fuente. La serreta chica, con su fantasmal blancura ártica que afloraba y se rizaba en finas venas negras, se

mecía como los témpanos o relumbraba como nieve al viento.

No vi un peregrino, aunque nunca había uno muy lejos. Encontré una gaviota reidora que había sido cazada a la mañana; todavía estaba húmeda y ensangrentada. Solo estaban intactas la cabeza, las alas y las patas. Todos los otros huesos habían sido cuidadosamente descarnados. Lo que quedaba tenía un olor fresco y dulce, como un picadillo de ternera cruda y piña. Era un olor sabroso, para nada rancio o de pescado. Si hubiera tenido hambre, yo me lo habría comido.

20 de diciembre

A la tarde se disipó la niebla y se fueron ensanchando ondas de sol. Una garza voló a un árbol de la orilla del arroyo. Llevaba las patas alargadas en una suerte de pedaleo lento, como un hombre que quiere bajar por el escotillón de un desván y sondea con los pies el vacío en busca de la escalerita. Tocó la ramita más alta, la rodeó con los dedos de araña y poco a poco se fue desinflando sobre los largos zancos hasta arrugarse a gachas como un parasol roto.

Iba por el borde del Bosque Sur cuando oí el llamado de unos mochuelos. El aire estaba en calma. En los campos donde se había fundido el hielo había pájaros comiendo. Zorzales comunes saltaban a ensartar las lombrices que asomaban. Hay algo muy frío en los zorzales, en esa atención al tapiz de los pastos, la cuchillada incesante, la fijeza del ojo ciego a lo que hace. Un mirlo de pico naranja me miraba con saltones ojos de croco, como un puritano chiflado con una banana en la boca. Entré en el bosque.

Las hojas muertas crujen de escarcha. Un murmullo de carboneros ceceosos que comen en las ramas desgasta el silencio. Se acercó un reyezuelo, chispazo verde en el bosque oscuro, con una tonsura de hoja de plata. Los ojazos brillantes escudriñan cuidadosamente las ramas antes de decidir adónde saltar. Picotea insectos con destreza sin quedarse un momento quieto. Cuando está cerca, los alfilerazos de hielo de su canto son de una vehemencia asombrosa, pero en cuanto se aleja se vuelven inaudibles. Surgido de pronto de unos helechos, un faisán se dispara entre las copas como si dentro de un tambor se hubiera soltado un elástico apretadísimo.

En los huecos del bosque la luz se refleja como en agua quieta.

Las ramas de los abedules son una niebla envolvente. Un pinzón cabecea y sacude la cola mientras canta su nasal

iitz-iit

de rallador. La parte inferior del cuerpo es anaranjada y blanca; un anaranjado reluciente de sol de ocaso en la corteza plateada de un abedul. Un saltarín grupo de pardillos ziserines desenvuelven su trino picante y áspero, se cuelgan cabeza abajo, hurgan a fondo los capullos de abeto y saltan a volar otra vez. Pasa un zorzal alirrojo fugaz entre los árboles. Con esas rayas pajizas, los ojos se vuelven rasgados. Las zonas rojas de las alas parecen manchas de sangre.

Como un aliento gris, de cada surco helado se alzan palomas torcaces, glotonas inocentes. Llegan pronto a posarse, arreboladas por la luz temprana de un oro que cuando bajan a los árboles se consume en púrpura. Ahora tienen el color de la linde malva de un cielo claro donde acaba de ponerse el sol. Los halcones siguen a las palomas como en un tiempo los pieles rojas seguían a las manadas de bisontes y los leones siguen a las cebras. Las palomas torcaces son el ganado de los halcones.

Por la línea del bosque vuelan ánades reales hacia el lago. Mirándolas por los binoculares, diviso por primera vez a una hembra de peregrino volando muy alto, en círculos, alternando aleteo y planeo hacia la luz decreciente. Se clava, y al pasar del brillo del día a la penumbra se dilata como una pupila. Tiene el tamaño de una alondra, después de un arrendajo, luego de un cuervo, ahora de un ánade. Cuando cae en medio, las ánades reales se desperdigan y trepan. Con una curva en panza ella vuelve a remontarse, sube con la inercia de la caída, se estrella contra un ánade y la revienta en plumas. Trabadas, las dos planean por encima del bosque y luego se dejan caer a un sendero. Las ánades vuelan hacia el lago bordeando el bosque. No ha cambiado nada, aunque hay una menos.

Muy arriba en la cuesta empinada de la colina unos zorzales reales vuelan a sus perchas. Casi ha oscurecido. Los altos pinos entrecanos están serenos como huesos. Se encumbran como torres contra la línea del cielo. Se diría que más allá debe de haber desfiladeros, niebla y nada más. Les cuelga silencio de las ramas. El aire sabe a metal frío. El halcón macho sube a los árboles planeando como una sombra. Llama una vez: un sonido final como el repique

de una reja que se cierra. Los ojos fulminantes atisban y se envainan en sueño. El halcón hincha las plumas; parece tierno e inofensivo. Lo único que no afloja son las patas acorazadas y las hoces de los pies; no las va a aflojar en toda su vida.

21 de diciembre

Entre el río y el arroyo una nube de palomas torcaces tapó los campos y cien ánades reales se alzaron entre remolinos de avefrías y gaviotas. En algún lugar del siseo de esa humareda había un intermitente llamado de zarapitos reales. El peregrino macho planeaba hacia el este por un cielo calmo y claro. Del sol descendía una bruma lenta.

Un liquen de palomas torcaces agrisaba los árboles del arroyo. Durante una hora ninguna voló; algunas permanecieron mucho más. Llenaban todos los árboles al norte y al sur, cubrían los setos, se apiñaban en los huertos de la ladera, y distorsionaban de gris los bosques de más arriba y hasta el filo del cielo. Únicamente un halcón muy letal podía haber desalojado a tres mil palomas torcaces de los campos con solo cernerse y tenerlas una hora aterradas de volar.

Esperé en el puente. Las aves callaban y no había viento. El sol brillaba en la niebla como una luna en llamas. Oculté mi propia quietud. Después de la una el cielo empezó a aclararse y se alzó un viento del norte. Las avefrías espumaron la cima del Bosque Sur y cruzaron los campos en vuelo bajo. Era hora de retomar la marcha. Subí la colina escrutando los árboles. Hacia la parte superior del Bosque Sur declina un pastizal y al otro lado hay un solo roble bajo. Una de las ramas más altas tenía un bulto antinatural. En los prismáticos el bulto se transformó en un peregrino que descansaba en forma de lechuza redonda, apabullante, acurrucada. Se había disipado la niebla. El viento impulsaba los primeros y leves penachos de nube. El halcón levantó la cabeza al cielo y a la fría, clara luz de la tarde. A esa hora de un día de invierno se ve bien cómo al oeste la luz empieza a descascararse y arder en un fulgor de mercurio. Hay un súbito sentimiento de que es demasiado tarde ya y estoy seguro de que el halcón lo comparte. Después de estirar muchas veces las alas y flexionar las patas, a las dos menos cuarto despegó del árbol con la cabeza ávida y amplios aletazos.

Arriba de las casas de las granjas encontró una zona cálida y empezó a ascender. Por veinte minutos lo observé andar de caza sobre las quebradas boscosas y la colina de atrás. Se desplazaba en una pauta compleja de círculos secantes y un hilado alterno a derecha e izquierda. Durante un tercio daba aletazos profundos y agudos con una suerte de rebote rítmico. Luego de un capirotazo elegante entró en una recta y planeó en redondo levantando poco a poco las alas tiesas. Al cierre del círculo las llevaba muy por encima del lomo y listas para batir de nuevo. El planeo fue más veloz que el aleteo. La vuelta entera, de una bella limpieza.

A doscientos cuarenta metros paró de trepar. Con los mismos movimientos regulares dividió cuidadosamente el valle en cuartos. Grajillas y palomas echaron a volar pero no había verdadero pánico. Detrás de mí los mirlos de un huerto se pasaron media hora regañando. Al sur del bosque, sobre un suelo inclinado que recibe el viento y donde el sol en ángulo bajo llega de plano, de repente el halcón cobró altura, prolongó los planeos y barrió en círculos más anchos. Derivó hacia el sur, a trescientos metros, recostándose despacio a favor del viento. Arriba de una zona verde encontró otra térmica y ascendió en espiral, menguando en una altura remota. Desde allí sobrevoló las tierras comunes en una suave pendiente hacia el horizonte. Luego se alzó abruptamente una vez más, hélice y parpadeo, hipnótico en estilo y ritmo, las largas alas incansables e infalibles. Rielando, en bobina, se empequeñeció sobre las agujas de la colina y estaba bajando al otro lado cuando de golpe se lo tragó la distancia. Dejó el cielo azul barroco de evanescentes curvas potentes, precisas, y de vuelo etéreo y vigoroso.

22 de diciembre

El día más corto: insulso, frío, con un súbito fogonazo de sol antes del anochecer. Había muertos junto al arroyo: un zarapito real, un avefría, una paloma torcaz, una grajilla y dos gaviotas reidoras. A la una el peregrino macho se lanzó una y otra vez contra las tímidas fintas de una gaviota. Bajó por la falda norte de la colina con una serie de jotas precipitadas, fallidas, y no volví a verlo.

Esperé en la ladera hasta mucho después del ocaso; pensaba en los peregrinos. Ahora pocos hibernan en Inglaterra; menos todavía anidan aquí. Hace diez años, incluso cinco, era muy diferente. Se

veían peregrinos casi todos los años: en las marismas del norte de Kent, de Cliffe a Sheppey; en el valle de Medway; sobre la cadena de lagos artificiales del valle de Colne y hasta la llanura estéril de Middlesex; a lo largo del Támesis desde Londres hasta Oxford y más allá; sobre las Downs de Berkshire y Wiltshire; por toda la escarpadura de Chiltern; sobre los altos Cotswolds y en las cañadas de los riachuelos de Cotswold; por las anchas planicies fluviales del Trent, el Nene y el Ouse; sobre los pantanos, las sequedades de Breckland y las riberas del Wash; a lo largo de la costa desde el Támesis hasta el Humber. Estos eran los lugares tradicionales de hibernación, recordados y revisitados por dinastías de peregrinos, abandonados hoy porque no hay descendientes, porque las antiguas aguileras están muriendo y el linaje ha desaparecido.

En dirección al oeste, a ciento veinte kilómetros de aquí, el terreno se eleva hacia el norte de Oxford y sigue subiendo. Poco a poco las colinas extienden sus largos horizontes y el suelo se vuelve caliza y cuelga como una congelada ola de verdor sobre la llanura de Severn. Lo inigualable de Cotswold es el aire y la piedra; es algo muy frío y muy puro. Me acuerdo de los peregrinos de esas colinas de invierno. Se posaban en los ondulantes muros de caliza que resplandecían cuando se ahondaba la oscuridad y seguían brillando cuando los campos ya llevaban mucho tiempo en sombras, como si muy adentro de su roca del color de la miel muriese lentamente el candil de un crepúsculo. Altos y heráldicos, los peregrinos miraban desde las hayas de las crestas y veían los horizontes quemados de hayas ciñendo el cielo invernal, ese cielo inmenso de Cotswold, donde vastas bandadas de chorlitos pululaban como restos de la curva voladora de la tierra. Cotswold es su lugar, apartado, remoto. Tiene su luz propia, y su frío, y su cielo y su monarquía de nubes. No voy a enredarme en palabras. Me acuerdo de que un día gélido como este bajé al valle de un río siguiendo a un peregrino. En las colinas hacía frío; soplaba sin cesar un viento sin rachas, una suave reverencia de hielo contra la cara. Pero cuando dejaba ir la bicicleta por la pendiente fui entrando en una frialdad que nunca habría podido imaginar. Parecía que se me estrellaban capas de hielo contra la cara escarchada. El aire olía a hierro, duro e implacable. Era como bajar por los fríos estratos verdes del mar. Aquellos días de invierno, los campos helados radiantes de halcones, los recuerdo

con afecto y nostalgia. Da tristeza que ya no deba ser así.

Los acantilados de creta del sur; el cielo como humo azul del sol; una fría borrasca del nordeste. Pero al abrigo de los acantilados el aire agobiaba como una lona caliente. El viento huía de la tierra para rugir por el mar y trizar las olas en espuma. El mar era un fresco, verde muro de agua veteado de esmeralda y viridio, con venas de esmalte cobalto, que a lo lejos se disolvía en una bruma de amatista y púrpura. Era todo espuma verde y color regio y un retumbo de olas blancas desplomándose en las piedras de la costa.

Me encaramé en peñascos de creta y rocas resbaladizas, tambaleé por franjas de arena firme, prístina, fresca, moldeada por las olas. Sobre los acantilados había un bullicio de grajillas y gaviotas argénteas. Por el frente del acantilado se deslizaba el nítido canto metálico de un bisbita. La marea se retiraba. El día estaba cada vez más caluroso y asfixiante; a sesenta metros de altura los sacudones de la borrasca atronaban el mar. Los acantilados blancos se abrasaban en reflejos enceguecedores del calor y la luz. Los ojos me ardían de tanto dar contra la blancura dolorosa de la caliza. A eso de las tres había abandonado toda esperanza de ver halcones. Entonces, del último bastión antes del gran amparo, un macho de peregrino manó hacia el mar, tan campante, y fluyó planeando viento abajo hasta que se lo tragó el esplendor de la bruma. Me acerqué al borde del acantilado. Desde un talud cercano al filo la hembra voló hacia el macho. Juntos se elevaron hasta desvanecerse en la distancia del cielo.

En los días siguientes los vi muchas veces. Tenían un nido en las rocas pero no huevos ni pichones. Se pasaban el día posados en el acantilado o planeando sobre el mar. La caza la hacían tierra adentro, muy temprano o muy tarde, y no les tomaba mucho tiempo. Parecían aburridos, estériles; no significaban nada.

Arriba eran del color del mar más azul; abajo, como el blanco manchado de la creta en sombras. Planeaban horas enteras en el aire turbulento, sobre los acantilados y los bajos, acaso esperando ahuyentar a intrusos de donde anidaban. Invisibles hasta para un telescopio que aumentara sesenta veces, incluso en el cielo estival más puro, derivaban ociosamente sobre las aguas relucientes del Canal. No tenían canto. El llamado era crudo y feo. Pero el planeo era como una silenciosa canción sin fin. ¿Qué más tenían que

hacer? Ahora eran halcones del mar; nada los ataba a la tierra. Un veneno vil ardía en ellos como una mecha de dinamita en un socavón. Su vida era muerte solitaria y no iba a renovarse. Lo único que podían hacer era llevar su gloria al cielo. Eran los últimos de su raza.

23 de diciembre

Claro día helado, de un brillo en lento desgaste hora a hora. Agachadizas chicas se alzan del quieto, helado borde de una laguna entre los altos penachos de las cañas. Llaman a media voz, serpentean a desgana, se elevan con un dudoso tartajeo de las alas, caen descuidadamente a cubierto como si no les dieran las fuerzas para volar más lejos. No puedo ahuyentarlas de nuevo. Las agachadizas despegan como una llamarada y desaparecen. Las agachadizas chicas arden despacio, titilan y se desvanecen despacio.

Un andarríos grande se encumbra del arroyo y aletea no muy arriba de mi cabeza; de alas rígidas, nervioso, errático como una libélula, el pecho muy blanco entre las alas negras. Del tamaño de un zorzal, enjuto y de aspecto frágil, chisporrotea como un petardo. Siempre vuela de esa forma mellada. No es que se apremie y finte por miedo; es un estilo natural.

El Bosque Norte está en calma. Miro comer a un agateador. El pico curvo tiene un aire tan cruel como el del peregrino: un talón afilado, una espina peligrosa. Trepa a lo alto de un árbol y se deja ir al pie de otro, cruzando el bosque de este a oeste, sin fallar nunca, sin dejar de examinar el mismo árbol dos veces. Solo si uno lo sigue largo rato toma conciencia de cuán sistemático es. Puede que deje de pasar por varios árboles, pero siempre volverá a cada uno. Se monta en la corteza, los grandes pies de araña bien separados, y se mueve hacia arriba con inquietos saltitos de rana, picando insectos en hendeduras que alumbra con el pecho brillante como cáscara de huevo. Tiene el pico diseñado para el sondeo fino pero también para cavar y martillar, y puede cazar insectos al vuelo. Caza por la vista y el oído, por un cuidadoso examen de la corteza o atendiendo a los ruidos con la cabeza inclinada. Cuando trepa quizás se afirme apretando la cola contra el árbol, pero no es un recurso invariable; a menudo entre cola y árbol hay un resquicio de tres o cuatro centímetros. Puede andar de lado, o cabeza abajo como un

trepador. Donde el árbol se ramifica titubea, y antes de decidirse escudriña una por una las superficies de todas las ramas. Del pico muy abierto le sale un llamado agudo y penetrante. Las partes de abajo son blancas, con algún matiz verde como una cebolla recién pelada. Las marcas de las alas plegadas parecen polillas deslucidas. Como una corteza de árbol, son una mezcla de gris, marrón y pardo, y al claroscuro de la fronda y las fisuras del bosque se vuelven estriadas. A la luz del sol cobra el brillo plateado de una musaraña. Como una musaraña, cuando ve pasar un halcón se esconde en la inmovilidad.

La luz se mueve a las lindes del bosque y a través de los campos atardecidos. Un cárabo llama desde los carpes del oscuro corazón del bosque. Es un gruñido vibrante; sostiene una pausa sensitiva, larga hasta lo casi insoportable; luego suelta la recua de burbujas de su trémulo canto hueco. El canto baja resonando hasta el arroyo y quiebra la superficie helada del aire. Miro la compleja luz del poniente. Una garza, negra contra el cielo amarillo, el cuello sinuoso y la daga del pico clavada en el aire, declina silenciosamente en el oscuro barranco del arroyo. El cielo se embebe del fin del crepúsculo.

Blandamente el peregrino planea por la penumbra y la acalla con las olas silenciosas. Explora las constelaciones de ojitos, ve el ojo planetario de la becada mirando hacia arriba desde la marisma, echa las alas atrás y se arroja hacia la luz. La becada se eleva, se retuerce bajo la hoja del halcón y se aleja temblando. Está abrumada, partida. Cae con un golpetazo convulso. El halcón aterriza sobre el ave flácida y le pinza el cuello con el pico. Oigo el chasquido del hueso, como de alambre de púas cortado con alicate. Da vuelta el ave. Las alas ondulan hasta que queda de espaldas. Oigo el desplumado, el tironeo que arranca, el crujido, el crac de cartílagos. Veo la sangre negra chorreando del lustre del pico. Salgo de la oscuridad del bosque a las sombras más pálidas de los árboles. El halcón oye y levanta la vista. La oscuridad le agranda los ojos orlados de blanco. Me acerco a gatas, las rodillas caladas por el suelo cenagoso. La fina capa de hielo rechina. Donde brilló el último sol ya se forma escarcha. El halcón tira de su presa; levanta la vista. Nos separan cuatro metros pero es mucho, una distancia tan infranqueable como una falla de medio kilómetro. Me arrastro

como un pájaro herido, empantanado, despatarrándome. Él gira la cabeza para mirarme con un ojo y otro. Silba una nutria. Algo chapotea en el frío, punzante fondo del arroyo. Ahora el halcón está erguido en el filo entre la curiosidad y el miedo. ¿Qué está pensando? ¿Está pensando, de hecho? Para él esto es nuevo. No sabe cómo llegué allí. Lentamente enmascaro la palidez de mi cara. Él no tiene miedo. Está mirando el destello blanco de mis ojos. No entiende ese centelleo en estacato. Si yo pudiera aquietarlos se quedaría. Pero no los puedo parar. Hay un suspiro de alas. Ha huido entre los árboles. La lechuza llama. Me levanto a mirar la becada común muerta. El hielo rojo refleja las estrellas.

24 de diciembre

Con el ventarrón del este el día se endureció como un cristal impecable. Columnas de luz de sol flotaban sobre la tierra. La continua claridad del día era sólida, resonante, fría y pura y remota como los rostros de los muertos.

Cerca del arroyo, sobre el rastrojo helado, yacía una garza. Tenía las alas pegadas al suelo con escarcha y las mandíbulas congeladas. Los ojos estaban abiertos y vivos; todo lo demás muerto. Todo muerto menos el miedo al hombre. Desde cerca vi que todo el cuerpo era un deseo de volar. Pero no podía. Le di paz, y vi como una nube curaba la agonizante luz de los ojos.

Ni el dolor ni la muerte son más terribles para una criatura salvaje que el miedo al hombre. Un colimbo chico, embadurnado de petróleo hasta lo obsceno, a flote en la marea como un leño e incapaz de mover más que la cabeza, se despegará del rompeolas empujándose con el pico si uno alarga la mano. Un cuervo envenenado, postrado en la hierba resollando de impotencia, babeando una espuma amarilla, se lanzará una y otra vez hacia la pared del aire si uno intenta atraparlo. Basta que un conejo hinchado y sucio de mixomatosis, apenas un latido espasmódico en una vejiga de piel y huesos, sienta los pasos de uno para que lo mire con los ojos tuberosos y ciegos; luego se arrastrará a un matorral, temblando de miedo.

Los asesinos somos nosotros. Hedemos a muerte. La llevamos encima. Se nos pega como escarcha. No nos la podemos arrancar.

Al mediodía el peregrino sobrevoló la colina y una rueda de

avefrías fluyó por el cielo. Habían llegado del sudeste en su migración matinal y el halcón había subido a encontrarlas. Se clavó. Una paloma torcaz cayó del cielo como muerta, desplegó las alas y con un ruido sordo aterrizó entre una erupción de tierra helada. Ahí se quedó diez minutos, mirando hacia arriba, picoabierta. Sobre la blancura del campo tenía un tinte púrpura y gris de repollo rojo.

Bajé al profundo barranco del bosque angosto. Fresnos y carpes filtraban el resplandor del sol. En las cuestas escabrosas muchos pájaros comían en todo lugar donde se hubiera fundido el hielo. Unas becadas comunes se despegaron de las zarzas del arroyo. Hubo un débil jadeo de alas. Una nubecita de penumbra surcó la luz barrada como la sombra de algo más alto. A treinta metros de mí en la espesura se lanzó a posarse en una rama de un roble. Era un gavilán. La dicha de un momento así puede paladearse toda la vida, aunque el color del recuerdo se irá apagando como el plumaje de un pájaro embalsamado en una jaula de cristal. Mirando por el telescopio me pareció estar asombrosamente cerca de la cabecita del halcón. En proporción, es una cabeza algo similar a la de las perdices o los pollos; redondeada en la coronilla, con las plumas alisadas formando una leve eminencia en la nuca. El pico ganchudo parecía metido en la cara a la fuerza. Las plumas grises y marrones tenían rayas y pecas beige; buenas para camuflarse contra una corteza o en los reverberos de un dosel de hojas soleadas. Después de aterrizar se agachó un poco hacia delante y miró alrededor estirando el cuello. Giraba la cabeza a los lados con sacudidas rápidas y agudas. Los ojos eran grandes en relación con la cabeza menuda y algo achatada. Tenían unas pupilas pequeñas rodeadas de anchos iris amarillos. Eran un vacío quemante, una demencia de veras aterradora de amarillo hiriente, iracundas como cráteres sulfurosos. En la luz tenue brillaban como gelatinas de sangre amarilla.

Esa locura fulminante se desvaneció. El halcón se aflojó y se puso a limpiarse. Luego se le encendieron de nuevo los ojos. Saltó muellemente de la percha y en un parpadeo puso rumbo al este. Subía y bajaba según el contorno del suelo, apenas por arriba de los carpes, en vuelo sinuoso entre los robles más altos. No planeaba. Aleteaba a fondo, rápida y muy silenciosamente, dando pinceladas al aire con las puntas abiertas de las primarias. Las palomas

torcaces que están comiendo bellotas o avellanas no ven al gavilán hasta que cae sobre ellas desde un árbol. Pelean, pero son criaturas matroniles, inermes, que no pueden medirse con los crueles espolones del halcón. Muerden el polvo y el pico voraz las ejecuta.

El gavilán acecha en las sombras; las auténticas sombras, las de antes del amanecer, la polvorienta telaraña de sombras de carpes y avellanos, la densa sombra tenebrosa de los abetos y los alerces. Se doblará en un árbol como si lo hubiesen tirado ahí; me recuerdan los palos que yo tiraba a los castaños para que cayeran los frutos. De repente un palo se incrustaba en una rama y se perdía, no había nada que hacerle. El gavilán puede ser así; uno lo ve volar pero no lo ve irse. Lo ha perdido.

Salí del bosque a las tres para encontrar al peregrino volando al oeste, en redondo sobre el arroyo. La espalda y las sobrealas parecían revestidas de duras escamas quitinosas. Destellaban entre las primarias azulnegras como una malla roja y dorada.

Cuando cae el sol la tierra exhala un aire frío. La claridad de la luz se intensifica hasta quemar los ojos. La linde sur del cielo vira a un azul más profundo, al violeta pálido, al púrpura y enflaquece en gris. Poco a poco amaina el viento y el aire quieto empieza a helar; tiene un viso de polvo en el pellejo de una uva. Por un momento el oeste relumbra. El largo ámbar frío que sigue a la puesta de sol proyecta sombras lunares de un negro claro. Hay un misterio animal en la luz cuando se asienta en los campos como un músculo helado que se flexionará al despertar con el alba. Siento que la densidad embotadora de este silencio me lleva a tenderme, a acompañar y consolar a los que mueren en esta fría profundidad al pie del solsticio: a los que han huido del halcón en el cielo, del milano en la oscuridad del bosque, de los zorros, los armiños, y las comadrejas que corren ahora por los campos helados, de las nutrias que nadan en el arroyo gélido; esos cuya sangre maldice el acoso de la helada, cuyos corazones frágiles se ahogan en la garra implacable de la escarcha.

27 de diciembre

Sobre una gruesa capa de nieve, los árboles del Bosque Sur, negros y duros, mitigaban los pequeños sonidos de los pájaros. Un tableteo de ramitas al viento agitaba los misterios de la luz. El

llamado de un gavilán propagó un escalofrío de alarma. Era un cloqueo nasal, un veloz maullido de gaita, algo como la grabación acelerada del canto de un chotacabras, y subía y bajaba, ronroneaba y se iba desvaneciendo, declinando hacia el silencio en un gemido.

El gavilán bajó blandamente de los árboles levantando polvaredas de nieve. Derivó hacia la colina abierta. Donde la cuesta se inclinaba hacia el agua había una pendiente abrigada. Allí el sol había fundido la nieve y había muchas aves comiendo entre las hojas muertas. Cuando todas se alborotaron el peregrino, un macho, se zambulló desde un árbol alto. No le acertó a nada. El gavilán siguió vuelo, al parecer sin reconocer el peligro. El peregrino dobló a precipitarse tras él. Rasgando el aire con las alas, el gavilán se obligó a cubrirse bajo los árboles. El peregrino lo siguió. Un feroz jadeo de alas trastornó de pronto la quietud del bosque. El peregrino se atenía a los espacios más anchos entre las ramas altas; el gavilán tejía más abajo casi en el sotobosque. El peregrino era más rápido; el gavilán más ágil. Cuando el gavilán se posaba el peregrino hacía lo mismo. Se clavaban mutuamente la mirada en la penumbra, a la luz de la nieve, los ojos del gavilán con orlas anaranjadas, los del peregrino castaños y orlados de blanco. Los ojos del gavilán brillaban como chispas de un fuego lejano. Absortos en su curioso conflicto ni se enteraron de que yo estaba allí.

Esa pugna pareja siguió por diez minutos de interminables carreras entre espinos, fresnos y carpes. El peregrino no se arriesgaba a clavarse en esa estrechez; el gavilán estaba a salvo si se mantenía a cubierto. Pero él no sabía que estaba a salvo. No podía sentirse a salvo mientras tuviese al peregrino arriba. De repente salió del bosque disparado hacia campo abierto. El peregrino se lanzó detrás desde la copa de un árbol, en menos de cien metros lo atrapó y se lo llevó al tapiz de nieve.

Más tarde lo vi. Había sido un macho adulto. Las alas grises parecían cortezas de haya junto al sauce pelado del esqueleto amarillo y las plumas color de ocaso del pecho atigrado.

29 de diciembre

Los campos estaban cubiertos de ocho centímetros de nieve que destellaba al impotente sol matinal. El frío había echado a muchas aves y silenciado a otras. En ese aire lúgubre, tenso, no había

ninguna comodidad ni consuelo.

Junto a la carretera del valle una grajilla saltaba de rama en rama de un árbol lanzando un incesante *chac, chac*; ese sonidito crispado como un castañeteo de maderas significaba que había visto un halcón. Yo bajaba por el nevado sendero del arroyo cuando el peregrino macho voló hacia mí desde un árbol cercano al puente. Pasó por arriba, bajando una mirada ladeada. Por primera vez comprendí que quizá esté atento a mi llegada al valle. Puede que mis movimientos, tan predecibles, le hayan causado curiosidad y cierta confianza. Puede que ya me asocie con la continua turbación de las presas, como si yo también fuera una especie de halcón. Con la nieve me va a costar más mantenerme tan cerca de él como hasta ahora.

La luz blanca que se alzaba de la nieve bajaba como una pálida lumbre dorada al reflejarse en el pecho del halcón, una taracea de beige y marrón oscuro. La coronilla resplandecía como una medialuna amarillenta incrustada de oro y marfil. Doscientos ánades reales eran borrones negros en la nieve; las palomas torcaces y las alondras, puntos y tachas. El halcón miró hacia abajo y aunque las vio a todas no atacó. Cerca del camino se posó en un árbol dándome la espalda, recogido en la forma de un nabo o de un gran escarabajo cobrizo. No me vio acercarme, pero al oír el crujido de mis botas volvió la cabeza. Se fue hacia el este a vuelo firme, claramente impreso en la blancura de la nieve y un cielo como cáscara de huevo, pero pronto quedó oculto bajo la línea negra del bosque.

Así es como volaba. Sostenía las alas interiores en ángulo de cuarenta y cinco grados con el cuerpo. No hacían movimientos amplios. Daban un tirón corto mientras las exteriores se adelantaban. Las alas exteriores batían con rítmicos círculos de remo, rápidos, flexibles y airosos. No había dos aletazos idénticos. La profundidad, la velocidad y el diámetro de las revoluciones eran de una variedad sin fin. De vez en cuando, quizás porque un ala mordía más a fondo que la otra, el halcón se daba un bandazo o derrapaba. La altitud no era constante; siempre aumentaba o caía ligeramente. Esta ave tiene una potencia desusada y un estilo raramente individual; con cada par de retroceso y propulsión de las alas remeras se desliza adelante con una soltura de columpio.

Lo seguí hacia el este pero no lo pude volver a encontrar. Al norte, nubes de nieve palidecían sobre una contrasombra de hondo gris azulado. Brillaban mucho, parecían lisas y en ningún momento se acercaron más. En los bosques hubo disparos todo el día, y al anochecer todos los setos estaban cubiertos de armas. Las palomas torcaces no tuvieron alimento ni descanso. Miles volaron al norte, miles se quedaron. Unos pocos zorzales lánguidos comieron en las acequias, finos de cuello, los flancos flojos y ateridos. Por los bajos del arroyo, donde el agua todavía corre, se tambaleaban dos garzas flacas. Una onda turquesa se congeló en un martín pescador parado en una piedra, rompió y se alejó fluyendo por un recodo del arroyo.

Aunque eludo a los humanos, ahora que ha llegado la nieve es difícil esconderse. Una liebre se alejó a la carrera con las orejas echadas atrás, penosamente grande y conspicua. Yo me cubro en todo lugar que pueda. Es como vivir en una ciudad extranjera durante una insurrección. Hay un incesante estruendo de armas y de pasos en la nieve. Uno tiene una desagradable sensación de acoso. ¿Pero es tan desagradable? Ahora soy tan solitario como el halcón que persigo.

5 de enero

Rotas columnas de nieve se empinaban sobre sendas azotadas por ventiscas de tres metros. Los caminos estaban orlados y enfangados de hielo, con un brillo opaco de ríos helados. Patrullas de gaviotas y cuervos buscaban cadáveres varados en las blancas orillas de los campos. A través de la niebla, bajo nubes inferiores, cientos de palomas torcaces volaban rumbo al nordeste.

Un mirlo que regañaba a mediodía en el vado fue el primer pájaro que oí. Paró cuando al norte el peregrino cruzó la niebla a vuelo lento. Cerca de la granja, dos mil palomas torcaces comían repollitos de Bruselas. A cada tallo se aferraban tres o cuatro mientras otras revoloteaban o descansaban en la nieve, esperando. Los campos de alrededor estaban negros de palomas. Tapaban la nieve. Sonaron disparos y muchas aves cayeron muertas. Las otras se hicieron fragor en el cielo, que se volvió negro mientras el suelo emblanquecía. A un kilómetro y medio, las alas sonaban como un avión que despega. A cien metros, con una fuerza increíble, como el clamor reverberante de algo que resbala después de estrellarse, se

tragaban los escopetazos y los gritos de los hombres. En bosques y huertos había millares más de aves desesperadas, y vastas bandadas huían al norte y el nordeste buscando el final de la nieve de abajo. Bajan frente a las armas, como la caballería de Balaclava. En su arrebato de hambre, no les queda astucia alguna. En las granjas se amontonan los cadáveres. Tienen las caras grises exhaustas, los ojos empapados de derrota.

Sobre el arroyo había un martín pescador estacionado en el aire. Las alas batían tan rápido que el cuerpo parecía suspendido entre dos esferas de agua. A medias en clavada, a medias en caída, el pico dio en el hielo con un chasquido fuerte de hueso roto. Debajo del hielo vi un pez, pero ese no sabía qué era el hielo. Flotaba sobre la panza, atónito o muerto, tendido como un sapo colorido. Un minuto después dio un salto en el aire y se escabulló tenuemente aguas abajo.

Quedan pocas franjas de agua abierta y pronto se habrán helado también. El verano pasado había nidos de martín pescador a orillas del reguero que baja al arroyo por el Bosque Sur. Al pie de los altos árboles, el suelo pantanoso brillaba de ranúnculos. Por encima del amarillo, más arriba en las cuestas, las campánulas eran una bruma azul. A través del bosque, por los meandros del río, me llegó el canto agudo y trémulo de un martín pescador, suerte de silbido de una respiración profunda. De pronto el pájaro apareció frente a mí, se suspendió un momento y silenciosamente retrocedió. En las motas verdes que rielaban en el agua relucía como un luminoso escarabajo de lluvia. Tenía un fulgor de luciérnaga, como si estuviera bajo el agua en una burbuja de aire plateado. Nublaba los reflejos del sol con una bruma móvil de azul esmeralda. Ahora muere lentamente en el resplandor ciego de la nieve. Pronto estará sepultado en el hielo que no logró penetrar, aplastado en luz glacial bajo la cueva oscura en donde nació.

Un hongo de blancura brota en el ojo y se extiende por los nervios como un dolor.

9 de enero

Por primera vez en el año hubo sol todo el día. Nunca en mi vida había visto un día tan claro y tan frío. Al norte del camino del vado había una garza hundida en la nieve hasta las rodillas. El

viento no la mecía; las largas plumas grises no se le erizaban. Regia, helada y muerta, afrontaba el viento en su fino sarcófago de hielo. Daba la impresión de estar ya a dinastías enteras de mí. La he sobrevivido, como el mono balbuceante sobrevivió al dinosaurio.

Una débil gallineta cruzó sigilosamente el arroyo helado con pasos apagados, artríticos; pasos de moribundo, y sin embargo patéticamente graciosos de ver. Camachuelos en busca de capullos coloreaban los huertos blancos. Entre torbellinos de nieve surgían becadas comunes de las zanjas.

A la una un pipistrelo aleteó sobre el camino; giraba y se zambullía como si estuviera cazando insectos. Ninguna criatura habría podido volar en un día tan gélido. Tal vez lo había levantado el sol y seguía en un sueño de cacería de verano.

Los campos blancos estaban plagados de aves como peñas negras; de abultados contornos de ánades reales, gallinetas y perdices; de formas más estrechas de picos y palomas; de manchitas y filetes de mirlos, zorzales, pinzones y alondras. No hay donde esconderse. Para los halcones ahora es fácil. Mapas en blanco y negro se despliegan ante sus ojos con un rumor de película muda.

El peregrino macho se lanzó viento abajo y remontó en la cresta de una ola de aves. Cuando ya rompía la apuñaló en el centro, de modo que el latido cesó y las aves aterrizaron de nuevo en la nieve. El halcón volaba con una paloma torcaz flácida que alteaba en la trampa de sus pies derramando plumas rojas y sangre lenta.

18 de enero

Inerte, brumoso, sin nubes; el sol, pálido y encogido en un cielo blanco. Crepitando, el río helado se quebrantaba en diamantes. Al ocaso ya había vuelto a sellarse en la rigidez. Algunos charcos eran un solo bloque de hielo. Se habría podido levantarlos sin dejar agua.

A las tres vi al macho al otro lado del río. Se suspendía, zambullía y clavaba por encima de la nieve de una forma muy rara, con saltos maravillosos, ligeros como pasos de danza, parecido a un gran chotacabras. Oscuro contra el sol ya bajo, titilaba en un crepúsculo propio, flecha sin rumbo como el andarríos grande que yo había visto en la ribera por la mañana.

Al acercarme descubrí el motivo de esas gracias. Estaba

persiguiendo al afiebrado andarríos hasta que se cansara de volar. El otro se bandeaba debajo del halcón, llevando las alas rígidas atrás como patas de un escarabajo de agua, como la presa que no podía encontrar.

Paulatinamente se debilitó y al fin cayó aleteando en la nieve, exhausto. El halcón se abalanzó, lo desplumó, se lo comió en cinco minutos y se fue. A la última luz del sol la nieve ardía con un fulgor anaranjado; a poco ya se apagaba en blanco. En la penumbra, las ascuas rojas de la presa la manchaban de un fulgor tinto.

25 de enero

Hoy caminé quince kilómetros por la orilla del río. Los horizontes estaban brumosos, el sol frío y arriba el cielo azul; soplaba un leve viento del norte. Sobre un metro de nieve deslumbrante había gaviotas argénteas tranquilas como camellos en el desierto. Reacias, lentas como ganado en marcha, alzaron vuelo lánguidamente. En el esplendor de la nieve eran de un blanco fantasmal, casi insustanciales. Todas las gaviotas se habían acercado a los pueblos; no había ninguna en campo abierto. Quince gallinetas se amontonaban en una zanja. La llegada de varios zorzales sacudió la nieve de las ramas de un sauce. Eran flacos, parecían demacrados y chillaban con demasiada fuerza para estar tan consumidos. Una lavandera blanca bailaba sobre hielo, trastabillaba y patinaba. Grajillas y grajas comían cerca de las granjas, de lo más mansas. En resquicios de agua nadaban pequeños zampullines; al verme llegar se zambulleron. Parecían botecitos panzones con forma de tetera.

En medio de un campo había seis liebres agazapadas.

Tres salieron corriendo hacia la izquierda, tres hacia la derecha. Sonaron tiros como si se quebrasen barras de hielo. Un peregrino echó a volar y se alejó muy rápido, ganando altura con un aleteo parpadeante de cerceta. Los sauces estaban cubiertos de palomas torcaces, humo helado de púrpura y gris. Del matorral de una isla despegaron traqueteando seis faisanes. Había dos hombres cortando zarzas con unas podaderas feroces; las quemaban y en el aire azul hielo el humo se trenzaba con el vaho de los alientos. Una agachadiza cruzó el río al vuelo y se metió en un seto. Cuando aterrizaba se le abrieron las blancas plumas de la cola exterior. Probablemente era una agachadiza muy grande.

En los árboles de la ribera se habían posado alondras, bisbitas, escribanos y pinzones débiles, agonizantes. Al modo de un agateador, un chochín escaló el tejado de la torre de una iglesia de madera, salvó un listón y se metió en el campanario. Los pies primero, una gallineta se zambulló entre espinos desatando una efervescencia de nieve pulverizada. Marañas de cardos perforaban la superficie lisa de la nieve; tres jilgueros se alimentaban de las semillas; contorsionando el cuello, las abrían una por una con el pico. Suspendidos sobre los cardos, aleteaban como picaflores, llamando hasta astillar el aire helado.

El tenue brillo del sol de la tarde alumbró a unas gaviotas en vuelo al sur. Parecían casi transparentes, etéreas de una luz sacra que les entraba en los huesos finos y se enhebraba en la médula.

Encontré dos garzas muertas, juntas sobre la nieve como un sobrio par de muletas grises; cadáveres sin ojos, raídos, descarnados por muchas clases de dientes, picos y garras. Unas huellas de nutria llevaban a sangre de pez y a las espinas de un lucio. Un lucio que había mordido a una gallineta por un agujero en el hielo tiraba para arrastrarla abajo del agua; la gallineta se zarandeó y se fue a pique como un barco torpedeado.

Parado junto a un granero de tablas, sopesé una lechuza blanca helada y mustia. Yo la había bajado de una viga como si fuera una maceta. Llevaba mucho tiempo muerta y estaba fría, seca, rancia y quebradiza. Algo chocó contra el techo del granero y cayó a mis pies. Era una paloma torcaz. De un ojo le brotó sangre, como de un tajo, y se extendió por la cara en un horroroso círculo pandeado. El otro ojo, que miraba, la impelió a rodar en la nieve. Se aferró con las alas, la mitad del cerebro ya muerta. Cuando la levanté aún giraba, como un tren de juguete absurdo a falta de vías. La maté, la tiré en la nieve y seguí andando. Cloqueando, el peregrino bajó en círculos hasta su presa.

Hacia el poniente había manchas en la larga, menguante blancura de la tarde. El sol parecía una manzana reseca, marchita. Bajo abetos cargados de una nieve alpina, el anochecer sombreaba las sendas de las laderas. Zorzales reales y alirrojos, y unos pocos pájaros cansados, bajaban al valle oscuro quizá por última vez. De acebos y pinos surgía el canto lastimero del cárabo. Noche. Como una antorcha, ardió frente a mí el llamado de un zorro que me

clavaba los ojos desde una ralladura de sangre y plumas de faisán, virutas rojas y cobrizas.

Un día de sangre; de sol, nieve y sangre. ¡Rojo sangre! Qué adjetivo inútil. No hay nada más hermosa, más abundantemente rojo que la sangre que fluye sobre la nieve. Qué raro que el ojo pueda amar lo que la mente y el cuerpo odian.

30 de enero

Al alba, a través del vidrio escarchado de la ventana, vi unos camachuelos comiendo en los manzanos, los pechos en un fulgor de llamas, y luego el hosco, vaporoso aliento del sol en el borde oriental.

Cuando caía nieve, los petirrojos cantaban; de lo contrario todo era un silencio como un anillo de acero en la cabeza. Un mochuelo común saltó de un seto; corrió al medio del camino, se detuvo y levantó hacia mí una emplumada cara gruñona de ceño feroz. Parecía la mirada fulminante de una cabeza cortada. Luego, consciente de pronto de lo que había hecho, voló desesperadamente al seto. Era un día embotador, plomizo y frío.

Bajando por la colina pasé a la carrera frente a un granero. Parvas y pajas sueltas se agitaron en el ojo, en una súbita masa amarilla, como una mata de pelo brillante. Chillando, unos gorriones se desintegraron en el aire. El gris tajo prénsil de un gavilán chispeó en el ojo como el latigazo de una rama. Yo me había lanzado por la cuesta como un halcón en ataque y había sobresaltado al halcón y a sus presas.

Por todo el camino a la costa había bandadas de pinzones y gorriones en las granjas pero pocos en medio. Un remolino de jilgueros saltó de la nieve hacia el tibio olor de un granero; eran una danza de copos y aterrizaron en el techo de lata con un cascabeleo de lluvia.

En el mar grisáceo, blancos y encandiladores por igual, flotaban témpanos y tarros blancos. Las débiles, hambrientas alondras estaban muy decaídas. En las zanjas o los saladares, donde todavía asomaban penachos de vegetación, comían algunos pajaritos. Había un silencio cortante, una agonía lenta. Todo zozobraba al filo helado de un mar gris como la luna.

10 de febrero

Hoy fue un día absoluto, de sol impecable, de cielo de una pureza azul. Los techos de pizarra y las alas de los cuervos ardían de un blanco de magnesio. El malva y plateado vivo de los bosques, arraigados en nieve, mordían de negro el azul firme del cielo. Del norte soplaba un viento como fuego frío. Todo estaba revelado: el momento de la creación, un arco iris que se derramaba en la roca para modelarse en bosques y ríos.

El peregrino cruzó el valle en vuelo hacia el norte.

Aunque estaba a ochocientos metros, yo veía el marrón y el negro de las alas, el oro del lomo. Como una cinta de mimbre, el crema claro de la cubierta de la cola rodeaba la base. Pensando que iba a volver con el viento, me interné en los campos cercanos al río. Reparado detrás de un seto de espinos, al abrigo del viento gélido, miré al norte por entre las ramas. Al mediodía el horizonte empezó a humear pequeños cúmulos. Eran muy blancos, pero después siguieron otros más grises y más grandes. Donde la nieve se fundía se alzaba un aire cálido.

El halcón debió de haber dado la vuelta, invisible y a mucha altura, porque a la una sobrevolaba de nuevo los campos a favor del viento. Ya estaba a sesenta metros y en ascenso rápido. Bogaba un momento con facilidad; luego planeaba. Con cada planeo el viento lo levantaba veinte metros. A ciento cincuenta extendió las alas y la cola y majestuosamente empezó a trazar lentos arcos. Cada círculo exuberante lo llevaba treinta metros más arriba, mientras el viento lo desplazaba hacia el sur. Al cabo de medio minuto había doblado la altura y era una figura diminuta mucho más allá del río; medio minuto más y a trescientos metros sobre los campos se había vuelto casi invisible. Pero el viento estaba enfriando la torre térmica de aire que lo había elevado tanto. Entre planeo y planeo se puso a batir las alas con rapidez y acortar los círculos. El gozo se transformó en caza. Veloz y leve, empezó a tramar los intrincados rizos de sus ochos. Las alas se echaron bruscamente atrás para evitar la resistencia del aire. Al cruzar el sol quedó oculto, pero lo encontré al otro lado, más alto y más pequeño. A mis espaldas, un mirlo que estaba en el seto debió de verlo de pronto por primera vez. Pese a la distancia enorme que los separaba se puso a chillar fuera de sí y a saltar de rama en rama en un paroxismo de

aprensión. El halcón se volvió diminuto. Creí que iba a irse a la costa, pero ya casi se había perdido de vista cuando giró en redondo, planeando, y empezó a descender, de nuevo a favor del viento, hasta que pude ver la exacta forma de las alas. Con una luz menos perfecta ni siquiera me habría percatado de que estaba allí, porque yo estaba mirando hacia arriba en un ángulo de sesenta grados, y a ochocientos metros de distancia.

Se suspendió, estático, montado en las maltrechas columnas de aire, sacudiendo las alas arqueadas. Cinco minutos permaneció allí, fijo como un dardo en la carne azul del cielo. Con el cuerpo quieto y rígido, volvía la cabeza a los lados y abría y cerraba la cola como un abanico; las alas temblaban como una lona bajo la fusta del viento. Se deslizó en declive hacia la izquierda, hizo una pausa y planeó en círculos descendentes que solo podían ser el comienzo de un picado tremendo. La amenaza de esa primera caída leve es inconfundible. Bajaba con facilidad en ángulo de cincuenta grados, no despacio pero a velocidad controlada; lleno de gracia, en un equilibrio hermoso. Ningún cambio brusco. Poco a poco la caída se fue agudizando hasta que no hubo ya ángulo sino un arco perfecto. Se arqueó y rotó lentamente, como por placer, glorificándose en el anticipo de la zambullida inminente. Los pies abiertos se volvieron hacia el sol, crispados y refulgentes. Rodó en el aire, se detuvo, se inclinó hacia tierra y volvió a cerrar el ángulo. Después de treinta metros de caída se arqueó hacia arriba y una vez más cabeza abajo. Luego, en vertical, aumentó la velocidad. Aunque le quedaban treinta metros de caída se dejó ir sin más, fulgurante en su forma de corazón en llamas. Cuanto más se alejaba del sol más pequeño y oscuro se hacía. Abajo, en la nieve, una perdiz alzó los ojos al corazón negro que se dilataba arriba y oyó cómo el siseo de las alas crecía en rugido. En diez segundos más el halcón estuvo abajo y todo ese tejido espléndido, los arcos del retablo, la inmensa cúpula del vuelo en abanico, se consumió hasta perderse en el vórtice feroz del cielo.

Y para la perdiz el sol se escondió de golpe, tapado por la vibración siniestra de las alas abiertas, el rugido menguante, el centelleo de las cuchillas y la espantosa cara blanca que se acercaba, su garfio, su máscara, su cuerno, sus ojos fijos. Y luego empezaron el tormento de la espalda quebrada, el rocío de nieve

levantado por el pataleo y la nieve llenando el ancho grito mudo, hasta que la aguja piadosa del pico del halcón se insertó en el pescuezo y extrajo de un tirón la vida trémula.

Y para el halcón, que ahora descansaba en el bulto suave y flácido de la presa, vino el momento de arrancar las plumas sofocadas, de la sangre caliente chorreando del pico, de la furia retrayéndose poco a poco a un pequeño núcleo interior.

Y para el observador, resguardado por los siglos de un hambre y una furia, un sufrimiento y un miedo semejantes, quedaban el recuerdo de esa caída como un sablazo del cielo y el goce vicario del cazador sin culpa que solo mata a través de un criado y deja que se alimente.

17 de febrero

En las crestas de los campos más altos hay pintas marrones y blancas, pero el llano sigue cubierto de casi medio metro de nieve. Bajo quince centímetros de hielo el agua corre por canales angostos. Ya no hay mirlos ni zorzales en el valle; ni petirrojos ni gorriones ni chochines. De los cientos de alondras que había en otoño quedan solo dos, y frágiles. De una bandada de trescientos pinzones, no más de tres. El número de grajillas está reducido a la mitad. Cincuenta palomas torcaces han sobrevivido a las escopetas y la nieve, pero están flacas y débiles. Los cuervos las siguen a todos lados esperando que se mueran. Dos pares de camachuelos han superado el trance. En los bosques hay herrerillos comunes, carboneros palustres y una bandada de mitos comunes. En los campos de al lado del arroyo hay ochenta ánades reales y cuarenta perdices rojas.

Encontré los restos de trece palomas torcaces y un ánade; a todas las había matado el peregrino poco antes, y las había desplumado y comido sobre la nieve. El ánade estaba en campo abierto a cien metros del Bosque Sur. Después de abatir a la presa el peregrino había aterrizado a cuatro metros de distancia. En la nieve había dos huellas profundas, cada una al final de un largo surco. A los lados, rozaduras hechas por las alas. Pisadas más superficiales llevaban a la presa y se apretaban alrededor. La cola del halcón había dejado dos leves líneas paralelas. Las marcas de los tres dedos delanteros eran cortas y rasas; la del trasero de siete centímetros y más profunda. Unas huellas de zorro llegaban a la presa y volvían al

bosque. Había olido la sangre y esperado a que el halcón comiese para roer los huesos.

22 de febrero

Continúa el lento deshielo y regresan aves al valle. En los árboles del arroyo hoy había trescientos zorzales reales. En los bosques ya estaban los mirlos y los pinzones y cantaba una alondra. Cien ánades reales, veinte palomas torcaces y un cisne mudo comían en un montón de papas. Cuando me acerqué huyeron todos a la vez y maniobraron como una sola bandada antes de volver a la comida. En la nieve vi muchos rastros de zorro y de liebre, interrumpidos por leves hoyos donde los animales habían rodado, presumiblemente por gusto como los perros.

Encontré más víctimas del peregrino: seis palomas torcaces y una graja. Una de las palomas había muerto apenas una o dos horas atrás; la nieve aún no había absorbido toda la sangre. Alas, esternón, patas y pelvis yacían en el centro de un ancho círculo de plumas. Las hondas marcas de los dedos corrugados del halcón se mezclaban con la telaraña de los de un cuervo y las de las almohadillas plantares de un zorro. Al parecer, tanto el cuervo como el zorro habían intentado apartar al halcón de su presa. Había una gran zona de nieve hollada. Los anillos escamosos de las almohadillas plantares del halcón, que le sirven para aferrar mejor la presa, habían dejado muescas profundas. Estas raras huellas nudosas, de dedos gruesos, son muy diferentes de las de otras aves. Apoyar la mano en donde había estado el peregrino hacía tan poco me provocó un sentimiento muy fuerte de proximidad, de identificación. Es extraño lo conmovedoras que son las huellas en la nieve. Casi parecen una delación vergonzosa de las criaturas que las dejan, como si hubiese quedado algo de ellas indefenso. El valle está cubierto de pisadas de aves que el frío mató, monumentos patéticos que el sol erosiona poco a poco.

A mediodía el peregrino rondó bajo un sol brumoso y se alejó en el viento del sudeste. Intenté seguirlo, pero había demasiada nieve para mí; había llenado y tapado las zanjas y las hondonadas. Sin que nada lo prevenga, uno puede hundirse en seis metros de nieve.

Durante toda la tarde diáfana hubo llamados de mochuelos, destellos de urracas al sol y círculos de gaviotas que migraban al

nordeste. Volaban a tal altura que sin prismáticos yo no alcanzaba a verlas. Los chillidos estridentes bajaban de un cielo vacío.

27 de febrero

Ahora los días son despejados. El frío viento del este es una carga de lanzas; un sol brillante entibia desde cielos anchos. La nieve retrocede sin cesar y el ojo apergaminado ya encuentra verde donde calmar la sed. Un verde extraño, desconocido, como nieve verde caída sobre campos blancos.

Han vuelto doscientas palomas torcaces, otra vez son notorios los arrendajos, los zorzales reales se multiplican. Bajan gorriones de los setos a comer en los caminos y hay mirlos por doquier. Un zorzal y cuatro alondras trinan el día entero. Asusté a siete pares de perdices rojas y alboroté numerosos nidos.

En los campos del borde del arroyo y entre los dos bosques había treinta presas muertas: veintiséis palomas torcaces, una gallineta y tres zorzales reales. Casi todas eran viejas y habían estado bajo la nieve hasta ahora. Desplumada y comida sobre la única franja de hielo que quedaba en el arroyo había una paloma torcaz muy fresca. En los dos meses pasados las palomas torcaces han estado escuálidas y para obtener la comida que necesitan los halcones tuvieron que matar más que lo habitual.

A las tres el peregrino estuvo volando entre grajas al este del vado. Más tarde, entre ramas, vislumbré su lomo de bronce titilando al sol sobre una rama. Parecía una gran pera de oro con el cabo para arriba.

2 de marzo

Hoy fue el octavo día seguido sin nubes, y daba la impresión de que el lustre azul del cielo no va a empañarse nunca más. Soplaba un sudeste frío, pero el calor del sol daba a la nieve un aspecto vencido y senil; la infiltraba en hilos en la tierra emergente.

Al mediodía se alzaron palomas torcaces y grajillas del Bosque Norte y los cuervos volaron graznando a sus paradas en las copas. Junto al puente los pinzones se pasaron diez minutos regañando; el monótono *pinc pinc* se fue apagando en el silencio soleado. Suponiendo que el halcón se había elevado con el viento, fui a buscarlo al norte del vado y media hora más tarde lo encontré en el

roble muerto. Alzando vuelo entró en el viento y empezó a trazar círculos. Los aletazos se hicieron más cortos hasta que solo las puntas de las alas quedaron flameando apenas. Pensé que iba a remontarse pero en cambio apuró el vuelo hacia el sudeste. El camino que divide el Bosque Norte se hunde y vuelve a subir protegido del viento por un barranco abrupto. El peregrino, que ha aprendido que de las cuestas soleadas del camino sube aire caliente, a menudo vuela allí cuando quiere elevarse.

Lentamente derivó por encima del final de los huertos y circuló a sotavento, empinándose con largos planeos. Del frío cielo blanco del sur pasó al calor del cénit azul montado en la térmica con una soltura y una habilidad fabulosas. A medida que los círculos la iban remontando y la alejaban, la forma de alas largas y cabeza chata se contrajo, menguó y se oscureció hasta ser una punta de sílex diamantino; colgaba en lo alto; fluía, indolente, vigilante, supremo. Al mirar hacia abajo el halcón vio el huerto grande reducido a oscuras líneas delgadas y barras verdes; vio los bosques sombríos hacerse uno solo y extenderse por las colinas; vio los campos verdiblancos volverse pardos; vio el hilo plateado del arroyo y el río enrollado estirarse poco a poco; vio cómo el valle entero se achataba a sus anchas; vio el horizonte manchado de pueblos lejanos; vio el estuario levantar la boca azul plata y mostrar las lenguas de verdor. Y más allá, más allá de todo, vio el brillo rectilíneo del mar flotando sobre la tierra marrón y blanca como una orla de mercurio. El mar, hinchándose como suele, elevaba su tormenta de luz y, atronando, llamaba a liberarse al halcón encadenado a la tierra.

Ocioso, indiferente, él lo veía todo sin dejar de balancearse en torno a la mira de sus fóveas, y buscaba un destello o un chorro de alas al que apuntar el vuelo. Yo lo miraba con nostalgia, como si estuviera proyectando hacia mí su ignorada visión de la tierra del otro lado de la colina.

Cruzó el sol y tuve que desviar la vista para sofocar el púrpura que me quemaba los ojos. Cuando volví a divisarlo estaba bien alto al oeste del sol, oculto en el azul incandescente hasta que los prismáticos lo acercaron. Cabeza hacia el ala, como una aguja de compás volcada al norte, se dejó llevar, se afirmó en el aire y quedó quieto. Cerraba las alas, las curvaba atrás y las abría para bajarlas

bien desplegadas, como las lechuzas. La cola se afinaba como una pluma de dardo y luego se abría en abanico. Vi en las alas las brechas en donde aún no había plumas en lugar de las que habían caído en diciembre. Cada vez que orillaba el sol la silueta negra se encendía de un fulgor de acero al rojo vivo. Afirmado en seiscientos metros de aire tibio de sol, mandaba sobre las aves del valle; no había una sola que volase debajo de él. Se arrojó adelante para entrar en el viento y cruzó el sol en diagonal hacia abajo. Tuve que dejarlo ir. Cuando volví a mirar, a través de nebulosas verdes y violetas de luz arremolinada, solo vi una diminuta mota de oscuridad descendiendo a la tierra desde el sol, centelleando, girando, cayendo por un silencio inmenso destrozado al fin por un tumulto de chillidos y aletazos.

Tomé conciencia de mi propio peso, como si hubiera estado flotando en agua y ahora otra vez en la playa, seco, vestido y sin gloria. El halcón había rondado veinte minutos; todo ese tiempo habían chillado mirlos a mis espaldas, en el seto, y perdices reclamado en los campos. La clavada los calló más que la muerte. Y ahora solo se oía el susurro de la nieve al derretirse, un rumor tenue, como de un ratón en hierba seca, y el cascabeleo de un pedregoso hilo de agua que iba a dar al arroyo.

El halcón se había ido y yo entré en los campos en una bruma de satisfacción, a la espera de que regresase. A lo largo del día, a intervalos, suele volver a sus perchas favoritas. Aunque había perdido contacto con él desde diciembre hasta ahora, era evidente que me recordaba y se mantenía relativamente accesible y dúctil. Había un canto de zorzales, herrerillos comunes y carboneros; un pico picapinos tamborileaba. Durante toda la tarde cientos de gaviotas migratorias chillaron al nordeste en círculos muy altos.

A las tres de la tarde una puntada en la nuca me dijo que me estaban mirando por detrás. Es un sentimiento que en el hombre primitivo debía de ser muy intenso. Sin girarme, miré por encima del hombro izquierdo. A doscientos metros el halcón se había posado en una rama baja y horizontal de un roble. Estaba de cara al norte y también por encima del hombro izquierdo me devolvía la mirada. Nos quedamos quietos los dos más de un minuto, cada cual confundido e intrigado por el otro, compartiendo el extraño lazo que crean las posturas idénticas. En cuanto me moví hacia él echó a

volar rápidamente por el huerto del norte. Estaba cazando, y el cazador no se fía de nadie.

Media hora más tarde vino del este surfeando el huerto y aterrizó bruscamente en un manzano. Nunca disminuye la velocidad antes del aterrizaje; a medio metro de la percha sencillamente frena abriendo las alas, para y se deposita con suavidad. Yo estaba de pie en la esquina sudeste del huerto, de espaldas al sol, y el halcón me ignoró. Movió los dedos, los flexionó y tensó para aferrarse al muñón, sacudió la cabeza y la torció; tenía las plumas de la coronilla erizadas en una cresta. Las oscuras de la bigotera destacaban en relieve contra las mejillas blancas. Estaba de caza. Los ojos le relampagueaban de rabia. Yo lo sabía; los pájaros del huerto no hablaban de otra cosa. Las perdices reclamaban, los mirlos regañaban; urracas lejanas, arrendajos y cuervos farfullaban maldiciones y trataban de no hacerse notar.

El halcón voló hacia el arroyo y más allá remontó, serpenteando, ladeándose viento a través, escorándose para subir en espirales pronunciadas. Batía rápidamente las alas como quien sacude algo para volverlo del revés. A esas alturas el sol estaba ya bajo y el aire muy frío. Me pareció que no había suficiente calor para que un halcón se elevase, pero a los noventa metros se niveló y planeó a sotavento en grandes círculos cómodos. Cuando ya me costaba distinguirlo, y estaba a gran altura mucho más allá del río —más de un kilómetro y medio—, a mi alrededor arreció el pánico entre las aves agachadas y el huerto se colmó de chillidos de alarma. Cuando hay un halcón muy alto en el cielo, por lejos que esté, ningún ave se siente a salvo; pero un halcón oculto es un halcón ido y olvidado.

Después de rondar y cernerse un buen rato vio una presa al sudeste y empezó a bajar con un lento planeo deslizante. Dos horas para la puesta del sol; el cielo occidental en una bruma dorada de luz, las anchas tierras de cultivo nubladas de gris. El halcón cortó a través del viento, batiendo las alas unas veces, planeando otras, cada vez más veloz. Luego se impulsó adelante en un rápido planeo casi al ras, las alas en arco hacia atrás y algo cóncavas, hasta que acabó por conformarse en la dura flecha del picado. Frente a él se levantó una bandada de estorninos pintos que huyeron hacia el este lo más rápido que podían. El halcón aceleró por arriba de ellos y en un segundo los había adelantado. Pareció que los estorninos

quedaban atrás como si nunca se hubieran movido. Él fluyó por el cielo enceguecedor como un tajo de luz y desapareció en la oscuridad de los árboles. Aunque no volví a verlo, mucho después vi nubes de aves subiendo y bajando sobre el horizonte del sur como serenas ondas de humo sobre el furor y el fuego de una batalla.

5 de marzo

La nieve es materia neolítica erosionada por el viento cálido del sur. Allí donde se alzan grandes tolvaneras los túmulos se desmoronan. El valle entero se riza de agua que corre. Las zanjas son acequias, las acequias arroyos, el arroyo un río, el río una cadena de lagos en movimiento. Las avefrías y los chorlitos dorados están de vuelta. Todo el día hubo bandadas de avefrías de paso hacia el noroeste. Las miré con los prismáticos y más arriba encontré bandadas más grandes, invisibles para el ojo desnudo.

Hacia las tres había dejado de buscar al peregrino y estaba taciturnamente sentado sobre una tranquera cerca del roble muerto. Cuando de pronto pasó volando, floté de alegría en el oleaje de las alas. Había un optimismo entusiasta, una vehemencia dichosa en esa ráfaga de vuelo en arcos, ondulaciones, balanceos, curvas de ascenso. Aterrizó al este en un árbol y se volvió a mirarme. Tuve la sensación de que me había encontrado. Se agazapaba en una rama baja con ese aire hosco, reacio, furtivo que indica que está cazando. Entre las muchas ramas nudosas del árbol era difícil distinguirlo. Tras cinco minutos de descanso desesperado partió hacia el huerto del este. Voló en ondas verticales, cambió de dirección por encima del viento y se lanzó sobre los zorzales reales que despegaban de los árboles. Lo seguí por los largos corredores del huerto. Los mirlos aún regañaban y cientos de zorzales reales seguían en la refriega, pero el halcón se había ido. Volví a la tranquera.

A las cuatro y media, cuando el peregrino se iba acercando, la nube de grajillas suspendida sobre el arroyo ganó altura y se dispersó. A favor del viento, navegó espléndidamente desde el sur, ascendiendo con las alas en V, con un planeo oscilante y veloz. El viento lo llevaba; fluía. Se dejó ir hacia el huerto del norte, rozó casi los álamos del borde y se alejó con una parábola tremenda iluminada por las alas. No volví a verlo.

Durante la larga caminata del día encontré cuarenta y nueve

aves cazadas: cuarenta y cinco palomas torcaces, dos faisanes, una perdiz roja y un mirlo. Solo dos eran recientes: las demás habían estado mucho tiempo bajo la nieve.

6 de marzo

El cálido viento del sur se sigue renovando, el sol calienta, el aire está claro y ligero. En los caminos gorjeaban escribanos cerilla y en los huertos había bandadas de pinzones. Gaviotas reidoras llegaron al valle desde el sur y se elevaron sobre el río. Doblaron donde el río dobla, se arremolinaron sobre la cresta de las colinas y se alejaron flotando hacia el nordeste. Circulaban más arriba de las bandadas de avefrías, que ya volvían a entrar desde la costa. Algunas avefrías bajaron a sumarse a las muchas ya reunidas en los terrenos del valle, pero la mayoría siguió en vuelo firme rumbo al noroeste.

A las dos yo ya había pasado por todos los lugares donde el peregrino suele posarse, pero no lo había encontrado. Parado en un campo, cerca del huerto del norte, cerré los ojos y traté de cristalizar mi voluntad en el prisma embebido de luz de la mente del peregrino. En la calidez del sol, bien plantado en su olor a hierba alta, me sumergí en la piel, la sangre y los huesos del halcón. El suelo se hizo rama para mis pies, el sol me pesaba en los párpados y los calentaba. Como el halcón, oí y odié el sonido del hombre, ese horror sin rostro de los lugares rocosos. Me endurecí en la misma bolsa sucia de miedo. Compartí la nostalgia de ese cazador por el hogar salvaje que nadie puede conocer, a solas con la visión y el olor de la presa, bajo el cielo indiferente. Sentí la llamada del norte, el misterio y la fascinación de las gaviotas que migran. Participé del extraño anhelo de partir. Me derrumbé y dormí el sueño del halcón de plumas ligeras. Luego, al despertarme, lo desperté.

Voló con impaciencia desde el huerto y trazó un círculo por encima de mí mirando hacia abajo, los ojos brillantes temerarios y suaves. Perplejo, curioso, girando la cabeza a los lados, descendió un poco. Parecía un halcón salvaje revoloteando de desconsuelo alrededor de la jaula de uno domesticado. De repente se sacudió en el aire como si le hubieran disparado, frenó y se arrancó de mí con violencia. Defecó de angustia y miedo y se fue antes de que el

blanco collar de heces titilantes llegara al suelo.

7 de marzo

Día de viento y lluvia interminables que pasé al abrigo de árboles huecos, en cobertizos y establos y bajo carretillas rotas. Al halcón lo vi una vez, o creí verlo, como una flecha lejana entrando en un árbol, borroso y distorsionado por el millón de prismas de la lluvia.

Las insaciables alondras no pararon de cantar ni un momento. Por los huertos ceceaba el flautín de los camachuelos. De tanto en tanto un mochuelo llamaba lúgubremente desde su hueco en un árbol. Y eso fue todo.

8 de marzo

Salí a las cuatro. Era una madrugada oscura y soplaba un viento del este cálido y húmedo. En el prolongado, tenue crepúsculo del amanecer llamaban las lechuzas. A las seis cantó la primera alondra y pronto fue un coro de centenares en el brillo creciente del aire. Asomaban de los nidos como asoman las estrellas cuando el cielo palidece. Al aumentar la luz empezaron a graznar las grajas y las gaviotas a volar hacia tierra. Cantaban los petirrojos, los chochines y los zorzales.

Cerca de la costa perdí el rumbo en los pantanos. La lluvia atravesaba blandamente la verde bruma acuosa de los campos. Reinaban el sonido y el olor del agua, una sensación de tierra retraída, remota, hundida en el silencio hasta el fondo. Perderse en un lugar así, aunque fuera por un momento, era realmente romper las cadenas de los caminos sabidos y las paredes cegadoras de las ciudades.

A las siete el cielo se había vuelto a despejar. Cuando llegué al muro de la costa estaba saliendo el sol. En un instante perforó el borde del mar; un sol enorme, hostil, flotante. Se alzó pesadamente, sembrando destellos y añicos de luz, y a poco dejó de ser un globo.

Un aguilucho pálido abandonó su percha en los saladares para ir hasta el rompeolas. Volaba bajo sobre la hierba mustia, agitándola con la corriente de las alas. Tenía el mismo color que los pastos: marrón grisáceo, pardo y cobre. Las puntas de las alas eran negras, y en la larga cola alternaban motas de castaño claro y oscuro; en la

base, la cubierta de la cola era una salpicadura blanquísima. Despacio, a favor del viento y cerca del suelo, batía las alas dos veces y luego las estiraba hacia atrás en V mientras planeaba con las primarias abiertas y convexas. Ganó cierta altura y se deslizó hacia el muro del rompeolas con largas curvas en rampa. Después volvió a cruzarse de punta a punta, derivando sobre los tallos doblados, buscando presas en los resquicios. Se alejó y, sin que se viera cómo, de pronto se perdió de vista como se pierde una sombra cuando se pone el sol.

Poco a poco amainó el viento y el aire se hizo más cálido. El sol alumbraba a través de un delgado pellejo de nubes altas. Se alargaron las distancias. Al crecer la mañana los horizontes se afilaron. El mar gris menguaba, mascullando una línea de espuma sobre el lejano brillo del barro al final de la vasta marisma salada. A lo largo del repecho de los campos vacíos se apretaban granjas y pueblos. Unos archibebes alborotados cazaban sobre el ancho canal que corre al pie del muro. Se avecinaba más lluvia pero por el momento estaba todo en calma.

A las diez y media nubes de pajaritos brotaron de los campos y un esmerejón caló en medio como una flecha. Era un halcón palomero enjuto que volaba bajo. Barrió por encima del rompeolas, trazó una curva sobre los saladares y se remontó con una espiral abrupta, con el cuerpo de aguijón balanceándose, desdibujado por los destellos del aleteo. Aunque iba rápido, daba la impresión de que los amplios círculos le costaban y solo ascendía poco a poco. A los noventa metros volvió atrás con una larga curva y se detuvo, suspendido a medias. Luego, con el viento, se propulsó hacia una alondra que cantaba a buena altura sobre los campos. La había visto despegar y antes de lanzar un ataque había circulado para ganar altura. Desde atrás, las alas del esmerejón parecían muy rectas. Las accionaba con un golpeteo corto, una pulsación febril, mucho más rápido que la de cualquier otro halcón. En pocos segundos alcanzó a la alondra y, trabados en un forcejeo, fueron cayendo hacia el oeste sin que la alondra dejase de cantar. Era como si una golondrina cazase una abeja. Se precipitaron por el cielo en zigzag y en el verdor de los campos distantes los perdí de vista.

El rápido, cambiante paso de danza había sido tan hábil, tan airoso, que era difícil creer que lo hubiese causado el hambre y

acabase con la muerte. La matanza que sigue al vuelo de caza de un halcón sobreviene con una fuerza chocante, como si en un súbito rapto de locura el halcón matase lo que ama. La lucha de las aves por matar, o por salvarse de la muerte, es hermosa de ver. Cuanto mayor la belleza, más terrible la muerte.

9 de marzo

El sol estaba bajo y ofuscaba, y el viento frío, cuando a la mañana anduve a lo largo del rompeolas junto a la costa norte del estuario. De repente un peregrino hembra saltó de sotavento del muro, donde se había escondido, y me dio un susto. Ahora yo estaba justo arriba de ella, mirando el amplio abanicar de las alas y la encorvada anchura del lomo. Ascendió en completo silencio, como un búho campestre, y en un tris se alejó por la marisma dando violentos bandazos, balanceándose entre dos planos verticales, alternando de punta de ala para mantenerse en el aire. Una vez estuvo bien lejos bajó hacia la hierba planeando despacio. No pude dar con ella de nuevo. Había estado durmiendo al sol —tal vez después del baño— y no me había oído acercarme.

A la tarde llovió mucho. El halcón voló hasta un roble muerto, cerca del rompeolas, y se quedó observando a las zancudas que con la marea alta se habían reunido en los saladares. Cuando me fui seguía allí, acurrucada y lóbrega en el diluvio, mientras derivaban silbones en la marea y arreciaba la cháchara de las zancudas.

10 de marzo

En la luz de mármol de la mañana se erguían torres de nubes blancas. El viento las erosionaba con cañaveral de lluvia. Con la marea alta, el estuario rielaba de un azul plateado que luego se fue empañando hasta el gris.

Un halcón hembra atravesó la marisma en vuelo bajo, bordando el viento con agachadas y esguinces como si se moviera entre ramas o esquivase árboles invisibles. Volaba como un gran esmerejón soñoliento. En el magnífico lustre del lomo y las alas brillaba al sol. Eran de un ruano intenso, el color de un novillo Redpoll, como las zonas de arcilla que manchan los terrenos del norte. Las primarias eran negras con un tinte azul. La coma de la bigotera marrón oscura brillaba en la cara blanca como una fosa nasal. La masa muscular

intermedia se hinchaba y decaía al ritmo de las alas en movimiento. Parecía dócil y a la vez amenazadora, como un bisonte. Desde la hierba, unos archibebes impecables la miraron pasar. Aún estaban tranquilos, salvo por cierto flaqueo de las patas anaranjadas.

Una hora más tarde el halcón se desprendió de una batahola de zarapitos reales y se puso a rondar lentamente sobre la marisma. Planeaba en una térmica de aire cálido que rendía su capullo de nubes a la fuerza del viento norte. Con las alas rígidas y estiradas se elevó en un trance de vuelo, sustentada en el aire como un dios que está partiendo. Mirando al halcón alejarse en el cielo silencioso, compartí la exaltación y la serenidad de su lento ascenso. A medida que se empequeñecía, los círculos se ampliaron, estirados por el viento, hasta que solo hubo una manchita aguda cruzando un fondo de nubes blancas o un tenue borrón en el cielo.

Era una deriva perezosa. Remota, enemiga, a seiscientos metros de altura se hamacaba en el viento mientras más allá, rumbo al sur, pasaban nubes sobre el estuario. Muy despacio curvó las alas hacia atrás. Se deslizó blandamente por el viento como si avanzara por un cable. Ese dominio de un viento atronador, la majestad, el poder y la nobleza del vuelo, me hicieron gritar y bailar de entusiasmo. Listo, pensé. He visto lo mejor del peregrino; qué necesidad hay de seguir persiguiéndolo. Por supuesto, me equivocaba. A uno nunca le basta.

Lejos al norte la hembra se inclinaba de lado y a través de sol y sombra se deslizaba despacio hacia tierra. Cuando llevó las alas arriba y atrás, el planeo se hizo más rápido. Y enseguida, con todo el cuerpo achatado y comprimido, aceleró más y más. Y al fin, doblándose en un arco espléndido, se lanzó en picado. La cabeza me dio un tirón cuando los ojos siguieron el remache en que culminó la clavada. Enseguida vi un fogonazo en los campos; luego el halcón desapareció más allá de los olmos, los setos y las granjas. Y yo me quedé sin nada más que el soplo del viento, el sol oculto, el cuello y las muñecas duros de frío, los ojos en carne viva y el esplendor perdido.

11 de marzo

Pasé el día del lado sur del estuario, recorriendo los campos mojados en busca de halcones en los largos setos y el cálido cielo

plagado de alondras. No encontré ninguno, pero fue un día feliz.

Al oeste de la llanura del estuario hay unas colinitas con forma de cúpula separadas por gargantas. A las seis, la luz del ocaso próximo les abrillantaba las cumbres. También estaba iluminado el valle superior; los campos, sombríos. Como un reverbero entre las sombras de los árboles, más abajo del sendero donde me había parado, el peregrino macho echó a volar en rosca hacia el cielo. Subía rápido, afirmándose en curvas y espirales cerradas, fustigando el aire con las alas vibrátiles. Pronto estuvo muy arriba de mí. Podía ver las colinas sumiéndose en los valles umbrosos y los bosques lejanos extendiéndose alrededor, la calma de los pueblos y los villorrios al sol, la ancha desembocadura del estuario fluyendo hacia el azul, la opacidad gris del mar. Todo lo que a mí se me escondía era claro para su ojo abarcador.

De pronto salió del resorte en línea recta y caló hacia el norte con una potencia salvaje, con curvas, fintas y un rebote continuo de las largas alas en el aire. Lo llevaba la rabia desesperada del halcón hambriento.

La luz se desvanece, las presas se acercan a la oscuridad que acecha, se eleva la última alondra y de repente la noche —olvidada hace tanto— cruza de sombras el brillo ardiente del ojo.

Calcinando el cielo, en su tormento el halcón vio que la tierra arrancaba, bullía de aves y cobraba vida. Por toda la superficie del aire inferior chorlitos dorados rompieron entonces en chillidos sin freno. El peregrino se descargó sobre ellos como un hierro al rojo.

12 de marzo

El valle se ha inundado y el halcón macho caza y se baña en las tierras más altas y más verdes del sur y el este. Entre el valle y la larga angostura del estuario, lo encontré planeando en el fuerte viento del norte. Planeó, se suspendió y se fue hacia el sur. Empujado por el viento, yo pedaleé frenéticamente por caminos tortuosos, manteniendo a la vista esa alta mota ahorquillada, la perdí y volví a dar con ella cuando paró a cernerse sobre bandadas de gaviotas y chorlitos que estaban comiendo. Desde perchas en olmos frondosos, junto a sus abultados nidos, las grajas calentaban la garganta graznándole al sol intenso de marzo. Contra la claridad verdosa los árboles eran manchas de carbón.

Balanceándome en los pedales, repeché colinas, bajé a la profundidad del valle y vi al peregrino zambullirse hacia las marismas lejanas con el haz de rayos de sol. Calé a través de condados de rauda luz verde. Una encandiladora humedad de campos verdecidos irrigaba los ojos ventilados. Debajo de mí las ruedas zumbaban; bajaba arrastrado por las ráfagas. Era velocidad de caza, un bombeo tras el halcón alado que se apremiaba hacia una presa. Recordé que de chico galopaba por la hierba de primavera; por los campos descuidados, desfallecientes de los años de preguerra; a través de setos silvestres y el glorioso abandono de matas florecientes que ardían de halcones y pinzones.

Las colinas lejanas giraron, rotaron, se abrieron; de pronto, como un travesaño de luz, asomó al horizonte el brillo de la flaca longitud del estuario y, a lo lejos, todos los pantanos flotaron hacia la superficie azul del mar. Frené y me detuve en pie sobre el resplandor verde de la marisma. Como una bola de fuego que rebota por los campos, el peregrino se lanzó hacia la brecha de luz que era el mar.

13 de marzo

Un zorzal charlo, el primero del año, extendía junto al vado las dulces, copiosas frases de su canto. Paró de trinar y se metió en la maleza. Oí el matraqueo seco de su regaño; luego persiguió al peregrino hasta el roble muerto del otro lado.

Era un macho de peregrino que yo no había visto nunca, de alas más cortas y contextura más compacta que el que había hibernado en el valle, más oscuro, más amarronado, sin plumas bermejas ni doradas. Donde aún no había reemplazado las plumas caídas tenía rendijas en la cola y las alas. Por largo rato no hizo nada, aunque a menudo echaba la cabeza muy atrás para mirar las movedizas pecas de gaviotas migrantes.

Al cabo de una hora de indolencia dejó el árbol y con un planeo apacible bajó al maizal verde que tenía enfrente. Casi enseguida se alzó con una gorda lombriz roja colgándole de los pies. Esquivó las cargas de una gaviota chillona, agachó la cabeza hacia las patas dobladas y de tres tarascones se zampó la lombriz. Volvió al roble y la gaviota se fue. Hace una semana o más que pasan gaviotas sobre estos campos y a veces se dejan caer en busca de gusanos. Puede

que el halcón, tan observador, haya hecho lo mismo inducido por la curiosidad. Durante el final de la tarde planeó tres veces a comerse una lombriz en el campo. Había empezado a llover y estaban aflorando muchas.

Entre un vuelo y otro el halcón dormía con la cabeza hundida entre las plumas del pecho, anodino como un búho. El aguacero no lo perturbaba y a poco estuvo empapado y mustio. Al atardecer voló a una percha más alta en un roble del borde del huerto norte. Logré pararme al pie del árbol y mirarlo por entre la luz agrisada de lluvia. Aunque estaba muy soñoliento, al menor ruido o movimiento se despabilaba para clavar una mirada atenta al llamado de las nidadas de perdices de abajo. Le colgaban las plumas, gruesas como cuero mojado. Parecía un explorador piel roja con todo salvo la cabeza oculto en un raído pellejo de búfalo.

14 de marzo

A lo largo de la orilla sur del estuario el agua menguaba en los bajíos con un cabrilleo de azul plateado. Al sol relucían playas cada vez más anchas de barro amarillo. En una aterrizaron tres zarapitos reales y a pasos delicados fueron hasta el borde del agua. Estaban inquietos; movían la cabeza a los lados como ciervos desconfiados del viento. Eran del color de la arena, y del barro, y de la grava, y del pasto reseco de los saladares. Las patas, del color del mar.

Un peregrino que pasaba se suspendió sobre el lugar del rompeolas donde había unas perdices agazapadas en la hierba. Era un macho leonado, feroz y altivo, que miraba hacia abajo con ojos luminosos, oscuros, delicuescentes. Debajo de la juntura de las anchas alas y el pecho, las plumas estaban llenas de pintas como diamantes, lo mismo que la piel de una onza. El halcón de ámbar refulgió al sol un instante y siguió vuelo tierra adentro.

Subí la larga cuesta de los campos del este del riachuelo y al final encontré una hembra de peregrino descansando en un roble. Tenía las plumas mojadas. Estaba dejando que se le secaran después de bañarse en un campo anegado. El pecho amplio era una mezcla de puntas de flecha castañas y tostadas, pero las plumas de abajo más oscuras y menos amarillas, y colgaban por encima de la rama, gruesas y lacias. Los pies nudosos brillaban como latón pulido. No paraba de mover la cabeza. Desde la altura de esa percha podía ver

cualquier movimiento en los campos, los riachuelos y kilómetros de costa ocre.

Yo ya estaba muy cerca cuando se molestó en mirarme con los dos ojos a la vez. Me acerqué más. Sin vacilación ni alarde, desplegó las alas y dejó que la leve brisa la alzara del árbol. Las largas primarias ahusadas se estiraron y los amplios abanicos de las secundarias se abrieron del todo; el aire hacía vibrar las pálidas superficies rayadas. El gran halcón se alejó del árbol planeando con la ligereza de una pluma, ondulando, y empezó a bogar por encima del estuario hacia el aire azul líquido. Doblada y soliviantada por la brisa, bajó por la suave ringlera del cielo del estuario hacia el luminoso cielo marino.

Nubes densas bajaban ya y la tarde se hizo opaca. Un búho campestre surgió sigilosamente de una zanja, color mostaza en la penumbra, y subió como una luna boyante sin otro ruido que el rumor de la hierba apartada. Volvió hacia mí la cara de gato y voló a través de la marisma flexionando las moteadas alas de piel de serpiente.

La cala desbordaba del gris lustroso de la marea alta. El búho aleteó despacio sobre su propio reflejo; parecía como si dos búhos pugnaran por encontrarse a través de la piel brillante del agua. Uno se elevó por encima del rompeolas mientras el otro se sumergía.

15 de marzo

Un radiante vendaval del sudeste, luz rota, cálidas nubes blancas. Los chorlitos daban vueltas en la ventolera, nebulosas doradas decreciendo por las lindes del cielo del norte. El horizonte del cielo está mucho más allá del de la tierra. Aves de gran altura destellan en esa corona luminosa mucho después de que las de más abajo se hayan deslucido en el borde de acero. El halcón se estaba remontando y unas avefrías subieron tras él —picos en gancho, espolones ocultos— como peces en vuelo resplandeciente. El cielo las seduce y cuando se elevan las matan. Una vez en lo alto están a salvo, pero en el ascenso mueren.

A las doce y media el halcón marrón oscuro, un macho, se posó en el desgreñado seto de avellanos que corre de este a oeste como una bisectriz por el huerto norte. Se quedó tomando sol después del baño, mientras el macho dorado cazaba en el valle. A las dos echó a

volar con aletazos resueltos y rápidas estocadas cortas. Se suspendió un momento, giró hacia abajo cerrando a medias las alas y se clavó en los pastos secos, entre los manzanos, los pies en descenso y las alas bien abiertas. Se elevó encogido y aleteó trabajosamente hacia el arroyo cargando una perdiz roja y un largo tallo de acedera germinada. La perdiz se había estirado hasta las semillas de la planta. El halcón la había visto moverse y la había ensartado antes de que terminase de comer y había arrancado del suelo el tallo y la perdiz a la vez.

Regresó al cabo de una hora y se posó en un manzano al borde de un campo roturado. Yo me senté a mirarlo a treinta metros de distancia, lejos de cualquier cubierta. Después de clavarme por dos minutos una mirada incómoda, voló derecho en mi dirección como si fuera a atacar. Antes de llegar a mí remontó de golpe viento arriba y a los seis metros quedó suspendido mirando hacia abajo. Me sentí como debe de sentirse un ratón al descubierto que da saltitos encogidos en hierba rala. Veía la cara filosa del halcón espantosamente cerca. Los ojos esmaltados, inhumanos, giraban como globos marrones en las largas cuencas de las bigoteras. Contra el fondo del cielo, la cara del color del tejón era una punta viva. Yo no podía apartar la vista de la luz aplastante de esos ojos, del asta empaladora del pico. Muchas aves caen en el nudo corredizo de la mirada del halcón. Mueren con la cabeza vuelta hacia él. Insatisfecho, él volvió al árbol y yo lo dejé un rato solo.

De las dos a las cinco descansó en el cerco de avellanos. No se me perdió de vista ni un momento. Estuvo siempre posado en las ramas más altas, por delgadas y flexibles que fueran. Halcón y ramita vibraban y oscilaban juntos en el ventarrón. Él mantenía estable la línea de mirada con torsiones grotescas del cuello, con sacudidas de la cabeza, como si atisbase sin cesar por encima del borde o los lados de una obstrucción irritante. Uno encima del otro, los grandes pies amarillo limón se agarraban a la rama con torpeza y el sol arrancaba chispas de los anillos lustrosos como escamas. Cuando me dio la cara, de pleno y soñolienta, vi un pecho de cañón tan ancho que tapaba las alas. Debajo de la garganta crema con leves pintas marrones, las plumas del pecho eran ocres y tostadas, con barras verticales color chocolate. Los lóbulos marrones de la bigotera bajaban de unas barras laterales más claras que había por

encima del nivel de los ojos. Las rayas verticales de la coronilla terminaban en un tupido grano de marrón rojizo y ante, más pálido en la nuca. Los ojos, de un barro malta, se hundían en fosas de una piel turquesa clara. El ceres era amarillo; la base del pico gris; la punta en gancho azul.

Rara vez se fijaba en mí; no seguía el movimiento de mis manos. Estaba mirando la hierba crecida, a la escucha. Escuchaba como una lechuza, con las plumas faciales erizadas, subiendo y bajando las cubiertas de las orejas. Aunque si había comido bastante perdiz no podía tener hambre, estaba a todas luces alerta e incapaz de no seguir cazando. A veces levantaba la cabeza hacia las gaviotas que rondaban al nordeste. En cuanto lo reconocieron, se alejaron a los chillidos. De tanto en tanto se volvía de cara a la mitad norte del huerto. En eso voló otra vez hacia mí y se suspendió por encima mirando hacia abajo, curioso, indiferente, como miramos a un pez del que la curva reflectante del agua nos aleja tanto que no se puede tenerle miedo, salvo que uno se caiga. Los enveses de las alas eran amarillos crema con un encaje de finas líneas marrones y una pátina de plata tenue. En las axilares, y las mitades internas de las secundarias, había lunares de un marrón más intenso y marcas romboidales.

Como la borrasca le impedía remontarse, persistía en suspenderse con una potencia y un control fabulosos. Agotó la urgencia por cazar cerniéndose sobre cada zona del huerto, pero nunca más allá de los límites. A las tres y media estaba posado cuando cientos de chorlitos aparecieron en círculos sobre el valle. El otro peregrino se había puesto a cazar de nuevo. Hacia las cuatro el del huerto se había calmado un poco. Dejó de cernerse y lentamente bajó hasta un olmo. Después de arreglarse las plumas, abrió grande el pico e hinchó la garganta como una paloma cuando zurea. Esta pulsación de sapo siguió por diez minutos; al mismo tiempo, con un pie, se rascaba vigorosamente las plumas del gañote y retorcía el cuello. Por fin escupió la bolita de plumas y hueso que lo atoraba y acto seguido se durmió. A la media hora cruzó al campo hasta el roble muerto y allí se durmió de nuevo totalmente en paz.

Había amainado el viento y corrían nubes más grandes y oscuras. El peregrino dorado atravesó los campos como un rayo de luz, ondulando a baja altura, y con un barrido rápido y un torrente

de aletazos subió hasta la rama más alta de un olmo. Las largas remadas eran muy diferentes de las estocadas cortas del peregrino marrón. Parecía un borzoi al lado de un collie. Se posó un momento, como una flecha de oro rojizo que se incrusta en un árbol, y luego se alejó hacia el norte corcoveando en el aire. El peregrino marrón durmió en el roble; no vio llegar ni irse al otro halcón.

Después de las cinco el viento paró del todo. El atardecer fue muy sereno. Liberado de la borrasca, el valle entero pareció deslizarse despacio hacia el sur.

16 de marzo

Eran las seis, una hora antes de la salida del sol, cuando me paré a observar a una lechuza. Se alzó oscilando sobre el camino, cada vez más blanca y definida en la medialuz gris, dobló a través y descendió suavemente hacia el río. Los campos húmedos de rocío respiraban un silencio espeso. Una segunda lechuza surgió de la hierba del margen y pasó cerca. La redonda cara blanca se giró un momento hacia atrás, despacio, y la gran cabeza se ladeó de asombro. A través de la plumosa, triste máscara de bufón, los ojos brillaban como ciruelas. Luego se abrieron las alas blancas y retiraron al ave al bosque de abetos, donde se demoraba la noche.

En el estuario era un día frío y claro. Vi crecer y bajar la marea y miré a zancudas que comían en calma, mientras los patos dormían y el sol se desplazaba hacia el este sobre las islas coronadas de olmos.

Una hora antes del ocaso me tendí en la falda de piedra del rompeolas de frente a un sol que se dilataba en fuego dorado. La marea retrocedía por el barro. El aire frío se hizo más cortante y empezó a oler a noche inminente. Con un estruendo de alas, como si se hubiese derrumbado un acantilado en el mar, todas las aves de la costa se alzaron, dejándola límpida bajo el cielo encapotado. Detrás del muro los silbones salieron disparados hacia arriba. Se oyó un violento planazo húmedo, como de tablón contra el barro, un chapoteo de excremento y un bronco silbido de alas. Los silbones se abrieron en abanico. Uno cayó de nuevo al pantano, acurrucado y flácido, con la cabeza, cresta dorada y todo, colgando del cuello convulso. Parecía tan irreal que habría debido gotear aserrín, no

sangre. Allí quedó, hecho un montón de arrugas.

Mientras yo estuve cerca el peregrino no volvió por la pieza. Yo ni siquiera lo había visto. No lo había visto matar en el aire, justo por encima de mí, tan veloz y repentino había sido el ataque. (Cuando a la mañana siguiente me llegué hasta allí ya había comido y no estaba. El silbón decapitado yacía sacrificialmente de espaldas, con los huesos blanco nata brillando al sol sobre las oscuras manchas de sangre y las blandas plumas que agitaba el viento).

Al anochecer vi otra lechuza cazando entre el camino y el río. Por veinte minutos recorrí el prado en una grilla de líneas rectas. A dos metros de la hierba volaba batiendo las alas rápido y parejo. Ese pulso era curiosamente analgésico. Se acentuó la penumbra. La lechuza se volvió más grande y más blanca. La luna viraba del anaranjado oscuro al amarillo a medida que se iba separando de los árboles. La lechuza se posó en el poste de un portón y alcancé a ver la sosa, meditativa máscara de la cara mirándome desde el gris del campo. El gancho del pico sobresalía de la máscara acorazonada como una única garra. Los ojos oscuros tenían un festón de vino. Voló por encima de mí y en el primer frío de la noche primaveral de repente llamó. Un chillido vibratorio se alargó hasta afilarse y espinosamente se fundió en el silencio. Pero no el mismo silencio que antes.

17 de marzo

El gris viento del este dispersaba largas volutas y columnas de nubes y el cielo parecía interminable. La luz se fortaleció con el viento, con la borrasca de la tarde ganó brillo y una hora antes de la puesta del sol se fundió en niebla y penumbra.

Caminé hasta el punto en donde la suave luminosidad del estuario se encuentra con la más inhóspita del mar. Una corpulenta hembra de peregrino cruzaba el agua a vuelo bajo hacia la fila de cargueros vacíos fondeados en medio de la corriente. Subió a posarse en un tope y al cabo de cinco minutos se fue hacia la orilla sur.

A las cuatro y media, cuando la luz se había vuelto lúgubre, vi un búho campestre de cacería sobre la marisma. Debajo volaba una lechuza común, más pequeña, y el búho cargó contra ella con un picado avieso. La lechuza se zambulló en la hierba y allí se quedó

diez minutos. Después de ese encuentro mantuvieron la distancia, cada uno en una mitad de la marisma. Cuando la luz empezó a congelarse el búho pardo quedó oculto, pero la lechuza se hizo más blanca. Cazaban exactamente de la misma manera, es probable que la misma presa.

Cerca de la granja, ochocientos metros al oeste, nubes de palomas torcaces se alzaron de unos árboles. Un comprimido millar de aves en ascenso hirvió hasta la explosión. Había un peregrino rondando por allí, pero yo estaba demasiado lejos para verlo.

Al atardecer crucé la marisma y enfilé el camino hacia el pueblo. Me detuvo un chillido sorprendentemente fuerte, el atiplado

chou-uic

de un avefría solitaria, que venía de un campo del oeste. Llamaba sin dejar de volar bajo y muy rápido. Detrás de ella, volando casi a ras de los surcos, centelleaba la silueta rauda y dorada de un peregrino macho. Las remadas largas, salvajes con que iba alcanzando al avefría le llevaban las alas muy por arriba del lomo. El avefría se separaba con curvas y virajes cerrados pero, aunque en arcos más grandes, el peregrino volvía a acercarse en un segundo porque era más veloz. Cuando el avefría iba a esconderse en unos arbustos, el peregrino se alzó por encima, planeó en negro contra el cielo y se clavó en vertical. Fue un golpe atroz. El avefría se derrumbó. Pero cayeron los dos juntos: una laxa y blanda de muerte, el otro furioso y tenso por el impacto. Absorta en el rito de exhibirse y cantar, esa avefría solitaria se había quedado muy atrás de la bandada. Con la muerta en la garra, el peregrino voló por el crepúsculo hasta la marisma, donde todavía estaba cazando la lechuza.

20 de marzo

La llovizna de la mañana se afinó en niebla, y a la niebla la sucedieron nubes, pero el día siguió húmedo y anodino. Soplaba un viento frío del noroeste.

El halcón pardo oscuro regresó al huerto a las once, escupió su bolita desde un olmo y se fue de nuevo. En la hierba de alrededor del árbol encontré varias de esas pelotitas. Todas contenían piel y huesos de ratón, y algunas plumas de paloma torcaz. El peregrino reapareció a las doce y media y por el resto del día se quedó en el

huerto o cerca. Ahora tiene en medio de cada ala dos plumas azulnegras de adulto y dos plumas rayadas de azul y blanco en el centro de la cola.

Pasó tres horas y media a la caza quieta desde perchas altas en álamos lombardos, alisos o robles del borde del arroyo, muy atento a la hierba del huerto. Le importaba mucho la posición de la percha. Aterrizaba en la ramita más alta de un álamo, miraba en torno y volaba a un árbol pocas pulgadas más alto. Solo después de mucho examen y cálculo a ojo se mudaba al más alto de la hilera. El juego de pies era tenue y de una precisión hermosa. Nunca tuvo que tantear siquiera para agarrarse a la varilla más fina y flexible. Yo me paré varias veces a meros veinte metros de esas perchas y lo vi observar el huerto que tenía a mis espaldas. No tenía miedo. Si yo golpeaba las manos o pegaba un grito a veces bajaba la mirada, pero apenas un segundo. Sin binoculares alcanzaba a verle los ojos y todos los detalles del plumaje. Con el aumento veía rasgos mínimos como las rígidas cerdas rictales que vibraban alrededor de la base del pico. En la espalda, el manto y las secundarias, las plumas eran a rayas marrones y agamuzadas, con un matiz rojizo. Las cubiertas de la parte superior de la cola eran de un simple castaño rojizo más claro que el de la cola o el manto; las primarias, negras. Las escapulares eran características: a barras negras y doradas con un luminoso lustre dorado, como de satén, que en la luz opaca se dejaba notar desde muy lejos.

Después de mucha observación y examen, sin aquietar la cabeza un momento, de tanto en tanto el halcón echaba a volar hacia adelante, remontaba contra el viento, se suspendía veinte o treinta segundos y volvía a la percha. Ni picados ni ataque alguno. Cada vez que alzaba vuelo las perdices lejanas rompían a llamar, pero había otras más cerca escondidas en la alta hierba amarilla y yo las ahuyentaba de los lugares que el halcón había amenazado. Para entonces él estaba de nuevo en su percha, sin interés en perseguirlas. Los gorriones le chillaban desde los arbustos, bailoteando de agitación, volviendo hacia arriba las cabecitas irritadas. Él les hacía caso omiso, lo mismo que a mi vacua cara levantada. Se concentraba como un fanático en esa caza curiosamente infructuosa, o simulación de caza.

Entre las dos y las tres se puso cada vez más alerta y nervioso. A

las tres voló al sudeste y se perdió de vista. Era evidente que la caza en el huerto se había acabado. Aterrizó en el roble muerto, una hora más tarde, y ahí estuvo hasta el anochecer. Atrapó y se comió seis gusanos. Cada vez no hizo más que planear hasta el maizal, recoger un gusano con los talones y llevárselo a la rama del roble. Lo sujetaba con un pie y sin darse prisa se lo comía de cuatro o cinco bocados. Todo lo hacía con pausa y premeditación. Parecía un gourmet deleitándose con una rara delicadeza estacional. Las presas más sustanciales las había comido antes. Los gusanos, como los ratones, son meros entremeses, pero irresistibles para los peregrinos en muda.

21 de marzo

Al borde del Bosque Sur yacía un cárabo; llevaba mucho tiempo muerto. Levanté las anchas alas y soltaron una nube de polvo. Cuando tiré a un lado el ligero cadáver reseco, los largos talones se me prendieron a los guantes, y fue siniestro, como si aún tuvieran vida. Las piernas ríspidas, poderosas, emplumadas hasta los pies, terminaban en esos ganchos duros y agudos como agujas. Parecían eternos. Sobrevivirán a la ruina de los huesos y la dispersión de las plumas y a su alrededor la hierba crecerá más y más.

Bajo un endrino, al lado del arroyo, encontré una paloma torcaz recién matada. En la sangre aún no seca flotaba un capullo. Entre los dos bosques corre un sendero, separado de los dos por campitos con setos de espino y algunos robles y olmos dispersos. Al sur del sendero hay un árbol muerto: seis metros de olmo ruinoso, sin ramas, con la punta serrada como un diente roto. En el musgo de esas fauces estaba descansando el dorado peregrino más ágil. Cuando me acercaba echó a volar hacia el este, dio unas vueltas y derivó hacia mí con una serie de planeos agudos y estancamientos. Me paré a mirarlo bajar cerca del árbol muerto. La gran cabeza redonda, suspendida entre las alas rígidas, se fue haciendo más grande y aparecieron los ojos mirándome con desparpajo por el oscuro visor de la máscara. No había el menor miedo en los ojos, ninguna finta convulsa en el vuelo; bajó sin titubeos y pasó a veinte metros planeando. Me miraba fijamente a la cara y al pasar volvió la cabeza para no dejar de vigilarme. Ni tenía miedo ni se alteró cuando yo me agaché a levantar los prismáticos o cambié de

posición. O era indiferente o sentía una leve curiosidad. Creo que a estas alturas me considera parte halcón, parte hombre; digno de pasar de vez en cuando a echarle un vistazo, pero nunca del todo fiable; un halcón lisiado, quizás, incapaz de volar o matar con limpieza, inseguro y agriado.

A poco las altas nubes blancas ya se deshacían y empezaban a fundirse al sol. Yo me mantuve tras el halcón, esperando que en algún momento se cerniera. A la una y media, harto de que lo siguieran, planeó despacio en ascenso, extendió las alas por la superficie tibia del aire y se elevó para perderse de vista. Entre círculos y abandonos se alejó por el cielo hasta que solo vi una mota aguda perforando el azul, y después nada. Con los binoculares volví a encontrarlo: por encima de la cresta boscosa de las colinas, cortaba los penachos de nubes con largos arcos elegantes. Me recosté en la tierra seca a mirarlo menguar lentamente hacia lo imperceptible. Garabateaba el cielo con unos dibujos preciosos, fugaces como las formas turbulentas de las olas en la playa. El sol ya calentaba, había un asomo de verdor en los setos, el canto de las alondras se alzaba al vuelo del peregrino. Por fin había firmeza de corazón en la tierra.

El halcón se adentró en el aire claro de arriba de las colinas y yo me quedé a esperar que volviera, satisfecho entre los pequeños sonidos del campo. Veinte minutos más tarde se deslizó por el este y empezó a bajar despacio. Cortaba el viento con curvas que cruzaban el sendero y doblaban por encima de los campos para cruzarlo otra vez. Después de completar cada ocho se lanzaba en planeo recto siguiendo el sendero, veloz y cómodo en el viento, con las alas dobladas hacia atrás. Luego, con un giro lento, empezaba una nueva figura. Usaba la larga recta del sendero como línea de orientación. Así bajó unos trescientos metros, pero ni siquiera cuando estuvo casi encima de mí dejó de ser una mera mota en el cielo. Mirando por los prismáticos se reconocía a un halcón. Con una facilidad majestuosa disminuyó la velocidad y, montado en el viento, lo sofrenó con los suaves huecos de las alas y fue dominando las ráfagas repentinas hasta abarcar todos los hoyos y las turbulencias del aire.

En eso una embestida, un planeo abrupto hacia el Bosque Norte y la línea se ha quebrado. El halcón se zambulle como un pez

repentinamente libre. Una paloma torcaz sobrevuela las copas, mira hacia arriba, derrapa violentamente pero sigue adelante. El lunar negro que es el halcón se clava, gana color, da un culatazo cuando los pies dorados se alargan para el golpe. Un borbotón deja plumas grises flotando en el aire. La paloma muerta se estrella contra los árboles. El halcón ya no está. El aire parece vacío y flojo.

Entrada la tarde encuentro la presa muerta boca arriba en el suelo pantanoso, entre carpes y abedules altos y flacos. El halcón dejó huellas profundas en el barro; los pies de la paloma están limpios. La ha vaciado hasta el hueso, como un bote de marfil.

22 de marzo

Nubes altas, viento frío, horizontes desnudados por el viento. A las doce el peregrino macho del huerto se posó en su olmo de siempre por encima de una cháchara de mirlos y pinzones. Se alzó en el aire y quedó colgado en manos del viento, dejando ver el cielo entre el aleteo abierto de las alas y la cola. Al cabo, cansado, planeó hacia el este, atravesó el huerto a vuelo bajo y salió hacia los campos. Cientos de grajillas y palomas torcaces despegaron enloquecidas, se dispersaron y abandonaron el lugar por completo. El remolino de grajillas derivó hacia el este; las palomas se perdieron de vista escalando hacia el oeste.

El halcón retornó al huerto para montar una hora de guardia desde las copas de los árboles. Cuando los cuervos lo echaron de un álamo partió en vuelo rápido con largos aletazos resueltos. En adelante estuvo mucho más activo y alerta. Suele haber un momento de la jornada en que el peregrino empieza a tener hambre pero aún se resiste a cazar o no está listo. Si en ese trance llegan hombre o turbas de aves a perturbarlo, actúa como si lo hubiesen librado de dudas y se pone a cazar sin más.

Después de haber esquivado a los cuervos regresó al olmo donde lo había visto antes. Se posó más arriba, inclinado hacia delante, cabeceando a los lados, cambiando inquietante el agarre. Cuando se zambulló, con las alas bien levantadas, tenía los ojos fijos en algo que había visto en el huerto. Fluyó con cuidado a sotavento y atravesó por campo abierto a vuelo tranquilo. Se detuvo a seis metros de altura, un momento, y se dejó caer suavemente sobre la presa. Con cierto trabajo volvió a despegar rumbo a los árboles

cargando con una perdiz roja, una de un par que se había alejado de todo abrigo. Eché a correr detrás. Él soltó la perdiz pero inmediatamente retrocedió a buscarla. La recuperó con una rapidez pasmosa. Volaba con un parpadeo de ojo. Luego se alejó del campo a través del arroyo, apurando un aleteo profundo, entre caídas casi hasta el suelo y remontadas sucesivas, una suerte de rebote de pico. Una perdiz roja pesa entre cuatrocientos y setecientos gramos. El peregrino la cargó al menos kilómetro y medio a una velocidad de entre cuarenta y sesenta kilómetros por hora.

23 de marzo

Hoy, como si fuese otra estación que la de ayer, un cálido, fuerte viento del oeste y una luz dulcificada envolvieron el anochecer en una fragante bruma amarilla. En los prados de la ribera se alimentaban trescientos chorlitos dorados junto con avefrías, zorzales reales y gaviotas. Se movían despacio por la hierba como ganado que pasta. En eso rompieron a volar todos como si los hubieran despedido agitando una red. Los pajaritos buscaron los árboles, las gaviotas y los chorlitos el cielo. Con los chorlitos volaban seis agachadizas, y con ellos siguieron girando.

A través de ese centelleo de alas vi el relámpago del peregrino al sol y un chorlito que se desplomaba. Tardé mucho en dar con él, y para entonces el halcón se había ido. El golpe había sido desde abajo. El chorlito tenía una herida en un flanco, como si le hubiesen clavado un puñal muy fino. Parte de la carne del pecho ya estaba comida. Tenía una pata atrofiada e inútil. Asombra la inefabilidad con que un peregrino puede seleccionar un individuo anormal o deforme de una bandada de aves en apariencia idénticas. Quizá sea que aun la menor debilidad física o diferencia de plumaje afecta desastrosamente la capacidad de escapar. Quizás que un ave enferma no quiere vivir.

Cuando yo entraba en el huerto el peregrino oscuro voló como una chispa a un aliso del arroyo y se quedó observándome caminar entre los manzanos. Voló al seto de avellano y yo me senté a doce metros. Durante un rato nos miramos pero el halcón perdió el interés y se puso a escrutar la hierba. Cuando pasó a mi lado, rígido, las sacudidas de las alas me indicaron que había avistado una presa. Se suspendió, se zambulló en la hierba y salió con un

ratón en los pies. Lo llevó al roble muerto y allí se lo comió, echando la cabeza atrás para mirar el cielo reluciente del sur, donde el peregrino dorado planeaba hacia la costa y había círculos de gaviotas. Cuando la larga recua de nubes de pájaros estuvo al otro lado de la colina, él volvió al arroyo.

Mientras se cernía sobre el huerto o descansaba en alisos me mantuve muy cerca, pero él no me hizo ningún caso. Tenía toda la atención puesta en la hierba de alrededor de mis pies, como si viese u oyese algo que a mí se me escapaba por completo, aunque estaba a dos metros nada más y él a treinta. Por un rato siguió ese movimiento. De golpe levantó la cabeza y se largó a volar para detenerse sobre la hierba diez metros por encima de mí. Se escoró, cerró las alas y se clavó. Fue un picado de solo dos metros, pero la técnica es la misma sean dos metros o doscientos. Dio en la hierba con fuerza pero sin impacto, suave y silencioso como una lechuza. Se alzó sin dificultad llevando un gran ratón muerto que transportó a un manzano y se lo comió en dos pedazos, primero la cabeza y después el resto. Todo esto sucedió a veinte metros de mí y ni siquiera tuve que quedarme quieto.

Descansó diez minutos. Después fue a planear sobre la mitad norte del huerto, entre el estanque y el seto de avellano, donde la hierba es más corta. Hizo una revisión rigurosa del terreno; parecía más aplicado que nunca. Comerse el segundo ratón le había abierto el apetito. Durante una hora estuvo planeando en las rachas de viento sin parar. Atacó una sola vez, y falló. El huerto estaba tranquilísimo al sol, recorrido por una luz ámbar pálido. No se oía más que el canto de los zorzales y los mirlos, amortiguado por la distancia, de tanto en tanto el llamado de una gallineta, crujido y susurro de ramitas al viento. El único movimiento era el de la silenciosa trilladora de las alas del halcón a través de los corredores soleados. Silenciosa para mí; al oído de los ratones de la hierba baja, de las perdices ocultas y mudas en la hierba alta alrededor de los árboles, esas alas raspaban el aire con el gemido candente de una motosierra. Le temen al silencio; cuando arriba de ellas cesa el ronroneo, se preparan para el choque. Lo mismo que en la guerra nosotros aprendimos a temer el silencio súbito de la bomba en vuelo, sabiendo que la muerte estaba al caer, pero no dónde ni sobre qué.

En la suave luz de la tibia primavera despejada el peregrino destellaba tras las ramas de los manzanos como un sol de ocaso. Cuando empecé a cruzar el huerto me siguió desde arriba, planeando, con la esperanza de que yo ahuyentara algo para él. Abajo, junto al arroyo, un armiño apareció a la carrera y los saltos entre matas de pasto, entre zarzas, sujetando una rata de agua entre las mandíbulas, a buena altura para no arrastrarla. La rata, blanda, gorda y flácida en la muerte, doblaba en tamaño al afinado armiño. Era como si un tigre llevase un buey. Abandoné al halcón a su paciente acoso, y al armiño a su comida.

Para uno de los peregrinos machos están el cielo sin nubes, el amplio valle, las colinas, los estuarios, el propio mar; treinta kilómetros paradisíacos de tierra de caza, un millón de aves para elegir y tres mil metros de aire cálido y ventoso en el cual navegar o sostenerse. El otro, igual de fuerte, provisto del mismo pico y los mismos pies mordientes, solo tiene el rincón más tranquilo de un huerto, media hectárea de hierba y manzanos, unos pocos ratones, tal vez una perdiz, lombrices y después el sueño. Parece que esta pequeña simetría de árboles lo hipnotizara. Es como un jugador incapaz de resistir una tirada más con la esperanza de que le cambie la suerte.

Anduve bordeando el arroyo hasta el olmo muerto a ver si el macho dorado había vuelto de la costa. Como no estaba, me senté a esperar en una esquina del campo. Tenía enfrente la sombra de un gran olmo impresa en la tierra desnuda, y veía formas de pajaritos revoloteando en la fantasmal corona de ramas. Casi me había dormido cuando pasó un martín pescador en descenso hacia el arroyo. Era la primera vez que veía uno contra el cielo; siempre los había visto iluminados desde abajo por el reflejo de la luz en el agua. Allí en lo alto sobre tierra seca, contra la opaca superficie de una nube, parecía un pájaro más débil y mucho menos espléndido. Las criaturas salvajes solo tienen vida de verdad en su lugar de pertenencia. En otra parte quizá florezcan como cosa exótica, pero más allá de ellas el ojo ha de buscar el hogar perdido.

A la una el halcón macho llegó planeando desde el este y se instaló en un roblecito del otro lado del campo. Yo me deslicé a gatas a la sombra de un seto de espinos hasta quedar a cuarenta metros, con el sol detrás. Él, de frente al sol, no tardó en

adormilarse sobre los pies inestables. Recogió una pata, la metió entre las plumas y se durmió, aunque a cada rato se despertaba para arreglarse y mirar en torno. Los halcones son de sueño ligero. Los despierta una hoja que flota en la brisa, el susurro de la hierba agitada, una persiana que se enrolla o se alarga. Son fugitivos que han escapado a todo menos al miedo.

Caía el sol y, a medida que la luz ámbar daba brillo al halcón, cada pluma impecable ganaba lustre o flameaba en la brisa. Todo él brillaba en la red de ramas retorcidas como un espléndido vaso de cobre salpicado de oro. Los grandes ojos sobresalían un poco del ángulo donde los lóbulos verticales de la bigotera se encontraban con las oscuras barras oculares. La piel desnuda de alrededor, gris azulada, lanzaba destellos blancos cada vez que el halcón giraba la cabeza. En esos ojos de un sepia radiante se reflejaban los robles y los olmos, el cielo y las nubes, como si fuesen miniaturas pintadas en un vidrio más suave que clara de huevo. Eran ojos de una extraña indolencia. A veces daban la impresión de oscurecer en un arrebol púrpura semejante a la película mineral de las lentes de los prismáticos o el rubor de la piel de las ciruelas.

Entre las tres y media y las cuatro el halcón se volvió más alerta: doblaba la cola, movía los pies, miraba en torno y cabeceaba para atisbar el cielo. Imprevistamente echó a volar, ascendió en redondo sobre el campo, emprendió un largo planeo como si fuese a cernerse. Luego el planeo resultó en clavada y, siguiendo la vertical, vi asomarse una pareja de cernícalos en vuelo bajo por encima del arroyo. El peregrino los atacó y se metieron los dos en un árbol. El macho huyó hacia el sur soltando chillidos; la hembra se quedó. El peregrino voló hacia el norte llevando el ratón que había dejado caer uno de los cernícalos. Los había atacado porque, como ahora está defendiendo su territorio, no tolera que aparezcan otras rapaces. De no haber visto el ratón tal vez habría matado a uno. No había podido resistir el impulso instintivo de agarrarlo.

Regresó a su percha pero no se relajó en absoluto. Los ojos habían perdido la languidez. Tenían un reflejo marrón claro, como un reverbero de luz invernal en la espesura de un bosque. Trepó en rosca por la tibia bruma azulada y se alejó planeando al viento. Había un aire denso y dulzón que el viento transportaba como polen.

Supe que por el día no iba a volver, y las aves también lo supieron. Las palomas torcaces empezaron a moverse de nuevo. Una bandada cruzó los campos que separan los bosques, manteniéndose siempre a un metro del suelo a lo sumo. Temían un ataque, porque en el pasaje de un bosque a otro ya han muerto muchas. Los cernícalos, con un llamado trémulo, volaron hasta el olmo seco. Entre las ortigas del pie del árbol encontré pelotitas que habían escupido tanto ellos como el peregrino. Las del peregrino contenían muchas plumas de paloma torcaz y varias piedritas rugosas de treinta milímetros de diámetro con filo y puntas. Las recoge en el arroyo, cuando se baña, porque lo ayudan a digerir.

Me quedé una hora más escrutando las crestas lejanas mientras alrededor las aves cantaban y comían en paz. Aprisionado entre horizontes, le envidié al halcón la perspectiva ilimitada del cielo. Los halcones viven en la comba del aire. Sus ojos globulares no conocen la chatura gris de la visión humana.

En el estuario ya subía la marea. A medida que en la tierra se extinguiese la luz, arriba el cielo iba a iluminarse con el brillo de un agua desbordante. El peregrino iba a caer sobre las tribus dispersas de zancudas dormidas. Las alas subirían al crepúsculo como humo después de un sacrificio.

25 de marzo

Olas blancas peinaban un agua de azul fundido e iban a abrasar el tibio rompeolas. Estaba subiendo la marea. Con el sol, cascadas de aves reverberaban en el estuario. Grandes tarros blancos entraban a flote en calas y bahías o descansaban en el verde de las marismas. Los archibebes y las alondras cantaban. Las avefrías bailaban sus tambaleos. Los chorlitejos estudiaban el oleaje o volaban al ras como plateados peces voladores. Uno, bogando con las alas, iba soltando su canción profunda a lo largo de la costa menguante: *cuccduú, cuccduú, cuccduú*. Lentos, majestuosos ánades rabudos montaban el agua con una elegancia patricia blanca y marrón, distantes, estirados. Islas bordeadas de árboles atemperaban las astillas del rompeolas que perforaban el largo del horizonte. A lo lejos, pimpollos de almendro brillaban como coral.

Del rompeolas llegaba el chirrido árido de unas parejas de perdices. Al principio eran llamadas resecas sin la menor sincronía.

Luego el aleteo nervioso empezó a extraer un sonido gutural, decreciente, que poco a poco expiró mientras las aves planeaban por encima de un seto y se dejaban caer a cubierto. Parecían esos juguetes a cuerda que balbuceaban hasta callar.

Cuando la marea primaveral despejó los saladares, las zancudas tomaron el cielo; en discos plateados de cabriolas titilantes, se derramaban como lluvia y volvían a alzarse como olas por la fuerza del agua. Yo no dejaba de oír un ronquido curioso seguido de un borboteo como si alguien alternase respiración pesada y gárgaras. De tanto en tanto veía en el agua una estela de burbujas. Al fin afloró el oscuro morro bigotudo de una foca, y luego toda la cabeza ahusada y chorreante. Me miró, tragó aire y volvió a sumergirse. Chapoteó, estuvo haraganeando por la bahía y se alejó estuario afuera. Buena vida la de la foca aquí, en estas aguas bajas. Como las de tantas criaturas del aire y del agua, parece mejor que la nuestra. Nosotros no tenemos un elemento. Cuando caemos no hay nada que nos sostenga.

En la grava de la orilla había una encorvada marsopa muerta, pesada como una bolsa de cemento. En la piel lisa había manchones rosas y grises; la lengua estaba negra y dura como una piedra. Tenía la boca abierta como una bota con la suela desclavada. Los dientes parecían la cremallera de un vestido de noche más bien macabro.

Encontré dieciséis piezas de caza del peregrino: tres gaviotas reidoras, un archibebe y un silbón en la grava; cinco avefrías, dos silbones, una graja, una grajilla y un tarro blanco en la marisma. El tarro yacía al final de un largo rastro de plumas que había arrancado el impacto desgarrador de la calada. Una gaviota reidora había sido desplumada y comida en la hierba del jardín de una cabaña de verano. Estaba en el centro exacto, recostada en una masa de plumas blancas, como una flor muerta en un derrame de pétalos.

Avanzada la tarde, una hembra de peregrino voló estuario abajo, delgada, imponente, del tamaño de un zarapito real. Muy arriba había bandadas de chorlitos grises titilando en la luz alta como el pez piloto que nada delante de un tiburón. El halcón planeó y empezó a suspenderse. Dejándose llevar por el cálido viento del oeste, remontó en redondo y desapareció en la niebla azul de la distancia. No pasaba nada. Se retiraba la marea y la creciente línea

de la costa se había llenado de zancudas. Las gaviotas empezaban a abandonar la tierra. Media hora después yo estaba mirando por los prismáticos una bandada de estorninos pintos de paso, cuando más allá divisé una mota oscura que no se movía. No se movía pero empezaba a hacerse más grande. Siguió creciendo muy deprisa. Era el halcón, una hembra, en un tremendo picado oblicuo. Vista como venía derecho hacia mí, la forma no era de pájaro. Parecía una cabeza, una cabeza de tiburón cayendo del cielo. Sonaba como un tenue suspiro que enseguida se endureció en silbido destemplado como de viento tañendo cables de altura. Cuando el halcón pasaba hacia la costa, una gran gaviota reidora lo eclipsó por un segundo. El pico amarillo con pintas rojas destellaba al sol; los fríos ojos claros miraban hacia abajo. Tenía la expresión habitual de indiferencia espesa. Se oyó un golpe como un estampido. La gaviota se torció como metal en la forja. La cabeza tuvo un espasmo y quedó colgando. El halcón le había dado en el cuello.

Después del largo descenso casi paulatino, ese flechazo final había sido asombrosamente rápido. El halcón enganchó el cuello de la gaviota y lo rasgó en dos con los talones. El impacto dejó a la gaviota temblando como una astilla de madera que salta de un leño hachado. Luego, recobrando el control, se alzó por encima del agua con una curva amable. Desde unos treinta metros de altura se deslizó muy despacio hacia abajo y se vació en la grava. El halcón aterrizó al lado y se puso a comer. Liquidó toda la carne. Los huesos quedaron al aire como cuadernas de los restos de un barco.

27 de marzo

De un roblecito del seto vecino al rompeolas venían unos suaves mugidos meditativos. Era un árbol hueco, con el tronco achaparrado y una corona de ramas que irradiaban del centro vacío. Cuando me detuve al lado, asomada al borde del tronco alcancé a ver la coronilla de un mochuelo común. Él notó que yo estaba ahí y al cabo de un minuto subió a una rama para echarme un vistazo. Nos separaban unos tres metros. Él guiñó, primero los dos ojos, luego solo con el izquierdo. Se inclinó sobre las rodillas muy dobladas, como si hiciera reverencia, y estiró el cuello hasta que quedó largo y fino. Arrugó los penachos rayados del ceño. Luego desvió la mirada como si de repente se hubiera incomodado.

Subió un poco más por la rama, con pasos cautelosos, y se volvió a mirarme otra vez. Yo levanté lentamente los prismáticos. Alarmado, el mochuelo agachó la cabeza. Pero como también sentía curiosidad, estuvo varios minutos escrutando los lentes. Los grandes ojos redondos brillaban, pero sin ninguna expresión, como si estuvieran pintados en la cabeza. La pupila negra era igual de grande que los iris amarillo vivo. Pestañeaba mucho, y por un segundo repulsivo las grises membranas nictitantes se cerraron como los párpados de una muñeca. Al parecer no podía enfocarme. Sentí que para él yo no tenía ningún significado. Era como un truco fotográfico de un objeto familiar; si no es posible reconocerlo no es nada. Poco a poco perdió el interés y empezó a mirar hacia otro lado. De golpe me olvidó por completo y, aleteando, se metió en el árbol. Yo estaba fuera y el mochuelo dentro y no tenía nada que decirme.

Las patas de un mochuelo de estos son sorprendentemente gruesas y poderosas para un ave tan pequeña. Dan la impresión de ser peludas como las de los animales. Cuando está en la percha, toda la figura es desproporcionada a más no poder; una suerte de cabeza bípeda. Aunque hay que tratar de no ponerse antropocéntrico, es innegable que los mochuelos son graciosos. En vuelo son mochuelos, nada más, pero en reposo parecen payasos naturales. Por supuesto que ellos no lo saben. Y eso los hace mucho más graciosos, porque se diría que están siempre indignados, irritados, desbordantes de cólera. Las garras y el pico rapaz no tienen nada de chistosos. Son asesinos natos. Para eso están hechos. Pero yo veo uno en un árbol y suelto una risotada.

Al anochecer, cuando empieza la caza, vuelven a ser diferentes. El canto de primavera es una sola nota de oboe, ascendente, hueca, dulcemente patética. Suena como si a lo lejos un zarapito real llamara en sueños. A medida que la oscuridad se adensa en los árboles, los mochuelos se responden uno a otro a través de campos y valles. Luego llegan la noche primaveral y su perfume a hierba fría.

Dejando el mochuelo a su sueño inquieto, anduve al borde del rompeolas hacia la boca del estuario. La marea baja reflejaba una luz serena. Por un campo arado algo viboreaba como si nadase. Era un armiño; iba olfateando a su presa, concentrado y rápido.

Recorría surcos, cruzaba crestas, retrocedía, entraba en rizos, torcía, se adentraba más en el terreno y volvía al borde. Se agazapaba, saltaba y reptaba temblando de entusiasmo viendo el color vivaz de ese olor. Parecía un hombre empeñado en escapar de un laberinto. De un salto salió a la marisma y vi el sinuoso lomo marrón rojizo alejarse hacia un conejo hinchado de enfermedad, inerme como una vaca empantanada, que estaba pastando. Pero el armiño no lo mató. Sobrevive, protegido por el horror de su propio mal.

Después de un largo rodeo, una pareja de patos cuchara comunes dio en el agua con una efusión de rocío. El púrpura cárdeno exuberante de la panza del macho refulgía. Flotó hacia aguas profundas con el pesado pico colgando como la mandíbula de un sabueso y un brillo de esmalte verde en la cabeza.

En las piedras de la playa encontré los restos de dos palomas torcaces que un peregrino había matado poco antes. En un pase macabro, la alta marea de primavera había tendido el cadáver decapitado de la gran gaviota reidora en una línea de alambre de púas, cerca del rompeolas. Era una caza notable aun para un halcón. Una gaviota grande pesa de kilo y medio a dos kilos; un halcón entre ochocientos y mil doscientos gramos. El cuerpo descarnado de la gaviota tenía el peso de una paloma torcaz entera. Esas gaviotas grandes son asesinas desordenadas, distraídas. No lamenté ver una muerta.

Al borde de la marea unas veinte agujas colipintas comían junto con zarapitos reales y chorlitos grises. Había una aguja muy intranquila. Volaba sobre los llanos de barro, lanzaba tirabuzones violentos, blandía a mansalva el largo pico como un florete. Iba sin sentido cargando de un grupo de zancudas a otro, lanzaba estocadas por encima, ahuyentando correlimos, sacando a los patos de los saladares. Se habría dicho que imitaba adrede la forma de atacar de un halcón. Actuaba llamativamente igual que un peregrino. De lejos, yo lo habría tomado por un halcón si no hubiera alcanzado a ver la longitud del pico. Es muy curioso que una hora después un peregrino se apresurase a llegar de tierra adentro y se clavara sobre las zancudas como había estado haciendo la aguja. Estuvo varios minutos persiguiendo a otra y todavía tras ella desapareció al fin más allá de la isla.

A las cuatro, dos peregrinos, hembra y macho, planearon juntos

sobre el estuario. Una garza dejó de comer en los bajos y huyó pesadamente a su nido tierra adentro. Yo esperaba ver a dos peregrinos en ese picado espectacular tan descrito en los libros de halconería. Pero no se clavaron. La hembra hizo caso omiso de la garza. El macho dio una vuelta por delante y la atacó desde abajo, rodeándole la cabeza con una cháchara de mono. Cuando la garza desembuchó un pescado, el macho se zambulló e hizo varios intentos de agarrarlo, todos sin éxito. Luego se remontó a reunirse con la hembra y con una curva sobre la marisma se perdieron de vista por el norte.

El día terminó con el reflejo de la luna en el agua. Brillaban ya las estrellas, muchos pájaros cantaban, al otro lado del estuario parpadeaban las luces. Al oeste, tierra adentro, había nubes de un rojo radiante.

28 de marzo

Todo el día sopló viento del sudeste. Al aire cálido y soleado se alejaron torres de nubes. A las once, con la llegada del peregrino marrón oscuro desde el sur, doscientas palomas torcaces se levantaron ruidosamente del huerto. Yo acababa de entrar por el lado del este. Nos encontramos junto al arroyo. Se pasó una hora planeando, observando, posándose en muchos árboles. Cazó un ratón. Conmigo aparentaba indiferencia pero, cuando me movía, se desplazaba o ganaba altura para mantenerme a la vista. Me ha encontrado un significado, pero no sé cuál. Soy su compañero lerdo y moribundo, Calibán y él Ariel.

Cada vez que lo vi trató de elevarse pero nunca tuvo el tiempo a favor. Todos los intentos han sido débiles, meras pruebas. Hoy a las doce y media lo intentó de nuevo. Subió noventa metros, giró y echó a planear a sotavento. Quería salir del planeo con una curva ascendente, pero iba a demasiada velocidad. Cruzó el huerto como un relámpago, plegó las alas atrás y se posó encorvado en el seto de avellano. Tras media hora más de vuelos y suspensiones agitadas, volvió a esa percha. Yo me senté contra un manzano a mirarlo; se lo veía gacho y descontento. El sol pelaba; la hierba estaba seca y caliente. Cantaban las alondras; había nubes blancas a la deriva. Por el lado del arroyo llamaba un pico. El halcón echó un vistazo al cielo, movió los pies, bajó la mirada al seto y despegó. No había

visto ninguna presa. Iba en vuelo ligero, boyante, con las alas rozando la brisa. Al sesgo, bandeándose en el ascenso como una agachadiza, tocaba el aire con pericia, con delicadeza, en busca de sustento para un planeo parejo.

En la pendiente inferior del huerto hay una leve hondonada donde no crecen árboles y la hierba es escasa y corta. Como está al abrigo del viento, de allí mana un aire cálido. Encima de ese hoyo el halcón desplegó las alas y la cola, se inclinó despacio, con un largo semicírculo, y giró a recoger el viento. Así se alejó y fue remontándose. A poco ya era un alto punto negro por encima del lado norte del huerto. Después de semanas de escondites, perchas e inspecciones, estaba libre, a flote, en lo alto: había roto las cadenas.

Un giro brusco y cerrado y de pronto estaba quieto, cabeza al viento, a ciento cincuenta metros de altura. Durante cinco minutos pendió sin moverse, resistiendo con las alas tensas y flexionadas, ancla oscura en un fondeadero de nubes blancas. Torcía la cabeza para mirar el huerto, dúctil, avieso como una cabeza de serpiente atisbando desde una roca. El viento no podía moverlo ni el sol levantarlo. Estaba fijo y a salvo en una raja del cielo.

De repente, soltado al aire, enderezó las alas y lentamente ascendió en círculos. Redujo más la velocidad, se estabilizó y de nuevo quedó estacionado. Ya era solo una mota, la pupila de un ojo lejano. Flotaba en calma. Luego, como una irrupción de música, empezó a bajar.

Después de deslizarse oblicuamente a la izquierda volvió a frenar. Hizo una larga pausa, bajó sesenta metros a la derecha y paró de nuevo. Con ese zigzag en pendiente, de suspensión en suspensión, fue descendiendo por el escarpado muro del cielo. No dudaba ni corregía. Simplemente se desprendía y paraba como se descuelga una araña por un hilo o un hombre por una soga. Al fin la larga exhalación terminó. Estaba de vuelta en la gruesa cáscara del aire terrestre.

Pensé que iba a descansar, pero se elevó de nuevo por encima del campo arado, incapaz de negarse al cálido solaz del cielo. Trepó muy de a poco porque aún le faltaba recuperar práctica. Se esforzaba por mantener las alas extendidas al máximo, la cabeza estirada adelante, la mirada en alto. Al cabo del primer círculo amplio comprendió que estaba a salvo. Se aflojó y volvió a mirar

hacia abajo. Bajo una gran nube blanca se fue desovillando hacia el norte, cada vez más pequeño, con un gran barrido circular. Pero, reacio a dejar el huerto, no iba a apegarse a la nube. Emprendió el regreso, y un lento planeo por trescientos metros de aire soleado lo llevó a posarse en un árbol cerca del arroyo. Allí descansó después de un vuelo de cuarenta minutos, pero sin dormirse. Cuando me acerqué ni se dio cuenta. No miraba nada. Tenía los ojos abiertos pero desenfocados. En eso, como un sonámbulo, rompió a volar hacia el sur con los ojos en trance al frente. Las alas apenas espumaban el aire. El sol, desde arriba, le daba un lustre de agua plateada y por momentos despedía destellos de castaño púrpura como un campo arado después de la lluvia.

Más allá de la hilera de álamos dio la vuelta y empezó a escalar de nuevo. Esta vez, pujando viento a través, se elevó rápidamente hacia el noroeste hasta alejarse muy por encima del valle. Planeos, espirales, suspensiones, remadas: parecía que al fin se había liberado de la obsesión por el huerto. ¡Liberado! No se sabrá qué quiere decir libertad mientras no se haya visto a un peregrino soltarse a vagar por las lejanas provincias de la luz en un cielo tibio de primavera. Con un movimiento marcial trepó por las escarpas del aliento del río. Como un delfín en vastos mares, como una nutria en el agua turbada, se vertió por las profundas lagunas del cielo hasta los altos arrecifes de cirros. Cuando ya me dolían los brazos y casi no podía seguir viéndolo, se borroneó en un punto y desapareció del círculo luminoso de mi visión. No tardé en encontrarlo de nuevo, y ahora vi que se agrandaba. Crecía paulatina, sostenidamente. De mil metros por encima del valle había vuelto a lanzarse hacia el huerto, que todavía no estaba dispuesto a abandonar del todo. De mota se hizo borrón, pájaro, halcón, peregrino; cabeza alada cargando a través del viento. Con un silbido, un fogonazo, un rechinar de las alas, llegó al seto a diez metros de mí. Se posó, se arregló, miró en torno; no cansado, ni siquiera exigido por esa media hora de vuelo festivo. Con todo el valle a su disposición, había elegido volver al huerto donde yo estaba. Hay un lazo: impalpable, indefinible, pero cierto.

Ahora son las cuatro. El sol todavía calienta; casi no hay nubes. El peregrino macho levanta los ojos. Siguiéndole la mirada, veo que del este viene una hembra trazando círculos. En la pura luz del sol,

los pies apretados de la hembra y las plumas claras que los coronan tienen un resplandor de marfil y de oro. Toda ella fulgura como una maciza estatuilla azteca de bronce, ni flotante ni emplumada ni con huesos. Vio circular al peregrino y ha venido al estuario a reunirse con él. Es por esto por lo que él ha estado volando. Ahora despega del huerto y flotan juntos lentamente, a la deriva, a la deriva y llamando. Los ásperos chillidos atizan el pedernal del cielo. Los peregrinos suelen llamar cuando llegan a su hogar de invierno y vuelven a hacerlo al partir. Poco a poco los laxos círculos se estrechan. Pronto están dando vueltas a gran velocidad, uno muy por arriba del otro. Con largos círculos abiertos, alternando planeos rápidos con aletazos profundos, se elevan y alejan por el sudeste. En cada movimiento hay urgencia y fuerza. Ya no son súbditos del sol y el viento. Tienen un poder propio y al fin saben cuál es su ruta.

Ahora pueden divisar la costa de Holanda, que está a ciento cincuenta kilómetros. Pueden ver las sinuosas bocas del Scheldt, la línea blanca de los diques y el centello lejano del Rhin, que espera en la sombra de la noche por venir. Están dejando el patrón familiar de bosques y campos, ríos y granjas de colores: dejando el estuario, sus islas verdes y el serpenteo sin fin de su barro; dejando las extensiones ambarinas de los saladares, la súbita rectitud de la costa, los bordes tajantes de los campos a la luz del sol. Estas imágenes vívidas se encogen en un arco iris de color molido y se ocultan tras el horizonte de su recuerdo. Otras imágenes surgen, aunque como espejismos distorsionados, para cobrar nitidez en la larga blancura de la costa del continente, en islas lejanas todavía a oscuras, en acantilados y montañas que se aprestan a zarpar de la noche.

29 de marzo

Doscientos chorlitos dorados comían en el maizal casi maduro, el oído atento, moviéndose a estocadas de la cabeza como grandes zorzales. Muchos ya vestían plumaje de verano. Debajo del amarillo mostaza de los lomos, los pechos negros brillaban como zapatos medio cubiertos de polvo de ranúnculo. A orillas del río encontré los restos de una liebre. Llevaba varios días muerta. Le habían arrancado la piel de los huesos expuestos. De algunos de los más delgados el pico del peregrino había sacado pedacitos triangulares.

Puede que la encontrara muerta y comiese un poco, pero mucho más probable es que la hayan matado dos peregrinos que cazaban juntos. He encontrado antes liebres como esta, por lo general en marzo, cuando los peregrinos en muda suelen matar mamíferos.

Cerca del río, en un bosque, sonaba un canto de petirrojo claro como agua de manantial, fresco, rizado y crujiente como un corazón de lechuga. Lo mismo que el retintín de un clavicordio, el canto del petirrojo tiene un brumoso brillo de nostalgia. El bosque olía a corteza y cenizas y hojas muertas. Al final de las crestas había orlas de cielo frío. En una combada rama de un alerce se había instalado un camachuelo. Estiró el cuello hacia la rama de arriba, pinzó un brote con una delicada torsión del pico y lo masticó cavilosamente. Luego descolgó la cabeza y picoteó brotes de una rama de abajo. Era un gordito rojinegro en perezoso plan de alimentarse, que, con un suave temblor de la papada, de tanto en tanto se esforzaba por espirar el umbrío *diudiudiú* de su canto. Parecía un buey rumiando hojas de espino. Pero los tironeos del pico para romper los retoños me recordaban la forma en que los peregrinos le quiebran el cuello a la presa. No importa qué se destruya, el acto de destrucción no varía mucho. La belleza es vapor del foso de la muerte.

Fui al arroyo en busca del peregrino dorado. No lo había visto en el valle desde el 24. A la una se suspendió un cernícalo sobre los campos cercanos al Bosque Sur. Las alas golpeteaban nerviosamente el aire, como dedos que tocan apenas una plancha caliente. Temblaban como la hoja de un cuchillo de cortar jamón. Bajó unos metros y se quedó quieto, con las alas detrás de las junturas escapulares y los bordes claros destellando. Luego se zambulló en vertical usando las alas como paracaídas. (A diferencia de los peregrinos, los cernícalos no pliegan las alas a los lados cuando se clavan). A último momento se niveló y dio sordamente contra algo oculto en la hierba. Cuando voló a comérselo en una topera, le colgaba del pico, flácido y gris. No bien me acerqué se apresuró a huir. Abandonó ahí la presa, una musaraña común chiquita y ligera. Tenía las marcas de los pies del cernícalo en el suave pellejo gris. La dejé de nuevo en la topera con la esperanza de que al irme yo volviese por ella el halcón.

Esperé dos horas bajo el olmo escocés que está cerca del árbol seco, pero el peregrino no se presentó. Desde el cielo empezó a

llegarme una curiosa suerte de balido, al principio débil, poco a poco más fuerte. Resultó ser el tamborileo de una agachadiza. La busqué a quince metros pero terminé encontrándola a casi ciento cincuenta. Pequeña como una alondra, cubría un área grande con vueltas muy rápidas. Titilaba al sol o cortaba a través de nubes blancas como un diamante negro. Cada veinte segundos se arrojaba de lado unos metros y abría tanto las plumas de la cola que al golpe del aire despedían ese raro balido de peine envuelto en celofán que se llama tamborileo. Se podía distinguir el zumbido de entre ocho y diez notas, la cuarta o quinta las más fuertes. Subían in crescendo y se apagaban cuando la agachadiza reanudaba los círculos. Era un sonido pasmosamente fuerte, como el aleteo violento de una serie de flechas gigantes. Y ominoso; parecía que hubiese un oráculo a punto de hablar desde el cielo. Al cabo de cinco minutos de vueltas y tamborileo, la agachadiza se dejó caer al suelo pantanoso, cerca del arroyo. En marzo siempre hay agachadizas allí, si el agua está alta, aunque nunca se quedan a reproducirse.

Media hora después empezó de nuevo el tamborileo. En círculos, la agachadiza subió tanto más que antes que al fin apenas se la veía. Estaba observándola cuando, dando vueltas algo más abajo, divisé lo que tomé por otra agachadiza. Con los prismáticos, sin embargo, reconocí en el acto al peregrino macho. Rápidamente subió hacia la agachadiza, que solo se dio cuenta del peligro cuando el halcón estaba a quince metros. Entonces paró de tamborilear y empezó a escalar a los bandazos, en ángulo agudo como hacen cuando las espantan en tierra. El halcón se afanó tras ella. La agachadiza giró hacia abajo pero el halcón se lanzó enseguida y la obligó a remontar de nuevo. Estas maniobras se repitieron diez o doce veces hasta que las dos aves quedaron casi ocultas en los confines del cielo. Luego fueron a empinarse por encima del río, donde yo esperaba que la agachadiza exhausta haría el último esfuerzo por escapar metiéndose en un cañaveral. Pero muy de repente empezó a caer como si la hubieran golpeado. Caía en vertical, rodando. El halcón cortó hacia ella con una diagonal cómoda. A ciento cincuenta metros del río las dos siluetas se fundieron en una sola ave oscura que se elevó otra vez y a vuelo lento regresó al arroyo. El peregrino llevó su presa al olmo seco. La desplumó y se la comió mientras el sol le teñía la espalda enmarañada del color del maíz

maduro. Después de alimentarse descansó y al fin se fue hacia el este, al olmo solitario que es su refugio en una isla del estuario.

30 de marzo

Llovió hasta las dos y siguieron chubascos, niebla y sol acuoso. Encontré al peregrino a las tres, posado en un olmo cerca del Bosque Norte. Estaba hinchado de humedad y rehuía volar muy lejos. A las tres y media se desataron unas ráfagas de lluvia tremendas. El peregrino aguantó hasta que, empapado, voló a un tronco hueco y se guareció adentro. Cuando paró de llover, con un aleteo lento y pesado bajó a un campo de rastrojo donde había unos gorriones comiendo. No se dispersaron hasta que se zambulló en medio. Con toda facilidad atrapó uno y se lo llevó a comérselo en el olmo. Ese vuelo lento y trabajoso parecido al de los cuervos había engañado a los gorriones.

Salió el sol y el halcón empezó a secarse las plumas. Por el sur venía inflamándose una tormenta. En una penumbra que restallaba perdí de vista al halcón. Se derramó una lluvia como una nube púrpura y el viento se hizo tempestad. A mi lado pasó un armiño a los saltos entre los relámpagos. Llevaba un ratón muerto en las fauces.

Después de la lluvia, de la hierba anegada se alzó una bruma. Todo era murmullo y burbujeo de lluvia perdida buscando aquietarse en el agua lenta del río. El halcón se había ido. En el crepúsculo temprano se oía un lamento de mochuelos.

31 de marzo

Fue un amanecer fresco, límpido, un mero alumbramiento de la bruma del este, una tenue intensidad de nubes. En la ribera oscilaba tranquilamente una lechuza, blanca sobre su reflejo negro. El peregrino se acercó planeando y se clavó sobre ella. Hubo un balanceo, una agitación y una lucha de reflejos, fragorosa como cuando un lucio rasga el agua. Las fintas de la lechuza eran tan pobres como las de un avefría, pero el vuelo mucho más rápido; relucientes copos blancos azotaron el aire a través de los campos. El peregrino se separó de la caza, planeó en la luz temprana y dio una curva hacia el este; la lechuza se deslizó a la oscuridad de un tronco hueco.

Dos picos menores entraron volando en un monte de alerces. Oí el llamado estridente, apenas amortiguado. Exhalaban esas notas ligadas con esfuerzo, como un jadeo; un relincho estrangulado, quejumbroso. Se posaron en una rama alta, a treinta centímetros uno de otro, siseando, abofeteándose con las alas. Luego se replegaron en actitudes de ballet. Erguidos, abriendo las alas como hojas para mostrar las líneas sinuosas del reverso, apuntaban los picos en vertical hacia arriba. Parecían raras mariposas primigenias aferradas a un gran helecho arbóreo en el vapor de una selva prehistórica. Uno voló a un sauce seco. Aterrizó en el flanco, sin pérdida de velocidad, como si tuviera ventosas en los grandes pies. En el lomo elíptico de vaquita de San Antonio brillaban unas rayas blancas, algo que suele dar la impresión de que una escalera apoyada ahí un momento le hubiese dejado marcas de pintura fresca. Se puso a trabajar la madera muerta en largas secuencias de golpeteo separadas por pausas breves. El pico percutía con tal rapidez que era imposible ver cada golpe; la cabeza se borroneaba. Es una acción algo más lenta que la del pico picapinos. El timbre es más agudo y no se apaga en la distancia. Con la práctica uno llega a distinguir cuál es cuál. El oído aprende más deprisa que el ojo.

Después de ese tamborileo dio una docena de picotazos, lenta, enfáticamente y con mucho ruido, echando la cabeza tan atrás que tenía que alargar las patas al máximo. El segundo pájaro se acercó, dio un rodeo y aterrizó del otro lado del árbol. Por un minuto ninguno de los dos se movió. Luego el segundo pájaro se puso a aletear tan agresivamente que desalojó al otro y lo reemplazó en la consola de sonidos. Cuando el golpeteo del pico menor se prolonga, tiene cierto parecido —en resonancia y vibración— con el canto del chotacabras. No cabe duda de que este sonido es un resultado mecánico del tabaleo del pico en la madera seca, pero hasta cierto punto puede repercutir contra la siringe del pájaro. Esto explicaría el increíble volumen. El golpeteo más estridente se produce con los extremos de las mandíbulas bien separados.

Mosquiteros comunes y musicales cantaban a media voz en la bruma verde clara de los bosques de las faldas. A través de las opacas rendijas de luz de una plantación de abetos se balanceaba la gran cabeza de un cárabo. Donde daba el sol había sombras azules humeantes de un tibio zumbido de insectos. Abajo, entre los

árboles, se veían pequeños campos y la oscura entrante del río. El peregrino apareció persiguiendo una gaviota. Pasaron como una película, un parpadeo entre los árboles, y se esfumaron en la oscuridad.

El estuario estaba en calma; ni halcones ni víctimas. Desde la marisma llamaba una pareja de avefrías, la hembra en la hierba, el macho alardeando. El macho volaba como un payaso chiflado, un remolino anaranjado, negro y blanco. En el suelo las alas parecían ruedas de carretilla, aspas de molino ambulantes. En las remontadas, volteretas y picados se doblaban como aletas, ondulaban como tentáculos en la maraña del aire.

2 de abril

Atardecer de primavera; aire suave, sin bordes, con olor a hierba húmeda, tierra fresca y agroquímicos. Ya no se oye tanto a los pájaros. Muchos de los cantores de marzo eran migratorios y han regresado al norte. Aunque se ha ido la mayor parte de los mirlos y las alondras, en los árboles de la ribera aún se refugian unos cien zorzales reales. Los escribanos rojos han vuelto al territorio en donde anidan. Las rabadillas blancas de las collalbas grises constelan el pardo oscuro de los campos arados. A orillas del río hay dos presas muertas del peregrino. Las dos son palomas torcaces. Una está poco menos que intacta; en los ojos de pez aún persiste un azul intenso, fanático. A la otra la ha comido notablemente bien. En el fondo de un juncal, cerca de un montón de plumas, es apenas una osamenta hueca.

Una golondrina pasa revoloteando, púrpura contra los penachos de las cañas, azul sobre el verde liso del río. Esto sucede a menudo en los atardeceres de primavera: no hay pájaros que canten cerca de mí, mientras que cada árbol y cada arbusto lejano vibra de trinos. Como todos los humanos, parece que me moviera dentro de un calcinante anillo de hierro al rojo y cien metros de diámetro que ahuyenta todo lo vivo. Cuando me quedo quieto se enfría y poco a poco desaparece. Las siete. Bajo los olmos y los espinos ya se hace oscuro. Un pájaro viene derecho hacia mí a través del campo. Vuela a ras de la hierba como una lechuza. Las alas baten con soltura, abanicando tan ampliamente que las puntas casi se tocan por encima del lomo. Tiene la cabeza ancha como un búho. Hay en ese

avance veloz por el campo en penumbras una suavidad maravillosa, emocionante, y un sigilo callado. Va mirando el suelo y solo de vez en cuando levanta la cabeza para orientarse. Cuando se acerca veo que es un peregrino de caza, un macho, que volando bajo intenta espantar perdices.

Al verme tuerce a la derecha y sube a posarse en un robusto olmo escocés. Un pálido dejo de sol se refleja en el ancho lomo, que reluce como una tela de oro. Está alerta y ávido; no para un instante. Pronto se desprende y blandamente se aleja errando hacia el nordeste. Aterriza en un cable, en campo abierto, y allí se queda quince minutos. Está erguido y alerta; en la luz declinante es una silueta maciza que mira atrás por encima del hombro. Después, volando bajo a través de los surcos, acelerando con largos aletazos, se mete entre los árboles. Anochecer de primavera; crujen alas de murciélago sobre el río de acero; pesadas lechuzas llaman como zarapitos reales.

3 de abril

Tiempo cálido. El viento disipó despacio la niebla soleada de la mañana. Se formaban nubes pero volvían a deshacerse en azul. Un murciélago sobrevoló el río por media hora a la busca de insectos; de tanto en tanto chillaba. El sol se le reflejaba en el vello de la espalda y exhibía las largas orejas peludas. No logré encontrar al peregrino.

En el Bosque Norte había un alboroto de picos picapinos. Siete zarparon a la vez de un mismo árbol gruñendo como lechones. Después de separarse se alejaron flotando con las alas duras y estiradas. Pararon en árboles de alrededor y tabalearon un momento antes de dispersarse, bufones gloriosos en el bosque de Arden. Cuando la textura de la madera es la apropiada, el golpeteo del pico picapinos tiene un sonido hueco y abundante. El pájaro mira el árbol un momento, se echa despacio hacia atrás y se dispara. A ese golpe inicial le sigue una andanada veloz. Parece que el pico saltase contra la madera como una bola que rebota cada vez menos. La percusión se suaviza y el pico se acerca más y más hasta que al fin casi se apoya en el árbol y el tamborileo se apaga. Cuando el pico oye otro golpeteo enseguida responde.

Un trepador azul corría por la corteza de un haya, bien

disimulado hasta que empezó a sonar su copioso *cuii, cuii, cuii*. El lomo se le confundía con la corteza, el pecho era del color de las hojas de haya secas. También soltaba un trino fuerte y agudo, un sonido estridente y mecánico como el de un pico picando un triángulo.

A comienzos de abril, allí donde haya carpes habrá bandadas de verderones. En el monte bajo del Bosque Norte hoy había muchos zumbando, adormilados, ronroneando. Algunos comían en el moho del colchón de hojas junto con pinzones, carboneros comunes, un carbonero palustre y un petirrojo. A menudo toda la bandada subía a los árboles con un seco frufrú de alas y luego volvía a deslizarse abajo a través del polvoriento encaje de sol y sombra. Una llovizna de atisbos de pájaros parpadeaba en la luz amarillenta. Los pájaros en bandada están como tramados en un gran nervio único. Al menor movimiento o cambio de luz reaccionan de modo extravagante. De pronto vi entre ellos un picogordo, corpulento y autoritario, un verraco de ave con un pico amarillo sólido como la proa de un rompehielos. Llamaba: un alto *tsinc* enfático, combinación de chifle, taponazo y pitido. Cuando volví a fijarme no pude encontrarlo. No lo había visto llegar. No lo había visto irse. Como otros pájaros de aspecto beligerante, los picogordos son recelosos y tímidos.

Un denso perfume de campánulas se mezclaba con el olor de azufre que venía del huerto. Desde el lado del río un cuco se remontó despacio siguiendo los meandros del arroyo. Entró en el bosque y empezó sus dos meses de canto infatigable. Aun si uno está muy cerca de un cuco y lo ve con claridad, tiene la impresión de que las dos notas del canto vienen de un punto interior remoto; suenan amortiguadas como si estuvieran lejos. Canta con una concentración demencial. Tiene ojos vidriosos, de pez. Los iris amarillos naranja parecen cuentas de colores prendidas a la cabeza. Es un pájaro cansador y rijoso que no para de cantar y atender al ululato de campanita de su compañera. Después de comer en el bosque, este voló por los campos y enseguida tuvo detrás al peregrino, que, habiendo oído e identificado el canto, acaso haya estado esperándolo. Con un esquive se metió de nuevo en el bosque y ya no salió más. La mayoría de los halcones matan y comen cucos siempre que pueden, posiblemente porque les resultan fáciles de

atrapar.

Seguí al peregrino —era un macho dorado— hasta el olmo seco, donde descansó una hora mirando el cielo. A las cinco despegó en unos círculos amplios y empezó a remontarse. Derivó hacia el este, llamando, con la vista abajo. Llamó por largo rato, porque el halcón que parte pregona su pena por el que se queda. Luego se alejó hacia la costa en planeo. Poco a poco aumentó la velocidad. Iba dibujando una parábola inmensa, y mucho antes del calado final ya se había desvanecido en la luz clara y dura del cielo del este.

Un pito real lanzó un llamado y echó a volar muy alto por encima de campos rasos. Un arrendajo precavido cruzó la brecha entre los bosques volando de árbol en árbol; era el primero que yo veía al descubierto desde octubre. Los mitos bajaban rápidamente de los setos a recoger plumas de víctimas del peregrino para hacer sus nidos. Esos pájaros sabían, como sabía yo, que el último peregrino acababa de dejar el valle. Estaban en posesión de la libertad que yo había perdido.

4 de abril

Alineados al borde del camino verde que lleva a la cala, los cerezos silvestres se aprestaban a florecer. Una bocanada de camachuelos destelló en negro, blanco y escarlata y se disipó en un llamado ronco. Al borde del agua se apagaba el color y la tierra terminaba.

El cielo estaba gris pero en la marea había un brillo flotante. Cantaban las alondras. Era lo mejor del día. Por los árboles y setos cercanos ya se movían las sombras. Las calas y las bahías estaban silenciosas e imperturbables. El canto y los llamados de los pájaros se mezclaban con el susurro ondulante de la marea. Yo había ido allí en busca del peregrino. El ocaso anterior había partido tarde, y pensé que antes de emigrar tal vez se detuviese a cazar en la costa. El viento había retrocedido hacia el norte y hacía un frío húmedo. Pero el estuario estaba demasiado apacible y los pájaros demasiado a sus anchas. En el cielo calmo y vacío no había halcones. Sobre el rompeolas encontré el cuerpo de una corneja negra. La había matado un peregrino no muchas horas antes. Tenía guirnaldas de plumas negras sobre los huesos ensangrentados. El lúgubre pico capaz de quebrar cráneos, de perforar ojos, apuntaba al cielo. Era

solo cabeza y alas.

A las tres tuve la seguridad súbita de que, si recorría enseguida los quince kilómetros hasta la costa, iba a encontrar al peregrino ahí. Certezas como esta sobrevienen raras veces, pero cuando ocurren son irresistibles como la inclinación de una vara de zahorí. Fui.

Parecía vano. Lúgubres nubes oscuras se achataban bajo el frío viento norte y la luz era pésima. La marea en bajante se había alejado mucho por los saladares. Los campos estaban grises y desolados como el mar distante. Algo había golpeado tierra y cielo hasta achatarlos en un solo y opaco metal sin matices. Me encanta la desolación, pero aquello era más. Era la muerte.

En el barro yacía una tardona, brillante como un vaso roto; verdinegra y blanca, marrón bronce, bermellón. Le habían arrancado plumas del pecho, rebanado carne del hueso; muy adentro la sangre estaba húmeda. El peregrino había comido; ¿todavía estaba cerca? Trepé por el rompeolas y cautelosamente miré desde arriba.

Ahí estaba, a menos de cuatrocientos metros, pesado en un cable, delineado contra el oscuro cielo interior. Debía de haber volado hasta allí mientras yo me ocultaba detrás del muro. Esperaba la noche de cara al viento, adormilado y sin ganas de moverse. Un escribano triguero subió a posarse cerca de él y se exprimió en un canto reseco y débil. Cuando yo me acerqué, voló el triguero pero el halcón no. A veinte metros lo empecé a notar inquieto. Se desprendió levemente del cable, flexionó una vez las alas, giró y echó a planear en la dirección del viento. Corrí siguiendo el rompeolas y lo vi aterrizar en uno de los postes de un cerco. Al ver que me acercaba se movió tierra adentro aleteando de poste en poste. Desde donde terminaba el cerco voló hasta un espino enano del otro lado del rompeolas viejo.

Disimulado en el verdor del bajo muro, avanzo a gatas hasta donde pienso que estará el halcón, con la esperanza de que se quede hasta que yo llegue. La hierba corta está seca, quebradiza y perfumada. Es hierba de primavera, limpia y aguda como agua salada. Hundo la cara en la hierba, respiro, aspiro la primavera. Una agachadiza alza vuelo, y un chorlito dorado. Me quedo quieto boca abajo hasta que se han ido. Después sigo avanzando, con

mucho cuidado porque el halcón está atento. Poco a poco empieza a estirarse la penumbra. No el breve puntazo del anochecer de invierno sino el largo, lento crepúsculo de primavera. La niebla se remueve en las acequias; al filo de los campos es un pelaje. Tengo que adivinar en dónde estoy respecto al halcón. Tres metros más y decido arriesgarme. Muy despacio me levanto a mirar por encima del muro del rompeolas. Tengo suerte. El halcón está a solo cinco metros. Enseguida me ve. Aunque no huye, se agarra fuerte a las espinosas varillas de la marta, con las crestas de los nudillos tensas y agrandadas. Las alas se sueltan y tiemblan, al borde del vuelo. El viento le agita las largas plumas del pecho. No alcanzo a distinguir el color. En la penumbra creciente parece mucho más grande de lo que es en realidad. Agacha la cabeza noble pero enseguida vuelve a erguirla. Ahora cede rápidamente su salvajismo a la noche que nos va cubriendo como agua oscura. Los grandes ojos me miran a los ojos. Cuando muevo el brazo delante de él siguen mirándome, como si no pudieran desviarse de algo que ven más allá de mí. La última luz se descascara y cae en pedazos. Tierra adentro la distancia atraviesa las tenues líneas de olmos, y se acerca, y se une detrás de la oscuridad del halcón. Sé que ahora no va a volar. Me trepo al muro y me paro frente a él. Y él duerme.

GLOSARIO DE AVES

Para facilitar la identificación de las especies de aves mencionadas en el libro en todo el ámbito de lengua hispana, presentamos este glosario con los nombres de las aves tal como figuran en la traducción, su correspondiente nombre científico y la forma en que las designa J. A. Baker en la versión original.

Agachadiza chica - *Lymnocryptes minimus* - Jack snipe
Agachadiza común - *Gallinago gallinago* - Snipe
Agateador euroasiático - *Certhia familiaris* - Treecreeper
Aguilucho - *Circus sp.* - Harrier
Aguilucho pálido - Circus cyaneus - Hen-harrier
Aguja - *Limosa sp.* - Godwit
Aguja colinegra - *Limosa limosa* - Black-tailed godwit
Aguja colipinta - *Limosa lapponica* - Bar-tailed godwit
Alondra común - *Alauda arvensis* - Skylark
Ánade rabudo - *Anas acuta* - Pintail
Ánade real - *Anas platyrhynchos* - Mallard
Andarríos grande - *Tringa ochropus* - Green sandpiper
Archibebe claro - *Tringa nebularia* - Greenshank
Archibebe común - *Tringa totanus* - Redshank
Arrendajo euroasiático - *Garrulus glandarius* - Jay
Avefría europea - *Vanellus vanellus* - Lapwing
Avión - *Hirundinidae sp.* - Martin
Azor común - *Accipiter gentilis* - Goshawk

Barnacla carinegra - *Branta bernicla* - Brent goose
Becada común - *Scolopax rusticola* - Woodcock
Bisbita costero - *Anthus petrosus* - Rock pipit
Búho campestre - *Asio flammeus* - Short-eared owl
Camachuelo común - *Pyrrhula pyrrhula* - Bullfinch
Cárabo común - *Strix aluco* - Tawny owl
Carbonero - *Paridae sp*. - Tit
Carbonero común - *Parus major* - Great tit
Carbonero palustre - *Poecile palustris* - Marsh tit
Cerceta común - *Anas crecca* - Teal
Cernícalo vulgar - *Falco tinnunculus* - Kestrel
Charrán - *Sterna sp*. - Tern
Chochín - *Troglodytes troglodytes* - Winter wren
Chorlitejo - *Charadrius hiaticula* - Ringed plover
Chorlito - *Pluvialis sp*. - Plover
Chorlito dorado - *Pluvialis apricaria* - Golden plover
Chorlito gris - *Pluvialis squatarola* - Grey plover
Chotacabras europeo - *Caprimulgus europaeus* - Nightjar
Cisne mudo - *Cygnus olor* - Mute swan
Colimbo chico - *Gavia stellata* - Red-throated diver
Collalba gris - *Oenanthe oenanthe* - Wheatear
Cormorán - *Phalacrocorax sp*. - Cormorant
Corneja negra - *Corvus corone* - Carrion crow
Correlimos común - *Calidris alpina* - Dunlin
Correlimos gordo - *Calidris canutus* - Knot
Correlimos tridáctilo - *Calidris alba* - Sanderling
Correlimos zarapitín - *Calidris ferruginea* - Curlew sandpiper
Cuco común - *Cuculus canorus* - Cuckoo
Escribano - *Emberiza sp*. - Bunting
Escribano cerillo - *Emberiza citrinella* - Yellowhammer
Escribano nevado - *Plectrophenax nivalis* - Snow bunting
Escribano rojo - *Emberiza schoeniclus* - Reed bunting
Escribano triguero - *Emberiza calandra* - Corn bunting
Esmerejón - *Falco columbarius* - Merlin
Estornino pinto - *Sturnus vulgaris* - Starling

Faisán vulgar - *Phasianus colchicus* - Pheasant
Focha común - *Fulica atra* - Coot
Gallineta común - *Gallinula chloropus* - Moorhen
Garza - *Ardeidae sp*. - Heron
Gavilán común - *Accipiter nisus* - Sparrowhawk
Gaviota - *Laridae sp*. - Gull
Gaviota argéntea - *Larus argentatus* - Herring gull
Gaviota reidora - *Chroicocephalus ridibundus* - Black-headed gull
Golondrina - *Hirundinidae sp*. - Swallow
Gorrión común - *Passer domesticus* - House sparrow
Graja - *Corvus frugilegus* - Rook
Grajilla occidental - *Corvus monedula* - Jackdaw
Herrerillo común - *Cyanistes caeruleus* - Blue tit
Jilguero - véase Pinzón
Jilguero europeo - *Carduelis carduelis* - Goldfinch
Lavandera blanca - *Motacilla alba* - Pied wagtail
Lechuza común - *Tyto alba* - Barn owl
Martín pescador común - *Alcedo atthis* - Kingfisher
Mirlo común - *Turdus merula* - Blackbird
Mito común - *Aegithalos caudatus* - Long-tailed tit
Mochuelo común - *Athene noctua* - Little owl
Mosquitero común - *Phylloscopus collybita* - Chiff-chaff
Mosquitero musical - *Phylloscopus trochilus* - Willow warbler
Ostrero euroasiático - *Haematopus ostralegus* - Oystercatcher
Paloma torcaz - *Columba palumbus* - Woodpigeon
Pato cuchara común - *Anas clypeata* - Shoveler
Pardillo sizerín - *Carduelis flammea* - Redpoll
Perdiz - *Phasianidae sp*. - Partridge
Perdiz roja - *Alectoris rufa* - Red-legged partridge
Petirrojo - *Erithacus rubecula* - Robin
Pico - *Picidae sp*. - Woodpecker
Pico menor - *Dendrocopos minor* - Lesser spotted woodpecker

Pico picapinos - *Dendrocopos major* - Great spotted woodpecker

Picogordo común - *Coccothraustes coccothraustes* - Hawfinch

Pinzón vulgar - *Fringilla coelebs* - Chaffinch

Pito real - *Picus viridis* - Green woodpecker

Reyezuelo sencillo - *Regulus regulus* - Goldcrest

Serreta - *Mergus sp*. - Sawbill duck

Serreta chica - *Mergellus albellus* - Smew

Serreta grande - *Mergus merganser* - Goosander

Serreta mediana - *Mergus serrator* - Red breasted merganser

Silbón europeo - *Anas penelope* - Wigeon

Somormujo lavanco - *Podiceps cristatus* - Great crested grebe

Tarro blanco - *Tadorna tadorna* - Shelduck

Trepador azul - *Sitta europaea* - Nuthatch

Urraca común - *Pica pica* - Magpie

Verderón común - *Carduelis chloris* - Greenfinch

Vuelvepiedras común - *Arenaria interpres* - Turnstone

Zampullín - *Podicipedidae sp*. - Grebe

Zarapito real - *Numenius arquata* - Curlew

Zarapito trinador - *Numenius phaeopus* - Whimbrel

Zorzal alirrojo - *Turdus iliacus* - Redwing

Zorzal charlo - *Turdus viscivorus* - Mistle thrush

Zorzal común - *Turdus philomelos* - Song thrush

Zorzal - *Turdus sp*. - Thrush

Zorzal real - *Turdus pilaris* - Fieldfare

Agradecimientos

Agradecemos a Francisco González Táboas el apoyo y el asesoramiento ornitológico, y a Benjamín Labatut, por ponernos en la senda del peregrino.

J. A. Baker nació en 1926 en Chelmsford, Inglaterra, en una familia de clase media baja. No cursó estudios universitarios ni tuvo relación con escritores o personalidades de la cultura de su tiempo. Publicó solo dos libros: *El peregrino* (1967), que mereció el premio Duff Cooper ese mismo año y fue considerado de inmediato una obra maestra de la literatura sobre la naturaleza, y *The Hill of Summer* (1969). El peregrino fue traducido al francés, al italiano, al alemán y al sueco. Baker murió en 1987.